

*Etimología fantástica de la
España ancestral*



Fernando González Triviño

Para Rosa y Ric, con todo mi amor, sin cuya ayuda esta obra no habría visto la luz.

*“In nova fert animus mutatas dicere formas
corpora; di, coeptis (nam vos mutastis et illas)
adspirate meis primaque ab origine mundi
ad mea perpetuum deducite tempora carmen!”*

Publio Ovidio Nasón, Metamorfosis

*La voluntad me lleva a escribir sobre prodigiosas transformaciones.
¡Oh, dioses!, vosotros que lo habéis inspirado con vuestras mutaciones,
ayudadme a escribir este poema que se remonta hasta el origen del mundo.*

Estimado lector:

Como el propio título de esta obra indica, todo en ella es pura ficción. No hallarás una investigación reflexiva sobre el origen y la evolución de los topónimos que se mencionan (algunos de los cuales son tan antiguos, que ni siquiera los más doctos expertos han sido capaces de explicarlos); sino unos relatos imaginarios creados a partir de los mismos, cuya finalidad es la de hacerte esbozar una sonrisa. En ningún caso ha sido mi intención resultar irrespetuoso o grosero; por lo que pido perdón por anticipado a todo aquel que pueda darse por aludido. Piensa que los libros, parafraseando al divino Shakespeare, están hechos de la misma materia de los sueños.

Índice

Albalate del Arzobispo

Albatarrech

Alcoba de la Torre

Aldeacentenera

Aldealabad del Mirón

Arcones

Arrancacepas

Autilla del Pino

Balanegra

Barbadas

Bollullos de la Mitación

Bretocino

Buitrago

Bullas

Burujón

Cabezas de Alambre

Cabezón de la Sal

Calatorao

Candilichera

Canillas de Aceituno

Cantalapiedra

Carrícola

Chandreja de Queija

Cirujales del Río

Cornudilla

Corte de Peleas

Dólar

Donhierro

El Cubo de Don Sancho
El Cuervo de Sevilla
El Pozo de Guadalajara
El Tanque
Estorninos
Eterna
Feás
Folgozo de Caurel
Gallinero de Cameros
Gargantiel
Guarromán
Guarros
Huesa del Común
La Alberguería de Argañán
La Aparecida
Lagartos
La Hoz de la Vieja
Lamasón
La Posada del Viento
Las Inviernas
Las Torres de Cotillas
Loeches
Los Santos de La Humosa
Luna
Majaelrayo
Manganeses de la Lampreana
Marines
Mas del Tonto
Melicena
Moraleja de Matababras

Muelas de los Caballeros
Mula
Muñecas
Niebla
Nieves
Orbita
Patones
Piedrafita del Cebrero
Pobla de Mafumet
Porreras
Quintana y Congosto
Retuerta del Bullaque
Riosalido
Rubí de Bracamonte
Salamón
Santa Perpetua de Moguda
Serranía
Setenil de las Bodegas
Siete Iglesias de Trabancos
Sobrescobio
Tartareu
Tiñosillos
Titulcia
Torralba del Moral
Torrecilla de los Ángeles
Torrijas
Tramacastilla de Tena
Villaconancio
Villalibre de la Jurisdicción
Zahínos

Zamarramala

Zotes del Páramo

Albalate del Arzobispo

A principios del siglo XII Ramón Berenguer IV puso sitio a la fortaleza musulmana que todavía se halla en lo alto del otero que domina la población. El asedio se eternizaba, y el rey, cansado de esperar, ordenó que se abrieran minas bajo los muros de la fortificación con objeto de arruinarla; pero cada vez que los soldados se acercaban a las laderas sobre las que se asentaban las murallas, los moros les arrojaban desde lo alto todo lo que tenían a mano, incluidos sillares del propio castillo. Para evitar que los hombres fuesen atacados hasta que las galerías tuvieran la suficiente profundidad como para guarecerse dentro de ellas, el ingeniero jefe diseñó unas techumbres móviles, imitando la formación en testudo romana, que permitieron excavar, llenar de material inflamable las bocas y tirar abajo las paredes.

La toma del sitio no valió las vidas que costó y la fortaleza quedó en tal estado, que resultó imposible hacer uso de ella. Viendo que aquella procelosa aventura conquistadora le habría de costar más guita de la que ya llevaba gastada, pues erigir un castillo nuevo no era cosa baladí, el rey decidió, en un arrebatado de magnanimidad, donar el terruño al obispo Bernardo de Zaragoza con la finalidad de que la reconstrucción la pagase la Iglesia, ya que ésta siempre disponía de dinero contante y sonante. El obispo se mostró muy agradecido; pero, en lugar del alcázar que le habría gustado al monarca, se hizo construir el Palacio Arzobispal para pasar las vacaciones de verano. Aunque tenía colegas que compaginaban la mitra con la espada, él era un hombre de letras poco aficionado al *polvo, sudor y hierro* machadiano, y como tal, disfrutaba escribiendo cantares de gesta y obras dramáticas. Algunos años atrás, durante una visita a Toledo, había asistido a la representación de la *Adoración de los Reyes Magos* en la catedral el día de Navidad y desde ese momento se dedicó a escribir piezas de teatro para infundirle sentimientos de piedad y virtud al pueblo. Escribió, entre otras, *La Pasión de Cristo*, *Milagros de San Judas Tadeo* y *Misterio de la ascensión de Nuestra Señora*; si bien, sólo conocemos los títulos, pues los textos se han perdido.

Aprovechando los restos del patio de armas de la fortificación islámica, se levantó un pequeño escenario y se contrató a un grupo de juglares para realizar las funciones. El éxito fue rotundo y la gente estaba encantada con los espectáculos, que incluían, además de las representaciones, juegos malabares, canciones, bailes y recitales de poesía. Para que el público pudiese sentarse, se levantó una cávea en torno al patio; pero la falta de espacio obligó a que las gradas fuesen muy estrechas y elevadas para que cupiese el mayor número de personas posible; por lo que, cuando los habitantes se encontraban de camino al Palacio, antes de que comenzasen las actuaciones, se les oía animarse unos a otros diciendo:

- ¡Vamos, rápido! ¡Al balate, al balate del Arzobispo!

- ¡Daos prisa, que os quedáis sin sitio en el balate!

Albatarrech

A finales del siglo XI los señores de las taifas de Zaragoza y Lérida, Al-Mutamán y Al-Múndir respectivamente, hijos y herederos del rey Al-Muqtádir, trataron de imponerse el uno sobre el otro para reunificar el territorio paterno. La frontera entre ambos reinos era escenario de frecuentes enfrentamientos; pero, como ninguno lograba imponerse, el rey de Zaragoza decidió contratar los servicios del mercenario más exitoso de su tiempo, el Cid; en tanto que el de Lérida se alió con el rey de Aragón y el conde de Barcelona.

En una de las numerosas incursiones, las huestes zaragozanas lograron acercarse a la capital enemiga. El de Vivar, temiendo una emboscada, pues le parecía extraño que nadie les hubiese salido al paso encontrándose tan cerca de las murallas de Lérida, dejó a Mutamán con el grueso del ejército junto al río Segre, mientras inspeccionaba los alrededores con sus hombres. El rey de Zaragoza era un hombre refinado y culto que seguía muy de cerca la última moda de Damasco y Bagdad; por lo que, para la ocasión, decidió vestirse con un caftán de muselina púrpura, un tahalí de leopardo con espada guarnecida de esmeraldas y un tocado de organza dorado y carmesí que le colgaba por un lado de la cabeza.

Cuando los de Lérida se percataron de la presencia enemiga, salieron en tromba de la ciudad convocando a gritos a todos los habitantes que pudiesen empuñar algún arma, pues pensaron que estaban perdidos y que lo mejor era vender caro el pellejo. *A batalla, por o rei*, se oía en aragonés; *A la batalla, pel rei*, se escuchaba en catalán; y los sarracenos, que entendían sólo a medias tanta lengua romance, voceaban, *Al bata rej, al bata rej*.

Al-Mutamán, más dado a debatir con sus cortesanos sobre filosofía y astronomía en los salones de La Aljafería que a la guerra, y viendo la sucia mesnada de desharrapados que se le echaba encima sin que estuviese presente su lugarteniente, volvió grupas y espoleó a su cabalgadura, perdiendo durante la huida el gorro con forma de condón usado. Uno de los atacantes que se encontraba en vanguardia lo recogió del suelo y lo alzó en señal de victoria, en tanto que los soldados zaragozanos, perplejos, viendo que su rey rehuía el combate, decidieron seguirle.

Todos los leridanos, ya fuesen arrieros cristianos, médicos judíos o curtidores musulmanes, gritaban al unísono, ¡*Albatarrec, albatarrec!*; y para conmemorar el triunfo y distinguirse como veteranos de guerra, a partir de ese momento los participantes en tan memorable evento decidieron usar un gorro parecido al conquistado en el campo de batalla; es decir, uno con forma de media barrita de pan doblada por la mitad al que llamaron barretina, que con el tiempo se convirtió en uno de los elementos inconfundibles de la identidad de los Països Catalans.

Alcoba de la Torre

El s. X fue una centuria complicada para el norte peninsular. Los reinos cristianos fueron conminados reiteradamente a reconocer la soberanía de Córdoba y a pagar tributo; pero no aceptaron. Los reyes, siempre cortos de entendimiento, pensaban que todo se reduciría a algún que otro plebeyo apiolado allá lejos, en los límites de sus dominios; cosa que, por otra parte, les traía al paio, pues los había a espuestas, y no calcularon que lo que realmente pretendía Almanzor era contar con un *casus belli* para liderar expediciones de represalia contra los principales núcleos cristianos. Entre 977 y 1002 el Victorioso llevó a cabo más de cincuenta aceifas en las que atacó, entre otras muchas ciudades, Santiago, León, Zamora, Burgos, Pamplona o Barcelona. El territorio de la actual provincia de Soria padeció las constantes razias musulmanas, porque constituía un territorio de frontera. Algo así como el salvaje oeste lleno de indios y vaqueros; si bien, en este caso concreto, para los cristianos los indios eran los musulmanes, pues como dijo fray Juan Carnestolendas en su obra *Magna Anthologia Al-Andalus Heterodoxorum*: “*hasta por su caligrafía conoceréis su herejía*”, en tanto que para los musulmanes los indios eran aquellos malolientes porqueros norteños.

Durante una de las mencionadas correrías, Almanzor le encargó a uno de sus lugartenientes que tomase este pueblo. Cuando las tropas estaban llevando a cabo las tareas necesarias para sitiario, vieron aparecer a una dama montada sobre una mula ricamanete enjaezada que se aproximaba hacia ellos, la cual informó al oficial de que era la señora del castillo (su señor esposo acababa de palmar la misma noche de bodas de una indigestión) y de que estaba dispuesta a rendir la fortaleza si quedaba satisfecha con el campeón que le enviasen para pasar la noche con ella. El adalid llamó a un grandullón joven y vigoroso, y tras ordenar que le embadurnasen sus partes con guindilla, le dijo que, para calmar el picor, lo mejor que podía hacer era atender diligentemente el furor uterino de aquella mujer. A la mañana siguiente se abrieron las puertas de la muralla y la dueña, exultante y risueña, prometió fidelidad a la causa de Almanzor. No obstante lo anterior, algún tiempo después pasó por allí un tal conde Gumersindo, al que sus hombres llamaban cariñosamente el Trípode (por el badajo que gastaba...) y la señora del castillo no tuvo ningún empacho en volver al bando de los rumíes. Como las algaradas se producían todos los veranos y el pueblo se encontraba en el ojo del huracán, las tropas moras volvieron a presentarse ante las puertas del alcázar y la escena de la castellana sobre la mula volvió a repetirse. Sin embargo, en esa ocasión la suerte no le acompañó, pues el mismo Almanzor estaba al frente del sitio y, harto de aquellas memeces, ordenó que echasen a la insigne fémina a patadas del campamento y que le diesen estopa al castillo para que en adelante no tuviesen que volver a rendirlo; dejando en pie, eso sí, la torre con la alcoba donde dormía la agraviada, para que las futuras generaciones escarmentasen en cabeza ajena y conociesen lo malvadas que pueden llegar a ser algunas mujeres.

Aldeacentenera

La población original estuvo situada junto a un arroyo cercano llamado del Ejido; pero en el s. XIX los habitantes abandonaron el antiguo emplazamiento y se trasladaron a la ubicación actual, aunque la razón de dicho trasvase sigue siendo desconocida.

Parece ser, tal y como recoge en sus crónicas fray Amador del Santo Prepucio, hijo de la villa y hermano del explorador Alonso Álvarez de Pineda (fundador de la ciudad de Corpus Christi en Texas), que el enclave inicial estuvo desde siempre infestado de unas hormigas que les transmitían enfermedades a los niños. A juzgar por los síntomas que describe el narrador (vómitos, fiebres y diarreas), bien pudiera haberse tratado de salmonelosis.

Con todo, la explicación más coherente sigue siendo la que nos ofrece Bartolillo Areopagita. Desde tiempos inmemoriales los habitantes de la zona subsistieron básicamente del centeno que cultivaban en los campos, porque otros cereales como el trigo o la cebada no prosperan en suelos tan pobres ni toleran el frío invernal de la zona. La importancia de esta planta ha permanecido en el subconsciente colectivo de sus gentes, que la han incorporado incluso al escudo de la localidad. Durante el último cuarto decimonónico se comenzaron a denunciar casos de alucinaciones y convulsiones extrañas entre los habitantes del pueblo; pero como suele ser habitual en estos casos, los gobernantes hicieron oídos sordos a estas informaciones, alegando que no se trataban más que de rumores infundados propagados por miembros del brazo extremeño de la organización anarquista La Mano Negra, cuya finalidad no era otra que provocar el terror.

Sin embargo, la cuestión adquirió tintes dramáticos cuando poco tiempo después los médicos comunicaron a las autoridades que toda la comarca estaba afectada por el Fuego de San Antonio. Nadie había reparado en la posibilidad de que el centeno que se consumía estuviese contaminado por cornezuelo y tanto en el pueblo como por los alrededores se produjeron cientos de casos de ergotismo, pues el cereal que cultivaban allí también se utilizaba como alimento en las inmediaciones. Mucha gente sufrió gangrena y necrosis, y hubo casos de personas que llegaron a perder todas las extremidades. Como resultó imposible acabar con el hongo que se había extendido por silos, graneros, casas y corrales, fue preciso trasladar a los habitantes.

Los políticos, no obstante, con la finalidad de evitar la alarma social, hicieron correr el rumor de que los pecheros del terrateniente de la zona, el Marqués de Risell, habían decidido motu proprio instalar sus barracones al lado del palacio de éste por el amor que le profesaban.

Aldealabad del Mirón

En el siglo XIV, gracias al patrocinio de Hernando Álvarez de Toledo y su esposa, Leonor de Ayala, doce monjes fundaron el convento de Santo Domingo en Piedrahíta. Para llevar las riendas de la comunidad se nombró abad a fray Bendito de Murcia, cuyá eficiente labor de proselitismo pronto estimuló el crecimiento de la congregación.

Entre los hermanos que ingresaban en la orden los había de todos los pelajes, pues muchas personas se convertían en frailes con el único objeto de comer tres veces al día; aunque careciesen de vocación religiosa. Uno de ellos, que adoptó por nombre el de fray Dimas, tal vez por la nostalgia que le producía la renuncia forzosa a su verdadera orientación, pronto cobró fama de mirón (voyeur o aficionado al peep-show que diríamos hoy); porque acostumbraba a espiar a las parejas que se bañaban en el río cuando, ya entrada la tarde, volvía al monasterio tras adquirir los víveres que le encargaba el hermano cocinero. La costumbre del hermano Dimas acabó llegando a oídos del abad, y, para evitar contratiempos, dispuso que le acompañase durante los mercadeos otro monje recién entrado en el convento al que llamaban Antoñito de Híspalis.

Un día, tras llevar a cabo los trueques encomendados, Dimas le propuso a Antoñito que parasen un rato cerca de la orilla del río para descansar; pero como al de Triana le habían advertido de la afición de aquel, le dijo que no convenía demorarse. Cansado de la insistencia y los subterfugios de Dimas, y habituado como estaba a la vida brava del arrabal sevillano, Antoñito le dijo que ya era hora de que se convirtiese en un hombre y que lo que convenía era buscar alguna joven que se encontrase en un lugar apartado para convencerla de que yaciera con ellos. Dieron con una que se estaba bañando en un recodo, y Antoñito, después de hacerse con la ropa de la muchacha que había sobre una piedra, se dirigió a ella para decirle que si no mantenía relaciones con ellos, la denunciarían a la Santa Inquisición. La mujer se acercó a él fingiendo que aceptaba y cuando se encontraba a dos palmos le arañó la cara, se hizo con sus prendas y huyó lo más rápido que pudo. Antoñito montó en cólera y acusó a la joven ante el Tribunal de mantener trato carnal con Satán en la orilla del río.

Cuando el abad supo de aquello, decidió, emulando a Daniel en el caso de Susana y los viejos, interrogar a ambos frailes por separado. La cara arañada de uno y las incongruencias que existían entre los relatos de ambos evidenciaron que mentían; por lo que fray Bendito de Murcia, que era un hombre expeditivo, los molió a palos a los dos y le trasladó a la Inquisición la falsedad de la acusación contra la joven.

Su buen juicio y mejor hacer fueron la causa de que se le conociese como El Abad del Mirón y que sus paisanos adoptasen tal denominación para nombrar la aldea que le vio nacer.

Arcones

Entre los muchos clientes que adquirieron alguna manufactura de esta localidad cabe mencionar a uno que fue inmortalizado por la literatura: se trata de Bill Bones, el pirata en cuyo cofre, fabricado por la casa comercial *La Caja de Pandora*, encontró Jim Hawkins el mapa que conduciría finalmente hasta la Isla del Tesoro. Además de cofres de marinero como el mencionado, de los talleres del lugar salieron otros productos como cajones, artesas, urnas o arcones de una calidad sin igual. La excelencia de las piezas alcanzó tales cotas, que en las transacciones de bienes inmuebles que se realizaban en el pueblo se admitían las mismas como instrumento de pago entre los vecinos.

Durante los siglos XVI y XVII la actividad principal de las factorías locales estuvo orientada a la fabricación de cajas de caudales. Estas piezas fueron muy demandadas por la clase dirigente, porque las entidades financieras (ya se tratase del Banco Médici o del Fugger) dejaron de ser fiables tras invertir en negocios de alto riesgo (prestar dinero a los reyes para sus guerras de religión) y la gente de posibles consideró preferible guardar el metálico en casa. Los maestros artesanos de *La Hermética*, que a menudo fueron tildados de masones, idearon un sistema de apertura con llave y combinación numérica tan seguro, que ni siquiera el gran Houdini, durante una visita a la localidad, fue capaz de abrir una caja fuerte que todavía hoy se conserva en la casa consistorial.

Más adelante, ya en pleno siglo XVIII, la demanda de cajones de seguridad decayó notablemente y la producción se focalizó en la confección de arcas nupciales. Concretamente las que salieron del establecimiento *Viuda de Nigérrimo e Hijos* marcaron un hito empresarial, pues se convirtieron en las predilectas de la nobleza, que las adquiría para que las jovencitas en edad de merecer guardasen sus ajuares. La calidad de los materiales empleados y el acabado de los muebles (taracea de nácar y marfil, ataujía con oro y plata) supuso la ruina de las compañías italianas del sector. Una de ellas con sede en Turín, especializada en el cassone o arca de boda, logró infiltrar a un confidente al que hizo pasar por agente comercial, para que llevase a cabo labores de espionaje industrial; pero el pobre fue enviado de regreso al Piamonte (en aquel entonces Ducado de Saboya) dentro de una funesta arca rellena previamente con alacranes.

La pujanza económica del pasado fue languideciendo lentamente y terminó por apagarse durante la primera mitad del siglo XX. *El Brazo Incorrupto de Santa Teresa, S.L.* recibió el encargo de confeccionar el Baúl de la Piquer; sin embargo, y a pesar del éxito inicial, el prototipo de arcón de viaje hubo de ser desestimado, pues durante las pruebas que se hicieron previas a su fabricación, un niño (usado como cobaya) se asfixió debido al mecanismo de cerrojo automático que incorporaba y al peso de la tapa. En la actualidad la actividad económica parece querer retornar al pueblo. Sirva como ejemplo el Hiper Asia que acaban de montar unos chinos.

Arrancacepas

El último cíclope del que se tiene noticia vivió en las inmediaciones del lugar donde se asienta esta localidad. Se trataba de un grandullón algo simple que habitaba en la oquedad de un gran risco y cuidaba de su rebaño de cebros, unos équidos rayados muy parecidos a sus parientes africanos. A pesar de su carácter apacible, pues no se tuvo nunca noticia de que hubiese atacado a nadie, cuando arreciaba el invierno arrancaba las viñas de sus vecinos para hacer fuego, porque no disponía de madera cercana, motivo por el que comenzaron a llamarle el Arrancacepas.

Los residentes se enojaban con el destrozo; ya que el ojanco necesitaba diariamente entre quince y veinte cepas, y los viñedos se veían considerablemente mermados cuando llegaba la primavera, obligándoles a plantar nuevas parras.

Los campesinos, que se beneficiaban del abono que procuraban las bestias del gigantón, decidieron compartir con él los cardos borriqueros que recolectaban al final del verano. Estos proliferaban por todas partes y llegaban a alcanzar los tres metros de altura, constituyendo un combustible excelente para la chimenea, pues tenían un cuerpo leñoso que hacía buenas brasas.

Todos los días los habitantes se turnaban para dejarle al cíclope un carro de abrojos en el campo que lindaba con su gruta, consiguiendo con ello que parase de triturar el parral.

Además de la leña, le suministraban con regularidad una cubeta de vino; porque, al margen de las propiedades caloríferas que todo el mundo conoce, favorecía que el goliat se quedase adormilado después de comer, evitando con ello que le entrasen de repente ganas de volver a las andadas.

Con el tiempo le cogió tanto aprecio al néctar que le proporcionaban, que sintió curiosidad por saber cómo se elaboraba y decidió bajar al pueblo a hurtadillas para observar el proceso. Quería comprender de qué modo aquellos troncos que utilizaba para calentarse se convertían en tan delicioso líquido.

Pensando que su fortaleza física podría ayudar a los aldeanos a agilizar la vendimia, un buen día se presentó en los campos y comenzó a trabajar codo con codo con todos ellos, de modo que en el pueblo se le llegó a considerar como un vecino más; quedando atrás los mutuos miedos y recelos.

Autilla del Pino

Después de diez años de guerra, Troya se mantenía inexpugnable y los aqueos dudaban si continuar luchando o volver a casa. Muchos campeones habían muerto en ambos bandos, incluidos Héctor y Aquiles, y nada hacía presagiar que el curso de los acontecimientos fuese a cambiar; sin embargo, Ulises apresó a Heleno, un príncipe y adivino troyano, el cual reveló una serie de condiciones que los griegos tenían que cumplir si querían conquistar la ciudad. Entre otras, era necesario que el hijo de Aquiles, Neoptólemo, participase en la guerra; por lo que Ulises fue en su busca y le convenció para unirse al bando aqueo tras hacerle entrega de las pertenencias de su padre.

Neoptólemo se puso al frente de los mirmidones y luchó con valentía hasta el fin del conflicto. Cuando el astuto Ulises le contó el ardid del caballo de madera, se presentó voluntario, y, una vez se encontraron en el interior de la ciudad, se abrió paso hasta el palacio real y dio muerte al rey Príamo. Al principio sintió que había vengado la muerte de su padre; pero, cada vez que recordaba el rostro del anciano en el momento de atravesarle con la espada, sentía desprecio de sí mismo.

Para tratar de olvidar un acto tan abyecto, abandonó aquellas tierras y dejó que el levante impulsase las velas de su nave hacia el otro extremo del mundo. Atravesó el Mediterráneo y cruzó las Columnas de Hércules para adentrarse en el Océano. La tripulación estuvo luchando contra una tormenta durante más de una semana hasta que el mar arrojó la nave contra una playa que se encontraba en el estuario de un gran río.

Tras un más que merecido descanso, Neoptólemo les explicó a sus hombres que el propósito de aquel periplo era encontrar un lugar para esconder la armadura y las armas que Hefesto había forjado para Aquiles, pues no se consideraba digno de llevarlas, y asentarse en un paraje adecuado para comenzar una vida pacífica. Viendo que los mirmidones se miraban entre sí confusos; ya que sólo conocían el oficio de la guerra, les indicó que quedaban liberados de sus votos y que cada cual era libre de seguir el camino que creyese conveniente. Dado que habían perdido la embarcación y que no resultaba posible regresar, algunos fundaron una ciudad en la costa a la que llamaron Olissipo (Lisboa) en honor de Ulises; en tanto que otros siguieron al hijo de su antiguo comandante.

Neoptólemo se internó tierra adentro y estuvo vagando largamente en busca de alguna señal. Pasaron los días, las semanas, los meses...; pero no daba con lo que buscaba. De repente, una mañana, al salir de su tienda, un autillo dorado de enormes ojos azules se posó sobre sus hombros, le acarició la cara y a continuación voló hasta un pino cercano. En ese momento Neoptólemo supo que se trataba de la diosa Atenea y que en aquel sitio medraría su linaje.

Balanegra

Las columnas de humo se elevaban por doquier. Los corsarios berberiscos, tras haber desembarcado aprovechando la luna llena, habían asaltado el pueblo y secuestrado a todos los que podían ser vendidos como esclavos en los mercados del norte de África. Con aquella, ya eran cuatro las incursiones que habían sufrido durante el último año. La situación se repetía a lo largo de todo el litoral y los gobernantes eran incapaces de adoptar soluciones para ponerle freno, porque el Mediterráneo les pertenecía a los piratas otomanos y musulmanes. La gente sentía rabia, impotencia y tristeza. Todos habían perdido algún ser querido; y, aunque era horrible encontrar al marido o al padre decapitado, al menos se le podía enterrar. Resultaba mucho peor no poder dejar de pensar en el sufrimiento de los que se encontraban cautivos, sin saber a ciencia cierta si seguían con vida o no. El miedo y el sentimiento de indefensión empujaron a muchos a marcharse tierra adentro, lejos de la costa de infaustos recuerdos; sin embargo, los que no tenían nada que perder o dónde caerse muertos, decidieron permanecer allí. Ya les había prevenido Juan de Dios en varias ocasiones, sin que nadie hubiese hecho caso: *Tenemos que prepararnos para la próxima vez... porque volverán*. En esta ocasión, los vecinos se mostraron dispuestos a seguir su buen juicio. Abandonaron las casas arruinadas de la rada y levantaron otras nuevas en lo alto de un otero que cerraba la playa por poniente. Además, construyeron varias torres y se turnaron para vigilar el mar. Cuando terminaba la faena subían las barcas con poleas y las ocultaban en cuevas horadadas en la roca con dicho propósito. No disponían de cañones y las escasas armas de fuego que tenían eran insuficientes para hacer descargas cerradas; así que a Juan de Dios se le ocurrió crear un sistema defensivo plagado de trampas. Lo primero que hicieron fue levantar una barrera de piedra paralela a la playa y oculta bajo la superficie del agua, donde habían visto que fondeaban las naves de Berbería. Alrededor del antiguo pueblo, ahora desierto, se cavaron zanjas que se rellenaron con alquitrán; y en los laterales de la rampa que ascendía hasta el pueblo nuevo se abrieron oquedades para sorprender a los enemigos. Igual que la zorra vuelve al corral, cuando la Luna iluminó el cielo, los vigías dieron aviso de que se acercaba una nave corsaria. Juan de Dios ordenó a su gente que ocupase los puestos que les había asignado previamente. El jabeque se aproximaba como una sombra silenciosa y sin luces en cubierta. De repente, el agua lo empujó contra el arrecife artificial y se oyó un crujido espantoso. La nave había encallado y los piratas, viéndose perdidos, se dirigieron a tierra. Algunos le prendieron fuego a la aldea baja y la brea oculta en las zanjas se incendió de inmediato, abrasando a varios de los pirómanos. Los que quedaron, conociendo el engaño, trataron de llegar al pueblo alto; pero al subir por el camino fueron acuchillados por paisanos que permanecían escondidos en los lados o abatidos a tiros por Juan de Dios con unas balas negras hechas de coral, pues ofrecían un blanco fácil al recortarse sus figuras contra las llamas de la playa. Los vecinos, con la crueldad que muestran los desheredados cuando tienen ocasión de vengarse, capturaron al capitán corsario y a varios de sus hombres, y los llevaron a golpes ante su general. Éste, inmisericorde, ordenó que los castrasen y los empalasen en el acantilado para que sus cuerpos fuesen visibles desde el mar. Si los turcos contaban con Barbarroja, a partir de ese día ellos tenían a Balanegra.

Barbadas

Cerca de esta localidad se encuentra la piedra del Tangaraño, una esfera granítica asentada sobre otras rocas, bajo la que existe un pequeño túnel al que tradicionalmente se le han atribuido propiedades curativas. El nombre deriva de los niños que padecían raquitismo (entangarañados, en gallego) y a los que se curaba haciéndoles pasar por el hueco. De acuerdo con el rito, tres mujeres debían transportar al menor procurando que el mismo atravesase el agujero sin tocar el agua que cubre perpetuamente el fondo. Una vez había salido por la parte inferior, se le desnudaba, se le vestía con ropas nuevas y... listo. Mano de santo.

Conociendo la leyenda que circulaba por los contornos sobre las bondades de la milagrosa brecha, tres amigas premenopáusicas pensaron que la misma satisfaría los deseos que formularan; y como los maridos no les prestaban atención y en lugar de referirse a los graciosos lunares que tenían en el rostro, les mentaban las verrugas de bruja que les colgaban del hocico, las tres decidieron, pues era difícil ir a peor, atravesar la hendidura y comprobar si era posible rejuvenecer.

Las tres se cogieron de las manos, y arrastrando sus achacosas articulaciones lo mejor que pudieron, cruzaron el orificio.

Cuando las tres se encontraron al otro lado, la sorpresa fue mayúscula. De alguna manera la abertura había eliminado sus verrugas, pero no de la forma en que ellas hubieran deseado, pues las tres tenían la cara cubierta por una barba más espesa que la de sus maridos. Llegadas a este punto, sólo tenían una opción: volver a pasar; pues no podían presentarse en casa de aquella guisa.

La segunda vez se quedaron calvas; la tercera, los pechos adquirieron una textura gelatinosa; la cuarta, les creció un rabo de cochino en mitad del culo...; pero, como *fortuna audaces iuvat*, a la décima salieron reconvertidas en unas jacas que quitaban el hipo.

Si resultaba del todo inviable volver al pueblo con las barbas que les habían crecido la primera vez, menos sentido tenía regresar ahora; porque, al margen de la excomunión que recaería sobre ellas en cuanto el cura les echase el ojo encima, no sabían cómo reaccionarían sus maridos.

Les dejaron a los cónyuges unas notas manuscritas en las que les informaban del vello que les había salido en la cara a raíz del experimento fallido, y de cómo habían adoptado la decisión unánime de marcharse a la Tierra Media, ya que sólo los enanos serían capaces de apreciar su femineidad con aquellas trazas.

Acto seguido, y a pesar de los sentimientos encontrados que las asaltaban, pusieron rumbo al universo bohemio de la capital francesa para disfrutar de esa segunda oportunidad que les bridaba el destino, pues, como dijo Enrique IV, *París bien vale una misa*.

Bollullos de la Mitación

Érase una vez un matrimonio que no podía tener hijos. La mujer deseaba quedarse embarazada a toda costa, pero, a pesar de que la pareja llevaba ya un tiempo intentándolo, no había forma. Se la oía suspirar constantemente pensando en el hijo que no podía acunar, y cada vez que veía a una vecina encinta, sus ojos no podían apartarse de su abultada tripa. Todos los días se acercaba al arroyo de Majalberraque para lavar la ropa y, cuando se quedaba a solas, aprovechaba para implorar a los dioses, entre lamentos, que atendiesen su ruego y le concediesen un hijo.

Zeus, el padre de todos los dioses, que nunca andaba ocioso y tenía fama de socorrer a las humanas atractivas que le pedían ayuda, decidió transformarse en un succulento boniato que sobresalía de la tierra cerca de la orilla del riachuelo. Cuando la joven volvió al día siguiente, se topó con el tubérculo y no pudo resistirse ante aquel bocado que le pareció sabroso en extremo. Todo sucedió tan rápido como lo de César en Zela; ya saben, *Veni, vidi, vici*, pero en plan, *Lo arrancó, se lo comió y se quedó preñada*.

Transcurridos nueve meses de este suceso, la joven dio a luz y todo el mundo la felicitó por el hermoso bollullo que había tenido. Todo fue de perlas el primer día; pero cuando la madre se despertó a la mañana siguiente, no había uno, sino dos bebés. Al principio estaba confusa. Pensó que quizás no recordaba que había parido por duplicado; pero al comentarlo con el marido, éste le aseguró que sólo había alumbrado un pequeño. Llamaron a la partera para que les confirmase el asunto y ésta les aseguró que en sus muchos años de profesión jamás había presenciado nada tan extraño.

La confusión se fue tornando en desesperación, pues cada noche el bollullo original generaba un clon y al amanecer los padres despertaban con un nuevo hijo. El bebé, por cuyas venas corría la sangre de un dios, se multiplicaba como si se tratase de una bacteria por medio del proceso que hoy conocemos como mitosis.

La joven acudía diariamente al río para lavar la tonelada de ropa que ensuciaba la treintena de bollullos que ya tenía, y suplicó a los cielos que cesase aquella situación, porque además de desesperante, ni siquiera sabía cómo iban a poder alimentar a aquella legión de bebés.

Zeus, que ya se había divertido de lo lindo con aquella broma, decidió apiadarse de la joven y la prole dejó de medrar.

Los augures de la comarca estuvieron dándole vueltas a aquel acontecimiento portentoso durante mucho tiempo, y, tras examinar infinidad de hígados de res y tripas de urraca, finalmente decidieron que el mismo fuese recordado por la posteridad como el de los bollullos de la mitación.

Bretocino

En el año 156 a.e.c. el centurión Casposo Calpurnio fue enviado en una misión suicida hacia el interior de la meseta norte en busca de un objeto sagrado que se encontraba en tierras vacceas. Dicho objeto no era otro que el Bretocino de Oro, un trozo de panceta que había pertenecido a un marrano albino, y que había adquirido con el tiempo el aspecto de un torrezno fosilizado. Los indígenas lo habían recubierto con polvo de oro para recordar el pelaje original del animal y era considerado como la representación del Cerdo Padre.

De acuerdo con la narración del historiador romano Lentulo Facocerus, los miembros de la unidad militar fueron privados de las depilaciones, afeitados y agua caliente a los que estaban acostumbrados, y tras varios meses parecían más nativos que Viriato con su aspecto cetrino, cejjunto y maloliente; completando así la adaptación necesaria para camuflarse entre los locales.

El destacamento romano inició su marcha desprovisto de insignias u otros símbolos reconocibles, y al cabo de pocas semanas de andar vagando por el territorio, se encontró con una partida de vacceos que transportaban cerveza para las fiestas del Bretocino. Casposo, para no ser descubierto, ordenó a sus hombres que se bebiesen los suministros de agua a toda pastilla y orinasen en los toneles hasta colmarlos, de modo que pudiesen hacer creer a los indígenas que constituían un grupo más de peregrinos que llevaba un obsequio a la deidad.

Cuando llegaron al cerro donde se encontraba la muchedumbre en torno al objeto de culto, guardaron fila. Poco a poco las distintas congregaciones fueron depositando sus ofrendas en el nemetón y cuando les tocó su turno, los romanos arrojaron sobre la reliquia los meados depositados en los carrales, provocando con ello la eclosión de un inmenso árbol de cuyas ramas colgaban tiras de tocíneta. Todos, nativos y romanos, quedaron sorprendidos. Casposo fue designado druida mayor, y desde entonces, Bretocino siempre se ha considerado como el país donde se atan los perros con longaniza.

Según la tradición, las mujeres del lugar fueron las responsables de que los soldados romanos decidieran abandonar las privaciones de la vida castrense y establecerse allí, pues, a diferencia de las romanas, eran bastante más desenvueltas durante los momentos de solaz.

Todavía hoy es posible ver en este pueblo una versión cristianizada del Árbol de la Panceta durante la festividad del Sagrado Corazón de Jesús, en la que las mujeres confeccionan El Ramo, una especie de estandarte triangular elaborado con tela y elementos florales, en el que se ha sustituido el beicon por rosquillas de elaboración casera.

Buitrago

Tras la derrota de Quinto Fulvio Nobilior, en la que murieron treinta mil hombres, Roma, contumaz, había seguido mandando tropas al frente celtibérico durante veinticinco años sin obtener resultados. La República Romana ya estaba hasta el gorro de que el fanfarrón de Retógenes y sus hombres les hiciesen calvos a las legiones cuando se encontraban frente a frente antes de una batalla campal. Harta de las burlas de que era objeto, decidió recurrir a una táctica alternativa. Nombró cónsul a Publio Cornelio Escipión, un romano de los de verdad, de pelo en pecho, que sin duda metería en vereda a los legionarios que se habían enrolado pensando que la guerra en Hispania era como ir a una casa de baños a tomar vino mientras te masajeaban. Escipión, hombre práctico, dejó de combatir en campo abierto y recurrió a encerrar a los numantinos en su ciudad y rendirlos por hambre. Para que la táctica surtiera efecto era imprescindible asegurarse de que ningún eventual aliado prestaba ayuda desde el exterior, por lo que anduvo pactando alianzas y recompensando a los pueblos vecinos para que no se involucrasen en el conflicto. Ya se sabe: divide y vencerás.

Un día programó una visita a una tribu que se hallaba relativamente próxima a su cuartel general. Como desconocía a qué se iba a enfrentar, acudió con recelo. Mando a los exploradores por delante para que le informasen y ordenó a varios contingentes de caballería que rodeasen el lugar. Para su sorpresa, se encontró con gente pacífica que pasaba el tiempo contentando a los dioses con música. Bautizó al lugar como Lupercalium, porque, además del carácter festivo que emanaba del lugar, similar al de las lupercales romanas, los hombres vestían pieles de lobo y tocaban instrumentos musicales hechos con partes de animales mientras aullaban. Entre los numerosos objetos que componían la panoplia musical había hueseras fabricadas con tibias de cabra, tejoletas confeccionadas con costillas de buey y tambores forrados de piel que golpeaban con pezuñas de caballo. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fueron unos instrumentos de viento pergeñados con cráneos de lobo. Habían horadado de tal manera las cabezas que, al soplar, salía de ellas un sonido fúnebre que ponía la carne de gallina y aterrorizaba al más pintado. Algún veterano comentó que comparado con aquello las notas que emitían los carnyx celtas parecían una balada nupcial.

Al cabo de poco tiempo se habían sacrificado tantos lobos que acabaron por desaparecer del contorno. De hecho, se tardó siglos en volver a ver alguno rondando por la zona. La situación habría provocado un problema mayúsculo de no ser porque a un miembro del clan, que se pasaba el día trasladando difuntos a los cerros, para que los buitres los despedazasen y elevaran así su alma a los cielos, se le ocurrió elaborar unas flautas con los cúbitos de las rapaces. El quejido lastimero que salía de ellas no pudo competir nunca con el de las cabezas lobunas ululantes, pero al menos fue posible garantizar el suministro, ya que gracias a la facilidad para obtener la pitanza, las aves atestaban las buitreras distribuidas por los oteros y collados cercanos.

Bullas

Ibn Hud no sabía si reír o llorar. Desde que se sublevó en el Valle de Ricote no había dejado de luchar contra los almohades. El precio había sido muy elevado, pues había perdido a casi todos sus familiares: padres, hijos, hermanos... Había expulsado a los arrogantes fundamentalistas, consolidado las fronteras, reconstruido el alcázar arruinado por el invasor y restablecido la corte. Como colofón, había enviado una embajada a Bagdad para solicitar la ayuda del Califa abasí (con la excusa de someterse a su autoridad religiosa), y todo lo que le mandaba después de medio año de espera era un grupo de bailarines místicos.

Apenas podía dar crédito a la misiva que sostenía en sus manos: *Del Príncipe de los Creyentes al Emir de Murcia* y blablablá... *Los derviches giróvagos que acompañan a la legación te ayudarán a entrar en comunión con el cosmos, pues son capaces de alcanzar el éxtasis y sentir la presencia de dios...* ¡Con dos cojones y un palito!

Ibn Hud les donó a los danzantes un castillo abandonado que se alzaba en una localidad entre Caravaca de la Cruz y Mula y se olvidó de ellos; sin embargo, como lejos de enseñar doctrinas violentas o cuestiones que implicasen derramamiento de sangre, se dedicaban a practicar el baile y la música, enseguida ganaron muchos adeptos, pues a la gente le encanta la jarana.

A pesar de la buena disposición y de la paciencia de los mevlevíes, los alumnos se aburrían con tanto giro y pronto surgieron movimientos heterodoxos que se fueron alejando de la pureza mística propugnada por los maestros. En todos los barrios surgieron parrandas, grupos de apóstatas que bailaban al son de flautas, tamboriles y laúdes; haciendo que las calles se llenaran de júbilo. *¡Bullas y más bullas!* – se quejaban algunas personas mayores en alusión a la algarabía, añorando la tranquilidad y el silencio que reinaba en las calles antes de que llegasen aquellos giribailes.

Pronto proliferaron las academias en las que se enseñaba a bailar y a cantar. Meros remedos de la escuela sufí; pero que constituyeron un crisol en el que se fundieron distintas tradiciones líricas. El ziryab, la zambra, la nuba bereber, los cantos mozárabes y la tonada sefardí, entre otros, dieron lugar, tras las numerosas variaciones que se fueron produciendo a lo largo de la historia, a los actuales palos del flamenco.

En cuanto a la población, a cuyos habitantes se acostumbra a denominar *bullaciosos*, se convirtió en la cuna de grandes bailaoras y maestros del cante jondo, que han hecho pervivir hasta nuestros días este folclore milenario hecho de fandangos y soleares, de bulerías y tarantas; y que actualmente tiene en el Festival de Cante de la Minas de la Unión uno de sus máximos exponentes.

Burujón

Todo el mundo conoce el militarismo que caracterizaba a la sociedad espartana. Sus hombres soportaban todo tipo de sufrimientos y castigos desde la infancia para curtirse y convertirse así en temibles guerreros ¡Quién no ha oído hablar de las Termópilas y de la indiferencia de los espartanos ante la muerte cierta que les aguardaba! Cuando Jerjes les exigió que depusieran las armas antes de la batalla, Leónidas le respondió: *Si tienes cojones, ven y tómalas.*

Otra costumbre famosa tiene que ver con el destino que les estaba reservado a los pobres desgraciados que nacían con alguna tara o defecto físico, pues eran arrojados al vacío desde el Taigeto; sin embargo, a pesar de lo impactante que nos puede resultar hoy en día esta información, hay que señalar que en la zona de Burujón se observaron desde antiguo hábitos mucho más sorprendentes que el mencionado.

Cuando la región estaba habitada por tribus carpetanas, en las cárcavas que dan al Tajo se estableció una colonia de barnaclas cariblanas. Estos gansos no alimentan a las crías, por lo que los polluelos recién nacidos tienen que saltar desde los nidos situados a gran altura cuando todavía no saben volar, para llegar al suelo y comer. Los celtíberos quedaron tan impactados por el comportamiento de estos animales, que incorporaron al dios pájaro Eun a su panteón y, para honrarle, determinaron que a todos los recién nacidos en la comarca, sin excepción, se les llevara a las escarpaduras del río y se les hiciese rodar cuesta abajo por la Barranca de Calaña a modo de rito de iniciación. La tasa de mortalidad infantil se disparó; pero los supervivientes (conmocionados, lesionados y con la cabeza llena de burujones) eran admitidos con todas las de la ley como miembros de la comunidad.

La noticia de esta práctica corrió como la pólvora entre los habitantes de los alrededores, y, como en tiempos de paz suele haber un exceso de testosterona por falta de acción, comenzaron las bravatas y las apuestas: *¿A que no te tiras de cabeza por el barranco? ¿Cuánto me pagas? ¡Yo soy más machote que tú!...* El tiempo fue dotando a estos duelos de normas y convirtiéndolos en un deporte. Los jugadores de cada equipo se dejaban caer rodando por los terraplenes en dirección a la orilla, y tras haber saltado todos, se hacía recuento de los muertos. Ganaba la escuadra con menos fallecidos entre sus filas. En caso de empate, se contaba el número de lesionados, y se nombraba vencedor al conjunto con menor cantidad de ellos. Había, no obstante, una condición de victoria curiosa: si alguno de los atletas conseguía finalizar la bajada sin que le brotasen chichones en la cabeza, el triunfo era para su equipo; aunque fuese el único superviviente y no le quedase un hueso sano.

La práctica de este deporte es la que propició que, por extensión, a los toledanos se les conozca como bolos.

Cabezas de Alambre

Corría el año 1809 y España ardía por los cuatro costados. La guerra se extendía por toda la península y desde el púlpito de la iglesia de San Cristóbal, el padre Crescencio Pollón incitaba a la rebelión contra el francés. No se cansaba de decir que era obligación de todo buen católico y fiel súbdito de Su Majestad el Rey dar muerte a cualquier soldado gabacho con el que se topase, pues, según él, el ejército galo estaba formado por demonios del Averno que mataban, robaban, violaban monjas (y monjes) y habían sido invocados por el mismísimo Napoleón para acabar con el orden de dios e imponer al mundo el Anticristo.

Tanta soflama acabó por calar profundamente en el corazón de los cabezalambros y cuando llegó el otoño y las mieses ya se encontraban a buen recaudo, los hombres, por calmar el desasosiego y matar el tiempo, que el ocio es mala cosa, decidieron tirar de albaceteñas y trabucos y echarse a los caminos en busca de algún franchute al que despachar.

Una noche la partida de guerrilleros se dio de bruces con dos correos pertenecientes al Tercer Regimiento de Cazadores a caballo del V Cuerpo de Ejército del Mariscal Soult, que andaban perdidos por los montes, y se las hicieron pasar moradas antes de darles matarile. Uno de los partisanos, al que invadió el miedo después de la carnicería, comentó que para asegurarse de que los enemigos no pudiesen volver del más allá y vengarse, convenía cortarles la cabeza y echarles agua bendita antes de enterrarlos; pero tras decapitar a los soldados, repararon en que para bendecirles había que acudir a la iglesia.

Marcharon de vuelta al pueblo con los dos cadáveres, y cuando el sacerdote presenció las atrocidades que habían cometido, quedó tan horrorizado, que les ordenó que uniesen cabezas y troncos con alambre antes de darles cristiana sepultura, porque aquella no era forma de presentarse ante el Altísimo.

Desde entonces, son numerosas las personas que aseguran haber visto, durante las frías noches de otoño, dos figuras extrañas vagando cerca de las tapias del cementerio.

La versión de la historia varía según quien la cuente; si bien se suele señalar que visten atuendos militares antiguos, gorros altos y presentan un aspecto astroso y desaliñado (*Parecían unos seguratas salidos del siglo XIX*, comentó un testigo de manera muy gráfica). No obstante, hay algo en lo que todos coinciden: cuando la luz de la Luna incide sobre los fantasmas, los cuellos de ambos emiten unos destellos plateados, como si algún elemento metálico formase parte de ellos.

Cabezón de la Sal

Hace mucho, mucho tiempo, cuando la localidad no era más que una aldea, vivió en ella una persona que padecía hipogeusia, una dolencia que le impedía reconocer el sabor salado.

De niño se negaba a comer, porque la comida le sabía sosa, y su madre andaba siempre de cabeza buscando sal para que la criatura probase bocado. Afortunadamente para ella, puede que allí careciesen de otras cosas; pero sal había para dar y tomar, pues el lugar ya era famoso en la antigüedad por la explotación de sus minas.

El trastorno de la capacidad gustativa persistió al llegar a la edad adulta, y la matraca que le daba a la madre con el tema de las comidas la heredó su mujer. *¡Si llego a saber esto, se casa contigo tu tía la de Santander!*, decía la joven. Todos los días, a mediodía y por la tarde, se la veía atravesar el pueblo con un saco de arpillera y una azada en dirección a un prado donde recogía el salitre que afloraba a la superficie, pues para el marido los alimentos nunca estaban suficientemente salados y era necesario aderezarlos sin parar. Tanto era así, que más que comida con sal, lo que ingería el desdichado era sal con comida. Los viejos del pueblo, que como es costumbre en España se pasan la vida sentados en los poyos de la plaza cotilleando sobre los demás, le preguntaban cuando la veían pasar:

- *Anjana, ¿dónde vas con la que está cayendo?*

Y ella, sin parar de andar y levantando los brazos en señal de resignación, respondía:

- *¡A por sal!*

La conversación se repetía sin cesar con escasas variantes: *¿Otra vez? Sí, a por sal. ¡Joder, pues va a acabar como un pescao en salmuera! ¡Que dice que la comida está insípida!...*

Aquello era tan habitual, que, si en alguna ocasión los vecinos no veían a Anjana, se pasaban por su casa para preguntarle si se encontraba bien. No obstante, la fuerza de la costumbre hizo que la situación fuese dejando de ser una novedad y que la gente perdiese el interés paulatinamente; y llegó un momento en que, cuando la joven atravesaba la plaza, sólo se escuchaba a alguno de los viejales que se limitaba a comentar en voz baja para el resto de la concurrencia: *Pfff... ¡El cabezón de la sal!*

Fue tal la fama que adquirió la historia, que los arrieros que circulaban entre Asturias y Castilla se referían al lugar como *el sitio donde vivía el Cabezón de la sal*. Con el andar del tiempo la referencia se fue simplificando (donde vivía el Cabezón de la sal, donde el Cabezón de la sal...), hasta quedar reducida al nombre que conocemos hoy: Cabezón de la Sal.

Calatorao

Los días transcurrían con monotonía. Exuperio se levantaba antes del alba, se vestía a oscuras y empujaba suavemente el cuerpo de su mujer, que oscilaba sobre la cama con un ligero movimiento de vaivén, para indicarle que nacía un nuevo día. Daba igual que hiciese frío o calor. Todas las mañanas preparaba el carro con la mula y se acercaba a la cantera. A base de pico y palanca arrancaba bloques de caliza, los cargaba y volvía a casa. Una vez allí, los golpeaba hasta convertirlos en fragmentos más pequeños y los calcinaba en un horno que previamente había alimentado la mujer con la leña que se había procurado por el monte. Cuando el fuego se consumía, quitaba los trozos que no se habían quemado adecuadamente y procedía a convertir las rocas en polvo. Por último, llenaba sacos con la cal y los guardaba en el corral, a la espera de acumular suficiente cantidad para salir a venderla. Ninguna novedad alteraba el curso de su vida. El cielo no había tenido a bien concederles hijos, carecían de parientes a los que visitar y, como su casa quedaba en un altillo a las afueras del pueblo, ni siquiera tenían trato con algún eventual transeúnte. Su situación se les antojaba a los caleros de lo más normal; sin embargo, una mañana, mientras Exuperio volvía a casa, un mirlo se golpeó contra el carro y cayó exánime sobre el suelo. Aquel suceso, aparentemente insustancial, acabó con la laxitud existencial que permanecía tan profundamente arraigada en su alma. Exuperio se bajó del carro, miró al animal y comenzó a meditar sobre el sentido de la vida. Lo que acababa de ocurrirle al pájaro le sucedería a él en un futuro no muy lejano. ¿Para qué esforzarse, pues? ¿Qué objeto tenía deslomarse un día tras otro para seguir viviendo igual? Se arrodilló e imploró a los dioses que le liberasen del trabajo, que le permitiesen convertir en cal lo que tocase sin necesidad de esfuerzo. Esperó un rato y no ocurrió nada. Estaba a punto de erguirse y comenzar a reírse de sí mismo por creer que su súplica sería escuchada, cuando una voz como un trueno dijo: *¡Sea!* Eso fue todo. Exuperio volvió a casa eufórico y le contó a su mujer lo que había sucedido. A partir de ese momento ya no tendrían que pasar más fatigas. *Y para muestra, un botón* – dijo; y tocando una silla, la misma se convirtió en cuestión de segundos en un montón de cal sobre el suelo. ¡Maravilloso! La emoción le dio hambre; mas cuando mordió una pera que había sobre la mesa, notó que el bocado se transformaba en yeso dentro de su boca. Probó con otros alimentos y el resultado fue el mismo: la cal se le atoraba en la garganta. El pobre Exuperio se quedó flaco como perro sin amo, pues no había comida con la que no se atragantase, y acabó por convencerse de que moriría de inanición. Le pidió a la mujer que fuese en busca del mosén para que le administrase los últimos sacramentos; pero cuando el cura llegó y supo lo que había sucedido, les comentó la historia del rey Midas, el cual, para acabar con el don que le había concedido Dionisos de convertir en oro cuanto tocase, se había bañado en el río Pactolo. No perdían nada por probar el mismo ardid; así que los tres se acercaron hasta el río Jalón que discurre cerca y Exuperio se sumergió en él. Las aguas se volvieron blancas como la leche y él quedó liberado del obsequio divino. A partir de entonces el paraje fue conocido como el del Calatorao.

Candilichera

Cuando Aldara vino al mundo su madre falleció y el padre había tenido que asumir el papel de ambos. El pobre hombre pasó algunos momentos engorrosos, como cuando tuvo que explicarle lo de la menstruación; pero se las había apañado para criarla en solitario. Desde pequeña le enseñó el oficio de hojalatero, y cuando llegó a la edad adulta, Aldara ya era toda una consumada lamparera. Todas las mañanas la joven iba en busca de su padre para darle los buenos días y desayunar juntos; pero un día no dio con él. Después de mirar en la casa y en el taller, buscó en el huerto. Nada. Se acercó al río por si se hubiese caído en él y oteó el horizonte. Ni rastro. Cuando regresó, reparó en que había un ópalo sobre su mesita de noche; aunque no alcanzó a entender cómo había llegado hasta allí. Anduvo una semana indagando por los alrededores, pero no obtuvo noticias; y resultaba extraño, porque el hombre jamás se había aventurado más allá de los cuatro pueblos en los que mercadeaba. Transcurridas dos semanas desde la desaparición, y a pesar de la tristeza que sentía, Aldara consideró que tenía que volver al trabajo, porque había que comer. Además, no sólo vendían candiles y lámparas de toda clase; sino que también los recogían para repararlos, y la devolución de los encargos ya acumulaba mucho retraso. Los días pasaban con monotonía. Algunos los dedicaba a fabricar y reparar útiles, otros a recolectar savia de pino con la que obtenía la brea que vendía como combustible, y los menos, a ir de pueblo en pueblo con el carro para darle salida a los objetos manufacturados. No dejaba de preguntarse por el paradero de su padre; sin embargo, el trabajo le ayudaba a evadirse. Una noche se levantó para vaciar la vejiga y vio un resplandor que salía por debajo de la puerta del establo. El cobertizo llevaba años cerrado y le pareció raro. Allí no había nada más que lucernas, candiles, lámparas, linternas, faroles, fanales y otros utensilios lumínicos acumulados durante generaciones. Se aproximó despacio, temerosa, y cuando abrió el portón, se encontró, para su asombro, con lo que parecía un cónclave de seres que se asemejaban a las hadas. Cuando la vieron, la invitaron a pasar y unirse a ellas. La que parecía la cabecilla le dijo que, aunque lo lógico hubiera sido reunirse con ella mucho tiempo después, no habían dejado de escuchar sus suspiros y de sentir la melancolía que la embargaba; y que, dado que no parecía probable que fuese a tener familia, habían decidido adelantar la cita y contarle una vieja historia. Parte de sus ancestros fueron un día elfos; pero no unos cualesquiera, sino los encargados de iluminar el mundo. Fabricaban luminarias, y, cuando llegaban a una edad avanzada, antes de morir, partían hacia Válinor. Aldara llevaba su sangre, y su padre le había dejado una piedra especial antes de partir hacia la isla, que le permitiría a ella a su vez encontrarse con él y todos sus ancestros. Le mostraron un pozo oculto en el suelo que bajaba hasta un embarcadero que conectaba con un río subterráneo, y le indicaron que, si deseaba partir hacia la Tierra Lejana, todo lo que tenía que hacer era dar de comer el ópalo mágico al cisne gigante que la estaría esperando. En 1965 los habitantes del pueblo contratados como extras durante el rodaje de *Doctor Zhivago* utilizaron anticuados objetos de iluminación que cogieron de un decrepito galpón al que se conocía como La Candilichera.

Canillas de Aceituno

El personaje más ilustre de esta localidad, como puedes suponer, se llamaba Aceituno. Este era el apelativo por el que le conocía todo el mundo, debido a que era más moreno que el sobaco de un grillo y a que nadie supo nunca su verdadero nombre.

Huérfano desde su más tierna infancia, siempre dio muestras de ser infatigable; ya que podía pasarse el día subiendo y bajando cerros sin parar, motivo por el cual los vecinos le hacían encargos constantemente. En aquel tiempo (y hasta hace relativamente poco) el pueblo se encontraba prácticamente aislado de las poblaciones vecinas de la Axarquía y había caminos por los que no podían transitar ni las mulas; de modo que Aceituno acabó convirtiéndose en el correveidile oficial.

- *Aceituno, acércate a Vélez y dile al galeno que venga.*

- *Aceituno, por favor, corre a Alcaucín y avisa a mi hermana de que madre se está muriendo.*

- *Aceituno, prenda, ¿podrías ir a la mina de Viñuela a por medio saco de sal?*

Tanto caminar ocasionó un desarrollo desmedido de las extremidades inferiores del muchacho, y cuando alcanzó la pubertad, sus pantorrillas eran el triple de gruesas que las de una persona normal.

Cuando los griegos de la colonia de Mainake, que estaban por aquel entonces organizando un maratón en conmemoración de la victoria obtenida en la batalla del mismo nombre, oyeron hablar de Aceituno, no creyeron las proezas que se contaban del mismo y le invitaron a participar y medirse con los atletas helenos para demostrar su portento físico.

El día de la competición amaneció soleado y olía a brisa marina. El público se agolpaba junto al recinto donde daría inicio la carrera para ver calentar a los célebres corredores que habían venido desde la otra parte del Mediterráneo. Allí estaban Apolodoro, Cleón de Epidauró, Leócares de Mesenia o Tauróstenes de Egina, entre otros. Nadie en su sano juicio habría apostado un óbolo por Aceituno. El juez bajó la banderola que mantenía en alto y los atletas empezaron a correr. La distancia a cubrir era de doscientos quince estadios (que equivalen aproximadamente a unos cuarenta kilómetros de hoy día) y discurría por terreno llano. Nada más comenzar, Aceituno esprintó y muchos corredores sonrieron pensando que carecía de experiencia, pues todo el mundo sabía que convenía reservar fuerzas para la parte final. Acostumbrado como estaba a las cuestas, Aceituno no corrió; sino que voló, doblando a sus contrincantes varias veces durante el recorrido circular antes de acabar en la mitad de tiempo que el resto. Los espectadores quedaron boquiabiertos, pasmados. Cuando le hicieron entrega del trofeo, que representaba unas canillas o tibias doradas, le preguntaron acerca de cómo tenía pensado regresar a casa, a lo que Aceituno respondió: *Pues igual que vine esta mañana, corriendo.*

Cantalapiedra

La llanura donde se asienta el pueblo ha favorecido que sus habitantes se hayan dedicado tradicionalmente al cultivo del cereal; no obstante, y dado que la localidad se encuentra cerca de las tierras abulenses, copiosas en granito, hubo un tiempo en que la agricultura ocupó un segundo plano, pues la localidad se convirtió en un núcleo artesanal de primer orden.

Según relata el cronista Julitus Pichardus, durante la conquista de la meseta la zona era famosa por la enorme cantidad de talleres que se dedicaban al trabajo de la piedra. El escritor señala que los artesanos estaban especializados en la elaboración de litófonos, una especie de sorprendentes instrumentos musicales semejantes a xilófonos gigantescos, aunque confeccionados con piedras; y que dichos dispositivos eran utilizados por los vetones para transmitirse noticias entre los castros, ya que emitían un sonido parecido al de las campanas, audible a muchas millas de distancia. Como los menestrales tenían que ajustar el sonido de cada pieza, y ello sólo era posible mediante su percusión constante, se bautizó al lugar como *Ubi Lapides Cantant* (Donde cantan las piedras).

A lo largo de su narración Pichardus comenta que, durante los equinoccios y solsticios, dichos aparatos eran tocados por músicos virtuosos durante toda la noche para celebrar los cambios de estación y pedir a los dioses que les fuesen favorables.

No volverá a hacerse mención escrita de los citados artilugios, salvo en un documento municipal fechado en marzo de 1536, donde se señala que el arcipreste de Santa María del Castillo prohibió su uso durante las fiestas, porque, además de constituir una reminiscencia del paganismo y del mundo antiguo, invitaban a los festejantes a la concupiscencia.

El filósofo y melómano menorquín Antonio Roca y Várez creó a principios del siglo XX un instrumento parecido al descrito. Curiosamente, D. Antonio ostentaba el cargo de vicecónsul de Portugal y siempre se ha especulado con la posibilidad de que durante alguno de sus viajes al país vecino hubiese pernoctado por los alrededores y se hubiese topado con algún ejemplar superviviente.

Para hacernos una idea aproximada de cómo se tocaba el instrumento, basta con imaginar un concierto actual de txalaparta, en el que dos hombres golpean unos tablones con un par de palos cada uno, provocando un dolor de cabeza descomunal a los oyentes.

Carrícola

La Sierra de Benicadell ha sido desde siempre un centro de energía telúrica y en tiempos hubo en la misma una puerta dimensional que permitía conectar entre distintos planos de la realidad y universos paralelos. La entrada al portal se encontraba en la que actualmente se conoce como la Cova de l'Or (hoy en día es tan sólo un yacimiento arqueológico, porque, tras su ruina como acceso ctónico, fue ocupada por el hombre para vivir en ella), en tanto que la salida se hallaba en una gruta cercana a la localidad, que quedó destrozada como consecuencia del catastrófico accidente sufrido por Faetón.

Este adolescente se jactaba delante de sus amigos de que era hijo de Helios; pero como éstos no se lo creían, un día fue a ver a su padre y le pidió las llaves del coche; o sea, que le dejase conducir el carro solar. Tal y como les sucede a todos los padres, la petición hizo que al dios se le apretase el culo; pero, como el nene era su ojito derecho, al final accedió. Debido a la inexperiencia, Faetón perdió el control del vehículo y Zeus, para evitar un desastre mayor, tuvo que frenarlo con un rayo, provocando que parte del carruaje destruyese el orificio de salida del agujero de gusano.

Hasta ese momento la puerta había sido utilizada, entre otros muchos seres, por algunos dioses de la antigüedad para viajar con sus naves celestes: el propio Helios con su carro dorado, su hermana Selene conduciendo su carroza de plata, el hinduista Suria, que un día se quedó sin gasofa y dejó la limusina aparcada en Konarak... Uno de los más singulares fue el caso de Luisín, un tamborilero de Calanda que fue contratado por los chinos como dios del trueno (al que denominaron Lui-Sin), y que puso como condición para empezar a trabajar que el artefacto volador fuese conducido por su primo pequeño Bastián (I-Xiang).

Todo lo anteriormente relatado sería razón suficiente para conjeturar que a la localidad se le puso su nombre en recuerdo de todos los personajes que salían a diario por la boca del túnel hiperespacial montados en sus carros; sin embargo, los carrícolas poseen un ADN diferente al del resto de terrícolas y demás cavernícolas conocidos, por lo que cobra fuerza la teoría según la cual, en un tiempo prehistórico, algunos de sus antepasados habrían sido abducidos por seres que llegaron a través del portal desde algún punto de la constelación del Carro u Osa Mayor.

Esta hipótesis se ve reforzada por las representaciones de criaturas con trajes espaciales y artefactos extraterrestres realizadas por los lugareños en los abrigos rocosos de la sierra, tales como el del Barranco de la Carbonera; y por una tradición que relata que algunos indígenas fueron llevados por unos marcianos a un lugar llamado Tripimsero 666 con el cuento de que les iban a curar las enfermedades que padecían; y que posteriormente habían sido devueltos al terruño vestidos con unas batas verdes atadas a la espalda e implantes por todo el cuerpo.

Chandreja de Queija

La diáspora del pueblo gitano es una de las más impresionantes de la historia. Durante el periodo comprendido entre el siglo V y el XI de nuestra era los gitanos fueron abandonando en migraciones sucesivas la región de Rajastán, en el norte de la India, y fueron avanzando hacia Occidente. Tras asentarse durante algún tiempo en Persia, la inestabilidad y las invasiones les forzaron a ponerse de nuevo en marcha. Parte de ellos se introdujo en África, mientras que otros pusieron rumbo a Europa, donde llegaron en torno al s. XV.

Resulta sorprendente que los individuos de esta etnia hayan sido capaces de sobrevivir en sociedades de las que nunca formaron parte. Hay que tener en cuenta que carecen de memoria histórica (poseen una cultura ágrafa), que los diferentes grupos han permanecido tradicionalmente desconectados entre sí y que siempre han sido una minoría marginal y marginada.

Una de estas familias romaníes, cansada de que la expulsasen constantemente de los lugares donde se asentaba, decidió llegar hasta el extremo de la tierra para no tener que seguir rodando hacia el ocaso. Aprovechando la riada de peregrinos que deambulaba por el Camino de Santiago, sus miembros hicieron un esfuerzo para pasar inadvertidos entre la multitud y ganarse la vida de la mejor manera posible hasta llegar a su destino.

Una noche de luna llena, mientras atravesaban un bosque de quejigos justo antes de acampar, se les apareció la Santa Compañía. La procesión, cuyas ánimas vestían hábito con capucha y portaban cirios en las manos, iba precedida por un carro tirado por cabras sobre el que descansaba una niña con largas trenzas negras sentada en un ataúd. Como los calorros seguían practicando su hinduismo ancestral, entendieron que lo que se aparecía ante sus ojos no era otra cosa sino Chandra, el dios de la Luna que recorre el cielo nocturno montado en un carro tirado por antílopes; y, considerando que aquello era una señal, determinaron abandonar la vida nómada y los carromatos, y echar raíces allí.

Se reunieron todos los primos alrededor del patriarca y éste resolvió que el nombre de la aldea debía honrar a su dios; pero como a muchos de ellos, lejos de lo que siempre habían imaginado, les pareció que el Chandra que acababan de presenciar era un tanto enclenque y diminuto, el anciano determinó que se llamaría Chandreja. Una gitanilla que se había convertido al cristianismo durante el camino y que estaba escuchando, les dijo a los congregados que por aquellos lares se acostumbraba a apellidar a la divinidad, pues nadie se refería a la Virgen a secas; sino que la gente mencionaba a la del Mar, a la del Pozo, a la del Pilar... El abuelete, consciente de que convenía adaptarse al país y no llamar la atención, decretó que, dado que la visión había tenido lugar en aquel bosque, el nombre también haría referencia al mismo; pero, como andaba algo teniente, cuando preguntó por su denominación, en lugar de quejigal, entendió queija.

Cirujales del Río

Cuando cerraba los ojos, los acontecimientos vividos se atropellaban en su cabeza. Cada pensamiento interrumpía el anterior y los recuerdos fragmentados acababan mareándole. Su innata curiosidad y su inteligencia le habían convertido en el médico más renombrado de su tiempo. No sólo había inventado instrumentos de cirugía y creado nuevas técnicas quirúrgicas (fórceps, sutura con seda...); sino que sus obras de medicina eran citadas por sus colegas como argumento de autoridad desde Samarcanda hasta Marrakech. Es más, sus tratados servían como referente incluso a los infieles rumíes que habitaban en la brumosa Europa. Había curado a cientos de personas; y, sin embargo, había sido incapaz de salvar a su mujer. ¿De qué servía todo su prestigio, toda su carrera, si todo lo que pudo hacer fue observar con impotencia cómo la persona que más quería en el mundo se le escapaba como el agua entre los dedos?

Abulcasis estaba cansado de la rutina de la corte, de contestar la interminable correspondencia, de la extenuante cantidad de personas que le imploraban que hiciese un milagro...

Tras haberlo meditado, se encaminó a Medina Azahara para ver a Hixem II. Como médico personal del califa gozaba del privilegio de poder visitarle siempre que quisiera sin necesidad de observar las engorrosas gestiones requeridas por la Cancillería cordobesa. Cuando estuvieron frente a frente, Hixem, que consideraba al galeno como un amigo íntimo más que como un simple doctor, le pidió que le explicase sin prolegómenos lo que le afligía, pues se conocían desde hacía muchos años. El médico le habló de la tristeza que sentía en su casa vacía y de la necesidad de dar un nuevo sentido a su vida. Precisaba otros horizontes, otras metas, y le comentó su deseo de fundar una escuela de medicina en la Marca Superior, lejos de la civilizada capital. Su idea era que el centro estuviese ubicado en un entorno natural, con abundante agua limpia y aire puro; y en el que los estudiantes fuesen elegidos por sus méritos y no por ser hijos de alguien importante. Estaba interesado en formar verdaderos profesionales y científicos, evitando la contaminación de docentes matasanos y sacapotras. Cuando Abulcasis terminó de hablar, Hixem se mostró tan entusiasmado con el proyecto de su amigo, que decidió financiarlo. Se le facilitaron unos terrenos cerca de la confluencia del río Berral con el Merdancho, a una jornada de Soria y a cuatro del castillo de Gormaz, y se construyó un edificio con aulas, salas de disección, almacenes y zona residencial para los cirujales (como se denominaba a los estudiantes de cirugía). Allí se formaron varias generaciones de médicos, entre otros Ibn Sumayk, Al-Haytam y Al-Kattani; y era costumbre que al finalizar sus estudios realizasen el juramento hipocrático. Por desgracia, el centro fue demolido tras la conquista cristiana y en su emplazamiento se levantó varios siglos más tarde el Palacio de los Camargo y Salazar; aunque el tiempo, siempre vengativo, se encargó de arruinarlo. En la actualidad sólo quedan el panteón y los escudos nobiliarios de este linaje en la iglesia del pueblo.

Cornudilla

En un tiempo lejano vivió aquí un galán que se pavoneaba constantemente de sus conquistas delante de los demás. Perseguía a sus conocidos con la finalidad de contarles sus últimos lances, haciendo bueno el dicho de que un polvo no comentado es como una paja; y llegó un momento en que los amigos, hartos del jactancioso colega, le daban esquinazo cuando le veían aproximarse para evitar sus peroratas.

Como todo el mundo le rehuía, se acabó agenciando como oyente a la única persona a la que no le importaba escucharle, un gangoso al que los vecinos consideraban algo retrasado. A pesar de faltarle un hervor, el pobre cazurro se sorprendía de que el joven recién casado dedicase su tiempo a perseguir faldas, y cuando se lo comentó, el otro se echó a reír:

- *¡Pero, hombre de dios! ¿Qué clase de pregunta es esa?*

La plática se convirtió en una costumbre y todos los días se les podía ver a los dos de cháchara en la zona sombreada de la plaza a eso de las doce.

- *¿Sabes quién es La Toñi, la hija del alcalde?*
- *Chi, claro.*
- *Pues anoche quedé con ella en el prado de Manolito el de La Moños, que estaba recién segao, y pasó por caja.*
- *Jode, que chuate tienech, condenao.*

La esposa de gigi el amoroso era una mujer menuda a la que todos conocían por la Cornudilla, que, harta de las infidelidades del esposo que llegaban sin cesar a sus oídos, empezó a acostarse, por despecho, con todo bicho portador de pantalones, incluido el gangoso.

- *Lo de hoy sí que es bueno* - dijo el joven galante cogiendo por la manga al gangoso y atrayéndole hacia él - *Ven acá pacá.*

Por un momento el tolete pensó que el joven se había enterado del encuentro que había tenido con su esposa la noche anterior y temió que le fuese a sacudir; pero al instante se dio cuenta de que ignoraba todo lo relativo a dicho asunto y que simplemente quería dotar a la historia que le iba a contar de un aire más íntimo.

- *Anoche estuve con las gemelas del Pizco, el herrero del Barrio La Umbría.*
- *(...).*
- *Me colé en su cuarto y me lo monté con las dos a la vez.*
- *¡La hochtía puta!*
- *Pero ahí no queda la cosa. Estaba volviendo a casa y me salió al paso la mujer del panadero. Me empujó dentro de la tahona y se me ofreció sobre la mesa de amasar...*
- *Jode, tío, qué chuate la tuya. Entre tú y tu mujench o vaich a follá al pueblo entero.*

Corte de Peleas

La llanura donde se ubica este pueblo fue siempre un lugar olvidado por todos, un descampado alejado de la civilización, donde el poder de los señores y las leyes se difuminaban como la luz del sol a través de la calima; por esa razón, los hombres lo eligieron desde antiguo para resolver con discreción cuestiones de honor.

Durante la conquista omeya de Hispania se produjeron disputas entre los hombres de Tarik y los de Muza mientras tenía lugar el asedio de Mérida. Todo empezó porque un veterano del contingente del primero había llamado imberbe a otro del del segundo, y aquello había acabado como el rosario de la aurora, con soldados del mismo bando dándose de cuchilladas los unos a los otros. Como escarmiento, y para evitar futuros tumultos como el descrito por un quitame allá esas pajas, los capitanes que habían alentado el desorden fueron enviados a este lugar, que se consideraba como una palestra sagrada, con la orden de que luchasen a muerte y volviese tan sólo el que quedase como único superviviente.

A partir de entonces el lugar fue ganando fama y comenzó a acudir el público para contemplar los combates que se producían a diario. Como los duelistas acudían con testigos para que diesen fe de la limpieza del enfrentamiento y todo estaba revestido de un protocolo que les resultaba ridículamente gracioso a los asistentes, el ingenioso de turno denominó al lugar como La Corte. Los más avispaos, viendo una oportunidad de negocio, montaron tascas y casas de mala reputación, y el villorrio fue creciendo hasta convertirse en el antecedente de Las Vegas.

Durante el siglo XIII, cuando ya no se estilaba en el resto de Europa, el lugar fue testigo de numerosas ordalías, pues los nobles, siguiendo el Fuero de León y Las Partidas, impartían justicia mediante pruebas de desafío que tenían lugar en este sitio, con la finalidad de no pagar al clero por celebrar los juicios de dios en las iglesias. Quizás por ello, cuando el poblacho desapareció comido por las termitas en el s. XVI, el obispo de Badajoz, D. Pedro Sarmiento de Villandrando, dijo que aquello no era sino un castigo del cielo por no haber dado a dios lo que era del César y al César lo que era de dios.

Con el paso del tiempo el pueblo resurgió de sus cenizas, o mejor dicho, de sus serrines; pero la alegría duró poco, porque volvió a ser arrasado, si bien esta vez los culpables fueron los soldados franceses durante la invasión napoleónica. Con la llegada de Pepe Botella al trono, las riñas, combates y demás altercados fueron prohibidos, pues se veían como algo propio del Antiguo Régimen y poco acorde con la modernidad que caracterizaba las medidas con las que el Emperador quería reformar Europa; por lo que se decretó el final de los duelos; es decir, el corte de las peleas.

Dólar

La presencia humana en este lugar se pierde en la noche de los tiempos. Se sabe a ciencia cierta que durante el Calcolítico los habitantes ya horadaban sus montañas en busca del preciado metal, y que iberos, romanos, cartagineses, vándalos, bereberes y otros muchos pueblos pasaron por aquí. Tras la conclusión de la Guerra de Granada, a finales del s. XV, el territorio se integró en el Marquesado del Cenete, pasando a formar parte del patrimonio de D. Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza. Los naturales del lugar, tanto musulmanes como mozárabes, empezaron a ser considerados por los nuevos señores de rancio abolengo como sospechosos e infieles. Durante una visita al pueblo, y tras no obtener la información que deseaba por parte de un habitante al que preguntó, el Marqués le dijo a su esposa: *Por no saber, estos herejes no saben ni contar*. Los más jóvenes, hartos de ser menospreciados constantemente, decidieron echarse al monte, como ya hicieran sus antepasados durante la sublevación de Ibn Hafsún, e instalarse cerca de las cumbres que coronan Sierra Nevada. La vida en la montaña no resultaba fácil, pero disponían de libertad, cuevas en las que guarecerse, abundante agua y caza; y lo que era más importante, un medio para conseguir dinero. Al igual que sucede hoy, la única forma de atravesar la cordillera por su parte central para llegar a La Alpujarra era a través del puerto de La Ragua. Follagatas, que así se llamaba el cabecilla de los bandoleros, apostaba vigías tanto a la entrada como a la salida de la quebrada para evitar sorpresas, y tras cruzar un tronco en el camino, los bandidos sólo tenían que esperar tranquilamente a que pasase una víctima. Si la persona que transitaba era conocida, la dejaban cruzar sin más; pero, en caso contrario, se veía obligada a pagar un peaje. El procedimiento era sencillo. Varios hombres apuntaban con arcos a su presa mientras otros se acercaban con lanzas y chuzos:

- *Un dólar de plata* – decía el forajido de turno extendiendo la mano.

Los damnificados, viendo la catadura bravía de los interlocutores, aflojaban la bolsa de manera rauda.

A pesar de ser por todos conocida la existencia de frecuentes asaltos, cuando comenzaba el otoño acertó a pasar por allí el propio Marqués que se dirigía con su familia a una finca que tenía en la costa para cambiar de aires. El carruaje en el que viajaban sólo llevaba dos escoltas (que nada podían hacer frente a aquella gente indómita de aspecto bárbaro) y cuando llegaron a la barrera, los salteadores se cachondearon de lo lindo. Uno de ellos se puso a señalar con el dedo a todo bicho viviente (ya fuese hombre o bestia) mientras decía:

- *Un dólar, un dólar, un dólar, un dólar y un dólar. Eso hacen... cincuenta dólares.*

Cuando se alejaron de allí, tras haber pagado la tasa correspondiente, la Marquesa, en tono socarrón, le dijo a su marido: *A fe mía, Señor Esposo, que los de Dólar no necesitan aprender a contar.*

Donhierro

La repoblación de la Campiña Segoviana, tras la reconquista de la zona por parte de las tropas castellanas, se organizó a través de las Comunidades de Villa y Tierra. Aunque en teoría los nuevos villanos o vecinos recibían tierras en propiedad y se regían por fueros sancionados por el rey, en la práctica se solaparon distintos poderes políticos, pues junto al realengo, existían dominios señoriales y eclesiásticos.

Sobre el papel el propósito consistía en colonizar nuevas tierras y alejar la frontera de los principales núcleos del norte; pero el sistema sirvió como válvula de escape para aliviar el exceso demográfico y, como en cualquier otro lado, ricos y pobres mantuvieron intereses encontrados. Nobles y eclesiásticos gozaban del favor real y se aprovechaban de la situación para cometer todo tipo de abusos con los recién llegados, que, además del diezmo, se vieron forzados en muchos casos a abonar censos y a realizar trabajos de manera gratuita.

Obviamente hubo desposeídos que, hartos de injusticias y siguiendo el ejemplo del famoso Corocotta (que vivió cuando Roma era la dueña de la piel de toro), se convirtieron en salteadores. Cuando el hambre apretaba, muchos de ellos sustraían lo que podían y algunos llegaron incluso a saquear el grano de los lugares que encontraron indefensos; sin embargo, hubo un bandido que se distinguió del resto, porque sólo robaba a los poderosos y siempre que le pedían ayuda se la prestaba a los necesitados. Se llamaba Jorge, aunque todos le conocían por Jor.

La leyenda de este Robin Hood segoviano fue creciendo alimentada por episodios inventados por la imaginación popular. Según contaban, en una ocasión se introdujo en la alcoba real para robar las joyas y se encontró con la reina indefensa y desnuda dentro de una tina de agua. Sin procurarle ninguna afrenta, se disculpó muy gentilmente de la señora, que no se sabe si se quedó muda por miedo o porque estaba encantada de ver allí al apuesto mozalbete, y salió por donde había entrado.

A pesar de que no se produjo nunca derramamiento de sangre, tanto él como sus hombres iban armados hasta las cejas para acojonar a quienes asaltaban, razón por la que se le comenzó a llamar Don Hierro; y, aunque se puso precio a su cabeza, porque sus actuaciones suponían un descrédito para los gobernantes, era tal la admiración que le tenía el vulgo, pues veía en él a una especie de mesías redentor, que todo el mundo le daba cobijo cuando lo precisaba haciendo imposible su captura.

Las autoridades, viendo que no podían poner fin a su actividad con hieles, decidieron acudir a las mieles; y, como sucede con el furtivo al que nombran guarda del coto (pues nadie goza de más experiencia), se concedió una amnistía para todos los miembros de la banda y a él se le concedió la hidalguía y se le nombró alcaide del pueblo que lleva actualmente su nombre.

El Cubo de Don Sancho

Esta tierra salmantina fue antaño la patria de grandes sabios de los que apenas queda rastro ni memoria. Como paradigma de estos eruditos desconocidos cabe mencionar el caso de Sancho Sofía, un matemático, cabalista, físico y alquimista, que maravilló a sus contemporáneos por su enorme cúmulo de conocimientos.

En una ocasión fue convocado por el mismo rey, quien, cansado de asediar una torre que tenía a todo el ejército inmovilizado, necesitaba encontrar una solución rápida que dejase el camino expedito. Sancho le habló de la estrategia que había seguido Aníbal para crear un paso en los Alpes para sus elefantes y se ofreció a poner en práctica un experimento. Ordenó que se acumulase una montaña de madera a los pies de la atalaya y que se le prendiese fuego. Cuando se consumieron las llamas, se arrojaron cubas de vinagre contra los cimientos calientes de piedra caliza, los cuales comenzaron de inmediato a resquebrajarse hasta que el torreón colapsó. Como premio, el monarca le concedió esta villa y el derecho a construir una fortaleza.

Este científico fue el inventor de los cuadrados mágicos (antecedente de los sudokus y de su equivalente tridimensional, el cubo mágico; aunque hayan perdido el sentido místico original), tomando como referencia el poliedro de Metatrón, que es considerado un glifo sagrado por la tradición talmúdica y cabalística. Durero y Gaudí, entre otros, serían grandes aficionados a la resolución de estos divertimentos numéricos.

La importancia de su pensamiento fue enorme en el desarrollo posterior de la geometría, la arquitectura y la ciencia en general. Juan de Herrera, el gran arquitecto renacentista que terminó el monasterio de El Escorial para Felipe II, escribió su obra *Discurso sobre la figura cúbica* a partir de las ideas de Sancho.

Como hombre de paz, mandó erigir en la localidad un edificio con forma de cubo en lugar de un castillo. Gran admirador de Abulafia y Llull, consideraba que esta figura geométrica era un símbolo que no sólo representaba a la divinidad; sino que permitía conocer su nombre secreto a partir de sus estudios sobre gematría.

El proyecto del edificio, que actualmente denominamos El Cubo, se basó en la proporción áurea y sus medidas contienen un mensaje esotérico que, supuestamente, permite probar la existencia de dios. A pesar de que son muchos los que han intentado descifrarlo, hasta el momento no se tiene constancia de que nadie haya conseguido dar con la clave de la ecuación; sin embargo, ha servido como fuente de inspiración para artistas y científicos de todas las épocas. Dalí hizo cientos de bocetos e incluso pintó algún lienzo sobre este paralelepípedo tras obsesionarse con su estudio; y Ernő Rubik, aburrido tras pasar años intentando hallar la solución del secreto encriptado, decidió sacarle rentabilidad a sus pesquisas, comercializando el rompecabezas que lleva su nombre.

El Cuervo de Sevilla

Según la mitología escandinava, Odín tenía un par de cuervos llamados Hugin y Munin a los que soltaba cada mañana para que se enterasen de lo que acontecía por el mundo y le informasen de todas las primicias a su regreso.

Muchos líderes vikingos adoptaban cuervos como mascotas y los llevaban consigo cuando batallaban o durante las razias, pues consideraban que, al emular al dios supremo, éste les favorecería en sus aventuras. Entre los muchos adalides que han pasado a la posteridad por sus hazañas, destaca Björn Brazo de Hierro. Este caudillo aprendió junto a su padre, el también famoso Ragnar Lodbrok, el arte de la piratería y de la guerra; y, tras haber ganado experiencia con las incursiones que dirigió partiendo de la costa occidental francesa, organizó una expedición militar a gran escala para saquear el Mediterráneo. Tras arruinar Algeciras y hacerse con el botín que pudo, Björn atravesó el Estrecho de Gibraltar (con la insoslayable compañía de sus cuervos) y anduvo varios años desvalijando todos los territorios que se pusieron a su alcance, desde el sur de Francia hasta el norte de África, pasando por Italia. Cuando el oro acumulado ya no cabía en las naves, decidió regresar a casa, no sin antes parar de nuevo en Algeciras para darles un sustillo a los locales, acordándose de lo fácil que había resultado la vez anterior.

Iba todo ufano, con un cuervo en cada hombro y disfrutando de la brisa marina, cuando los drakar avistaron una flota musulmana que se aproximaba a gran velocidad. En condiciones normales, los barcos vikingos contaban con la ventaja de su maniobrabilidad; pero, cargados como iban, resultaban una presa fácil. Todo ocurrió en un santiamén. Los navíos andalusíes comenzaron a escupir fuego griego, mientras los buques piratas ardían y desaparecían engullidos por el mar. Viendo el desastre, Björn ordenó arrojar por la borda todo el tesoro que tanto esfuerzo había costado reunir, para aligerar peso y poder escapar. Cuando las escasas embarcaciones que sobrevivieron se encontraron en alta mar, el cabecilla ordenó que se hiciese recuento, dándose cuenta entonces de que sus cuervos habían desaparecido.

Uno de ellos, con la confusión, el humo y el ruido de la trifulca, echó a volar tierra adentro y se posó, cuando le fallaron las fuerzas, en un árbol seco que se encontraba junto al camino que unía Sevilla y Cádiz, justo en el límite entre ambos territorios. Como no faltaba la comida, la temperatura era estupenda y las cornejas y urracas le hacían ojitos, resolvió afincarse allí, renegando de los hielos, nieves y celliscas del septentrión, al igual que hacen hoy en día los jubilados nórdicos.

Los viajeros que pasaban por allí camino de la vieja Hispalis, sabían, viendo al sempiterno pájaro colocado en su árbol, que se encontraban más o menos a mitad de camino y comentaban: *¡El cuervo de Sevilla!*

El Pozo de Guadalajara

El itinerario hacia las Indias Orientales resultaba hartamente complicado. Hacía tiempo que la antigua Ruta de la Seda no se podía utilizar porque los otomanos se habían erigido en los intermediarios entre China y Occidente y no era posible transitar libremente por la misma. Por otra parte, los portugueses, con objeto de evitar al turco, habían circunnavegado África y establecido una serie de enclaves a lo largo del océano Índico para vigilar las derrotas que conducían hasta las Islas Molucas. Obtenían pingües beneficios comerciando con el oro, los esclavos y las especias; por lo que cualquier nave de otra nación europea que siguiese ese camino sería considerada como una intrusa y muy posiblemente enviada a pique.

Así las cosas, el tráfico con las Filipinas era dificultoso. En 1565 se inauguró el Galeón de Manila gracias al descubrimiento del tornaviaje por parte de Andrés de Urdaneta (se podía cruzar el Pacífico en dirección este mediante la corriente de Kuro-Shivo). Los barcos partían de Manila cargados de riquezas. Tras llegar a Acapulco después de varios meses de navegación, las mercancías se transportaban por tierra hasta Veracruz, donde eran embarcadas de nuevo en las Flotas de Indias rumbo a España. Felipe III estaba desesperado con este sistema, porque, al margen de que no era posible sacarle mayor provecho al comercio colonial como consecuencia de las distancias y los tiempos que había que manejar, tampoco convenía olvidar los naufragios y los ataques piratas.

Siendo conocedor de la pesadumbre real, al Duque de Lerma, que actuaba como valido, se le ocurrió una brillante idea. Había consultado con los cosmógrafos de la Academia de Matemáticas de Madrid y le habían comentado que las antípodas de Manila coincidían con algún punto de La Alcarria. Se enteró por un amigo suyo, el Conde de Valdepetilús, que justo en dicha comarca había un lugar que contaba con un pozo muy hondo de época musulmana; y se le ocurrió que, si ponían a trabajar a miles de personas sin descanso, podrían horadar el planeta y crear una carretera que conectase en línea recta ambos extremos. Cuando se lo comentó a su majestad, éste se sonrió y le comentó que, por desgracia, la Iglesia había condenado el uso de mano de obra esclava; a lo que el Duque de Lerma le respondió que había pensado en una solución. Promulgarían un decreto para expulsar a los moriscos del reino; aunque realmente los mandarían a trabajar al túnel en secreto. El pueblo se creería lo que se le dijese sobre su paradero, porque a la gente le traía sin cuidado si se marchaban a Francia o a Berbería. Además, albergaba pocas esperanzas de que alguno sobreviviese...

Al principio los trabajos avanzaron deprisa, pero después la cosa se torció. En un momento dado fue imposible continuar. Para llegar a los niveles más bajos era necesario descender durante meses, no había máquinas capaces de bajar trabajadores, comida, agua y aperos hasta las profundidades, los hombres perecían a espaldas... y para más inri, se habían topado con un mundo subterráneo repleto de seres extraños, ríos sulfurosos y explosiones continuas que se identificaron con el infierno. Felipe III ordenó que se cegase el pozo y destituyó al Duque de Lerma acusándole de corrupción de manera fingida.

El Tanque

La conquista de las Islas Canarias duró casi cien años, lo que permite hacernos una idea de la resistencia que opusieron los guanches a la ocupación castellana. Además, hemos de pensar que los soldados europeos estaban mejor equipados para la guerra que los indígenas. Frente a las armas de hierro, las ballestas y los caballos, los autóctonos contaban con armas de madera y piedra propias del neolítico.

En 1494 el conquistador Alonso Fernández de Lugo pensó que el sometimiento de la isla de Tenerife estaba chupao. De hecho, financió con su patrimonio personal la anexión, porque consideraba que bastaba con capturar al Gran Rey Taoro, para que se rindiesen los demás reyezuelos. Para su sorpresa, en el primer encuentro que tuvo con sus adversarios, en el barranco de Acentejo, el Capitán perdió unos mil hombres. El mencey Bencomo, intuyendo la ruta que seguiría el ejército invasor, había ocupado previamente las alturas, y cuando las tropas de la Corona se encontraban atravesando el tortuoso estrecho, les cayó la del pulpo. La superioridad en todos los aspectos: hombres, armas, tecnología... acabó desnivelando la balanza y poco a poco la victoria fue decantándose del lado castellano; a pesar de lo cual se siguieron produciendo defensas numantinas.

Uno de los hechos de armas más recordados tuvo lugar en un cerro al norte de Garachico, donde un grupo de aborígenes liderados por un tal Doramas se había hecho fuerte dentro de un templo dedicado a un dios del mar con aspecto de pez. Los castellanos ascendieron la pendiente que llevaba desde la costa hasta allí, llevando consigo el cañón de un buque. Tras varios intentos frustrados para acercar el arma al templo, pues cada vez que los asaltantes intentaban colocarla a distancia de tiro algún soldado acababa con los sesos por el suelo como consecuencia del impacto de un proyectil, el sargento ordenó montar el cañón en un carro sobre el que se instaló una cubierta de madera para proteger a los artilleros que contaba con dos aberturas: una tronera en la parte delantera para poder disparar y una puerta en la posterior para entrar y salir del mismo. Un mercenario tudesco que había participado en su construcción lo bautizó como Tank, el tanque. Cuando todo estuvo preparado, el carro avanzó empujado por la infantería, indiferente a las pedradas que le llovían, y al llegar a cien pasos del edificio, se paró. Los artificieros cargaron el cañón y abrieron el portillo. Todos estaban pendientes del disparo, pero el tiro salió por la culata literalmente, porque el arma reventó, haciendo que el tanque quedase hecho añicos. El estruendo de la explosión acojonó tanto a los indígenas, que huyeron del lugar, permitiendo que fuese ocupado por las huestes reales.

Durante la construcción de los primeros carros de combate en 1915, Winston Churchill, Primer Lord del Almirantazgo, oyó hablar de la historia y decidió denominar al proyecto secreto con el nombre en clave *Tank*, en honor de la misma.

Estorninos

La cercanía de Portugal siempre constituyó una espada de Damocles, pues los constantes conflictos con el país vecino hicieron que aquel pueblo, como el resto de las localidades fronterizas de ambos lados, fuese uno de los primeros en sufrir las consecuencias y viviese con el corazón en un puño. La única forma de salir indemne dependía de anticiparse a los movimientos del enemigo; pero, dada la orografía del terreno, la cuestión no resultaba sencilla. Se habían levantado a lo largo del tiempo torres avanzadas de observación; sin embargo, estos puestos eran los primeros en ser atacados por las fuerzas invasoras; puesto que su eliminación otorgaba la ventaja de la sorpresa y facilitaba en definitiva el éxito de la incursión. También se había intentado camuflar las mismas, haciéndolas pasar por campanarios de iglesia; pero todo templo levantado en vanguardia en mitad de descampado era visto como una estructura sospechosa y ninguno de los bandos estaba dispuesto a respetarlo como terreno sagrado.

Durante la Guerra de Restauración Portuguesa las fuerzas lusas tomaron posiciones frente al pueblo; no obstante, los mandos se mostraron dubitativos y no ordenaron ningún asalto, pues no se fiaban de la aparente calma del lugar. Aunque lo desconocían, en realidad la zona estaba desprotegida, porque en esa época España estaba partiéndose la cara con media Europa y sofocando una sublevación en Cataluña, y eso significaba sólo una cosa: que los aldeanos no podían contar con más ayuda que la que pudiesen brindarse a sí mismos. En estas circunstancias, alguien comentó que convenía apostar centinelas para conocer los movimientos de las tropas enemigas, pero la gente del pueblo no se puso de acuerdo y nadie quería vérselas con soldados regulares. Un zapatero llamado Zacarías, persona muy leída, les propuso izar por el aire un puesto de vigilancia. Todos se echaron a reír: *¡izar un puesto de vigía! Pero, ¿de qué habla? ¡Qué cosas tiene el jodío del Zacarías!, pa' mí que se le ha ido la chola con tanta lectura.* Zacarías no se molestó en hablarles de Pseudo-Calístenes ni de la forma en que Alejandro Magno había conseguido ascender por los aires utilizando varios grifos. En lugar de ello, se puso a capturar con redes centenares de estorninos que habitaban por las inmediaciones. Eran estos unos animales más grandes que cuervos y fuertes en demasía, que siempre pensó que estaban vinculados con las aves del Estínfalo. Cuando consideró que tenía suficientes, los anestesió con humo de adormidera y les ató a la pata un bramante que partía de una cesta de mimbre sujeta por una cuerda anclada a una argolla en el suelo. Cuando los pájaros volvieron en sí, Zacarías se subió al canasto y los estorninos echaron a volar de manera acompasada e infatigable, impulsando la ascensión del artilugio por encima del caserío. Los paisanos quedaron enmudecidos y los enemigos, pensando que aquel banasto que flotaba en el cielo bajo una nube de pájaros era una burla de los españoles que cuestionaban su honor y su valentía, cargaron contra el pueblo y lo incendiaron.

Zacarías fue el primer hombre en permanecer suspendido en el aire (cien años antes que los Mongolfier); si bien el ingenio supuso la ruina del pueblo, que tardó casi un siglo en ser reconstruido y recobrar su aspecto original.

Eterna

Durante su búsqueda del Santo Grial, Perceval pasó por los Montes de Oca mientras se dirigía hacia el oeste de la península. Había escuchado durante una reunión de los caballeros de la Mesa Redonda que en los confines de aquellas tierras existía un reino gobernado por uno de los monarcas más justos de la tierra y pensó que podría tratarse del Rey Pescador.

Hacía rato que el sol se había ocultado tras las cimas de la sierra; pero como no encontraba ningún lugar donde resguardarse, siguió camino hasta que el caballo se frenó. Frente a Perceval resplandecía una luz cálida. Al aproximarse vio una inmensa y majestuosa higuera que surgía de entre los riscos, de cuyo tronco brotaba un manantial de aguas que poseían luz propia. Enseguida se dio cuenta de que no podía ser otra cosa más que la Fuente de la Eterna Juventud de la que le habían hablado una vez. De vuelta en Camelot, buscó a Merlín para contarle lo que había presenciado e indicarle la ubicación exacta del lugar.

Este no se lo pensó dos veces. Les envió unas libélulas mensajeras a los otros dos magos de Britania, Hibernial y Pictolín, y juntos acordaron ir hasta el lugar señalado por el caballero para determinar la veracidad del relato. Merlín se hizo acompañar por su amada Morgana, y, para justificar su ausencia durante el tiempo que estarían de viaje, ambos decidieron propagar la historia de que ella le había encantado, tras aprender los secretos de la taumaturgia, y que el hechizo le mantendría durmiendo durante mil años.

Los nigromantes llegaron al sitio descrito y, tras comprobar que efectivamente el agua era milagrosa, pues al cabo de una semana de estar bebiéndola ninguno necesitaba de conjuros para aliviar su artritis, decidieron establecerse allí y crear una orden, llamada Eterna, encargada de proteger la fuente y velar por que la misma no cayese en manos de brujos simpatizantes de las artes oscuras.

Nadie conoce hasta cuándo se mantuvo activa la Orden, parte de cuya historia conocemos gracias a las crónicas encontradas en la Torre del Reloj que domina la aldea; pero parece ser que el desmedido desarrollo del hombre moderno (desvío del curso de los ríos provocado por la construcción de embalses artificiales, túneles excavados en prospecciones mineras...) fue el responsable de que el venero se secase y el agua dejase de manar.

Unos espeleólogos encontraron no hace mucho en una gruta próxima una bola de cristal en la que figura el nombre de *Myrddin*; por lo que cabe la posibilidad de que los integrantes de Eterna hubiesen penetrado en las entrañas de la tierra, tratando de encontrar la fuente primigenia de tan extraordinario líquido, con la finalidad de continuar manteniéndolo a buen recaudo.

Feás

A mediados del s. XVII esta parroquia dependía del Conde de Lemos, quien durante bastante tiempo estuvo residiendo en la misma, aunque se desconocen con certeza las razones de su prolongada estancia. Según comentaba él, se había tomado un tiempo sabático para escribir poesía en galaicoportugués a imitación del Rey Sabio; aunque algunos gachós lenguaraces andaban diciendo que el rey le había desterrado por haber intentado ligar con una cupletista a la que le había echado el ojo.

Se trataba de un hombre sanguíneo y mujeriego, al que hoy se consideraría como adicto al sexo, que desde su llegada anduvo quejándose a los sirvientes de lo feas que eran las mozas de aquel paraje; a las que, en su jerga de pijo chistoso, se refería como As Feás da Vila, burlándose del lenguaje de los lugareños.

El de Lemos le pidió al obispo de Orense, con el que mantenía buenas relaciones, que nombrase cura del pueblo a un amigo común llamado Domingo Martínez de Presa. Además de clérigo, era un extraordinario ingeniero al que apodaban El heredero de Herón (por el científico oriundo de Alejandría), puesto que había creado ingenios y artilugios mecánicos para amenizar las veladas de los palacios de media España, cuyas descripciones se recogerían en un libro titulado *Fuerza del ingenio humano e inventiva suya. Relación breve de instrumentos ingeniosos, y de movimientos particulares, en que se imitan los naturales. De nuevo sacados a luz jamás vistos, ni oídos en España. Inventor, y autor dellos y de dicha relación, el Licenciado Domingo Martínez de Presa, Abad de San Miguel de Feás en el Obispado de Orense.*

El motivo de esta petición no era otro que el de poner fin a la crispación que le producía no poder satisfacer su apetito sexual, pues pensó que el ingeniero sería capaz de fabricarle unas autómatas con las que dar rienda suelta a su depravación.

Siguiendo sus indicaciones, el padre Domingo construyó un robot con aspecto de mujer hermosa y formas generosas, a lo Rembrandt, y aunque le advirtió al Conde que había que esperar hasta perfeccionarlo, ya que se trataba de un modelo experimental; el comitente estaba tan ansioso por comprobar las prestaciones del trebejo, que lo agarró y desapareció con él.

Su aberración sexual le costó al noble un disgusto, pues un resorte mal anclado se soltó y tras seccionarle un testículo, se le clavó en la cadera dejándole medio cojo.

A partir de ese día los aldeanos le pusieron al Conde el sobrenombre de Ciclán y cuando se cruzaban con él le soltaban en plan de cachondeo un refrán que decía: *A muller e ao papel ata o seu cu lle has de ver* (A la mujer y al papel, hasta el culo le has de ver).

Folgo de Caurel

“En la madrugada del pasado lunes, 9 de mayo, apareció en un corral de la localidad de Caurel (Lugo) el joven Xoaquín Batraciño en extrañas circunstancias. Según relató el aparecido, el sábado día 7 por la noche estaba de fiesta con unos amigos en la Playa de las Catedrales. Cuando se alejó del grupo para miccionar, vio que una nave con aspecto de salchicha y luces giratorias multicolores surgía tras unas rocas cerca de la orilla del mar y se elevaba por el aire en silencio. Lo último que recuerda, aunque de manera confusa, es que fue succionado por una columna de luz proveniente del mencionado objeto que le teletransportó hasta el interior del mismo, donde fue recibido por unos seres verdes con cabeza de huevo y ojos negros. De acuerdo con lo señalado por los médicos de la Cruz Roja que acudieron al lugar, el cuerpo del joven presentaba magulladuras y hematomas, lo que avalaría las declaraciones del presunto abducido de que los alienígenas habrían realizado pruebas biológicas con él. La opinión de los vecinos se halla dividida. Algunos creen que el joven dice la verdad; pero, según otras versiones, la dueña del corral en el que se encontró a Xoaquín es asimismo la propietaria del bar de la localidad, y habría sido ella quien urdió la patraña, con la exclusiva finalidad de obtener publicidad para atraer al público a su establecimiento. Seguiremos informando.” (El Aullido Galego, 11 de mayo de 1949).

Lúa, la dueña del bar, sonrió para sus adentros tras leer la noticia aparecida en la prensa. Además de ser un señuelo perfecto para captar clientes, le permitiría mantener a salvo la verdadera historia de lo ocurrido, pues nadie la habría creído. Como todas las mañanas, había acudido al corral para atender a sus gallinas. Pisó una masa verduzca y grumosa que emitió un quejido de dolor. Sorprendida, no supo que pensar y, como el desconocimiento nos hace desconfiados, comenzó a darle de palos a lo que quiera que fuese aquello. Un sapo se la quedó mirando y entre lamento y lamento le confesó que, a pesar de su aspecto, se trataba del príncipe suevo Agiulfo, y que si le daba un beso, recuperaría su verdadera apariencia. Como tenía poco que perder, porque ya había besado a más de uno con peor aspecto, Lúa acercó sus labios y ¡voilà!

Xoaquín Batraciño se convirtió en el fetiche de moda de las revistas ufológicas y en todo un personaje público gracias a las entrevistas en las que participaba. No obstante, un vecino de Caurel escribió un libro titulado *O Folgo* (en castellano *El Holgazán*), en el que señalaba que el joven era un hijo que había tenido Lúa como madre soltera, razón por la que lo había mantenido oculto; y al que, transcurrido el tiempo y viendo que no servía para nada, había tratado de ayudar con el invento del suceso de los marcianos para que tuviese algo de lo que vivir el día que ella faltase.

El incidente fue el hecho más destacado de la historia del pueblo y el que sirvió para su recuperación económica durante la posguerra; por lo que los vecinos decidieron añadir el apodo por el que se conocía a Xoaquín al nombre del pueblo en 1950.

Gallinero de Cameros

Como su propio nombre indica, esta tierra estuvo muy vinculada a la avicultura desde el neolítico. Sus gentes se sintieron siempre tan identificadas con las gallinas, que este animal se convirtió en el emblema protector del clan; es decir, en su tótem. Hasta no hace mucho, en los abrigos cercanos a la localidad existían pinturas rupestres en las que se podía apreciar al chamán de la tribu con un tocado de plumas que imitaba la cresta de un gallo.

Era tal la devoción que le tenían al animal, que crearon un Gallinero Global para salvaguardar su biodiversidad; y al igual que ocurría en Alejandría, donde los inspectores de aduanas confiscaban los libros que encontraban a bordo de los barcos que atracaban en su puerto, a todo forastero que pasaba por el pueblo con una gallina de una raza distinta de las que ya había en el repositorio, se le requisaba de manera inmediata.

La riqueza genética gallinácea permitió que se obtuviesen nuevas razas mediante la cría selectiva. De entre todas las desarrolladas, la más conocida sin duda fue la Gallina de los Huevos de Oro. A pesar de las fábulas inventadas posteriormente, los huevos que ponía no eran del citado metal; sino que poseían un cascarón dorado amarillento que les proporcionaba un aspecto exótico y distinguido. Esta peculiaridad hizo que fuesen muy demandados por los miembros de la jet y que los empresarios gallineros se hiciesen de oro vendiéndoselos como un producto exclusivo.

Aquella pequeña república comercial acabó sus días a finales del s. XII cuando fue incorporada al Señorío de Vizcaya, iniciándose un breve período de decadencia.

Habría que esperar hasta el momento en el que la propiedad del terruño pasó a manos de Doña Goda López, para que se produjese el renacimiento económico y al nombre "Gallinero" se le añadiese el complemento "de Cameros".

Como la Señora era de alto copete y asistía a todas las fiestas, estaba al día en lo que a chismorreos cortesanos se refiere. En una de estas veladas obtuvo una información privilegiada: se iba a poner de moda entre los aristócratas ser trasladados en literas por plebeyos a imitación de los patricios del Imperio Romano; así que, ni corta ni perezosa, montó una academia muy refinada para la formación de porteadores selectos a los que denominó cameros.

Como le era indiferente cualquier acusación sobre tráfico de influencias, pues gozaba de inmunidad y era aforada, obtuvo, gracias a sus contactos y amistades, el monopolio para nutrir de elegantes acarreadores a todas las casas reales y cortes europeas de la época.

Gargantiel

La resaca era tal que, cuando su madre llamó a la puerta de la habitación, sintió como si una campana hubiese comenzado a tañer. Bajó a desayunar y vio los rostros serios de sus padres que le aguardaban sentados a la mesa. Aquello no podía continuar. Ya era hora de que dejase de andar de parranda en compañía de sus amigos y sentase la cabeza con una buena mujer. Para Panurgo aquella era una decisión difícil. ¿Cómo saber si la mujer elegida era la adecuada?

- *Eso tiene fácil solución* - le dijo su madre -. *Sólo tienes que buscar el Bacbuc, la botella divina, y ella te orientará.*
- *¡Bacbuc! ¿Y dónde se encuentra?* - replicó Panurgo.
- *Eso no lo sabe nadie; pero este colgante te indicará el camino* - comentó la madre mientras le hacía entrega de un colgante de cristal rojo -. *Si marchas en la dirección correcta, se acrecentará su brillo. Si te alejas, se atenuará.*

Panurgo se reunió con sus camaradas Gargantúa y Pantagrue y les contó lo del oráculo y el colgante. Los dos gigantillos se mostraron encantados de acompañarle allá donde fuese, y tras comprobar que el amuleto carmesí cobraba vigor cuando el portador se dirigía hacia el mediodía, Gargantúa dijo que le parecía que tendrían que ir a Sefarad, pues las palabras de Julio César constituían todo un presagio: *Beati hispani quibus vivere est bibere*. Los tres compañeros iban recorriendo los polvorientos caminos del sur de España. Una tarde llegaron a un mesón regentado por una mujer seca de carnes, cariverrugosa y hosca de trato. Tras dar cuenta de cinco sacos de patatas asadas y tres odres de vino, los viajeros se sintieron algo más reconfortados. El colgante comenzó a emitir luz hasta ponerse incandescente y la ventera, abriendo mucho los ojos y señalándolo, dijo que en la bodega había un objeto similar que colgaba de un frasco. Panurgo le pidió que se lo enseñara y los cuatro bajaron al sótano. De no haber sido por la luz escarlata que emitía un collar anudado alrededor de una botella verde, habrían tenido que moverse a oscuras. Los cuatro estaban hipnotizados mirando el brillo acompasado de ambos colgantes. De repente, el tapón de la botella salió despedido con gran estruendo y una nube con aspecto de vino gelatinoso comenzó a flotar ante ellos. Gargantúa y Pantagrue no pudieron resistir el impulso de probar la golosina que se presentaba ante sus ojos y se arrojaron sobre ella, fundiéndose instantáneamente y convirtiéndose en un cerdo de proporciones gigantescas, al que a partir de entonces llamaron Gargantiel. Panurgo se casó con la ventera y tuvo una vida feliz. Ella regentaba el negocio, mientras él, sentado al sol en la puerta del local, se dedicaba a catar los caldos con los que había que comerciar. En cuanto a Gargantiel, hizo las veces de perro guardián; y cada vez que algún viajero, sorprendido, les preguntaba a los dueños que por qué no sacrificaban aquel espléndido espécimen, ellos decían, volviéndose hacia el animal, que le habían cogido cariño y serían incapaces de comerse los productos de la matanza.

Guarromán

Una de las grandes empresas de Carlos III fue la colonización de Sierra Morena. Dicho proyecto contemplaba un doble objetivo. Por un lado, mejorar la seguridad del camino que unía la capital del reino con Andalucía, ya que atravesaba un territorio agreste que favorecía la práctica del bandolerismo; y por otro, fomentar la explotación agrícola y ganadera de grandes extensiones de terreno baldío, en consonancia con las medidas ilustradas de modernización del país propias del despotismo ilustrado.

Con tal fin, el rey nombró superintendente a Pablo de Olavide, quien planificó la fundación de pueblos a lo largo de la cordillera, muchos de los cuales recibieron nombres relacionados con miembros de la corte o personajes ilustres: La Carolina (en honor del monarca), Luisiana (por los infantes Luis y Ana), Muzquia (en homenaje al político Miguel Múzquiz)...

Los pobladores que se asentaron en estas nuevas localidades procedían tanto de otras regiones españolas como de países centroeuropeos; y en el caso concreto de este pueblo, sus primeros habitantes procedían mayoritariamente de zonas católicas de Alemania y Bélgica, que, adaptándose a las condiciones climáticas y al suelo, dedicaron desde un principio sus esfuerzos a la plantación de olivos y al cultivo extensivo de cereal.

El descubrimiento de vetas de plata y plomo a principios del s. XIX y la consiguiente explotación de estos recursos atrajeron a una nueva oleada de colonos con una idiosincrasia e intereses diferentes. Los nuevos emigrantes fueron sobre todo ingleses, que invirtieron sus ahorros en la compra de terrenos aparentemente propicios para la prospección y en pequeñas concesiones para el aprovechamiento de los yacimientos de mineral, con el sueño de enriquecerse.

Entre estos hijos de la Pérfida Albión, destacó un personaje llamado Willy English, que repartía su tiempo entre el trabajo en la mina y la taberna del pueblo. Cada vez que se cruzaba con alguien, sobre todo si ya se había tomado varios finos (pues no había güisqui), saludaba muy efusivamente con un *Hi, man* por aquí o un *Hello, man* por allá.

Hombre práctico y poco dado a ir a la iglesia, pues en materia religiosa era como el vino que tiene Asunción (no es blanco, ni es tinto, ni tiene color), los domingos por la mañana era todo un espectáculo verle aparecer sudoroso y cubierto de polvo y tierra camino de la tasca, mientras iba saludando a los feligreses con los que se cruzaba, que acudían a misa emperifollados con sus mejores galas: *Morning, great man. Nice to see you, man...* Tanto man y su aspecto desaliñado desembocaron en el apodo con el que se conoció a Willy a partir de entonces: Guarromán. Tras arruinarse con el negocio de la minería, se hizo rico vendiendo unos hojaldres indigestos que le han dado fama mundial al pueblo, cuya receta, según decía, se remontaba a los musulmanes que habitaron una vez en la Península.

Guarros

En el siglo XVI toda la comarca se vio involucrada en la Rebelión de las Alpujarras, un conflicto que comenzó con la sublevación de los moriscos (motivada por la promulgación de leyes que trataban de erradicar su cultura), y que aprovechó la monarquía para poner fin a la pluralidad religiosa que había caracterizado a España a lo largo de la Edad Media. Entre 1569 y 1570 murieron en las batallas que tuvieron lugar en las cercanías del pueblo cientos de moriscos; y tras la rendición, el Marqués de Mondéjar, siguiendo las directrices de la corona, ordenó la expulsión de los supervivientes y la repoblación del lugar con gentes procedentes del norte peninsular.

Tan sólo se libraron de ser deportados los habitantes judíos, porque, además de haber ejercido de espías para las tropas reales, eran los propietarios de los manantiales salutíferos que suministraban el agua con gas con la que los medicuchos de la Corte trataban el estreñimiento y las hemorroides de Felipe II. Tan sólo se les impuso una condición para continuar viviendo en el pueblo: tenían que convertirse a la verdadera religión.

La comunidad hebrea se reunió en asamblea, y tras debatir el asunto, se decidió seguir la propuesta del rabino de fingir la conversión, porque según él, cuando la vida corría peligro, Yahvé permitía a los judíos simular que abjuraban de su fe.

Evidentemente, a los nuevos gobernantes no se les escapaba el hecho de que los cristianos nuevos eran realmente judaizantes y que seguían practicando su culto a escondidas. Así, aunque los domingos acudían a misa y se conocían las oraciones, rezos y plegarias al dedillo; los sábados no trabajaban y se les veía salir en grupos hacia las afueras del pueblo, con la finalidad de reunirse en una cueva que habían adecentado para que hiciese las funciones de sinagoga. No obstante, los mandamases decidieron hacer la vista gorda y mirar para otro lado, porque, en caso de iniciar un proceso inquisitorial contra los Proveedores Oficiales de la Casa Real, no acertaban a entrever si acabarían o no por meterse en camisa de once varas.

Eliminada la posibilidad de divertirse con los estupendos espectáculos de hogueras públicas, los mandatarios tuvieron que consolarse con agraviar y humillar a los mencionados súbditos de Su Majestad (algo bastante habitual en esta parte del mundo), dirigiéndose a ellos como marranos las menos de las veces y guarros con mayor asiduidad, por aquello de que sonaba con menos acritud.

Resulta paradójico que se denominara guarros a los judíos, que se aseaban a diario en los baños que regentaban; y que por el contrario se llamara limpios a los cristianos viejos con los que se había colonizado el lugar, pues parecía que eran alérgicos al agua y sólo se lavaban de Pascuas a Ramos.

Huesa del Común

La villa se asienta a los pies de un farallón rocoso que se alza abruptamente sobre la hoz del río que lo rodea. Desde tiempos ancestrales dicha atalaya natural constituyó un lugar privilegiado para el emplazamiento de fortificaciones. De hecho, bajo las ruinas del castillo que se levantan todavía sobre el espolón yacen los restos de antiguos castros.

Fueron precisamente las vicisitudes por las que atravesó la fortaleza, llamada de Peñaflor, las que dieron nombre al lugar. En el año 1082 el Cid conquistó la plaza tras perder a cientos de hombres durante un feroz asedio y los musulmanes tuvieron que pagar un precio parecido para recuperarla. En 1120 las huestes cristianas se apoderaron de nuevo de la ciudadela; si bien el rey de Aragón perdió tantos hombres valerosos durante la campaña, que en los tratados sobre poliorcética medieval siempre se toma como ejemplo de cerco gravoso y sangriento. El castillo se siguió cobrando su peaje durante los sucesivos sitios que sufrió, hasta que a mediados del s. XII pasó definitivamente a manos cristianas. A esas alturas el cañón por el que discurre el río se acabó convirtiendo en un osario o huesa de proporciones descomunales, como consecuencia de todos los soldados que habían ido cayendo en él.

Allá por 1328 el rey Alfonso IV vendió Huesa junto con su alcázar a la poderosa familia de los Luna, y con ello parece ser que dio comienzo un nuevo y cruento episodio. Según comentaba el vulgo, la esposa de Lope de Luna, Violante de Aragón y de Anjou, que había estado casada previamente con Felipe, Déspota de Romanía (Gobernador de Albania) se había aficionado a la práctica de la brujería durante su estancia en tierras balcánicas, pues estaba obsesionada con mantenerse eternamente joven. Los ritos que realizaba requerían la sangre de recién nacidos, por lo que cada vez que una mujer del pueblo daba a luz, la criatura era secuestrada y asesinada, y su cadáver arrojado al precipicio; motivo por el que los lugareños comenzaron a denominar a la villa como La Huesa del Común.

Los lugareños estuvieron elevando sus quejas a la corona y demandando largamente que la villa se convirtiese en un bien de realengo, hasta que por fin pasó a formar parte del patrimonio real en el s. XVI.

El castillo de la villa ha seguido jugando un papel destacado hasta épocas recientes (Guerra de la Independencia, Guerras Carlistas...); sin embargo, para cualquiera de sus habitantes lo más extraordinario no son las acciones de guerra del pasado; sino los fuegos fatuos que se pueden ver durante un paseo nocturno por el cañón del río, y que, al parecer, tendrían su origen en la combustión del fósforo procedente de la ingente cantidad de huesos acumulados en el lecho del mismo, especialmente los de los niños.

La Alberguería de Argañán

Hubo en tiempos en el pueblo un castillo que perteneció a la familia de los Pacheco. La fortaleza fue durante varios siglos un importante baluarte para la defensa del territorio, pues en aquel entonces constituía una zona fronteriza disputada constantemente por Portugal. A lo largo de su historia el bastión sufrió numerosos asaltos y sitios de todos los calibres; y precisamente durante uno de estos asedios, los sitiados, que no habían comido desde hacía semanas, capturaron a varios soldados enemigos que se encontraban desprevenidos y se los manducaron, dando comienzo con ello una tradición de funestas consecuencias. Los señores del castillo le fueron tomando afición al sabor de la carne humana y practicaban el canibalismo más por placer que por necesidad; causándoles, con el andar del tiempo, una enfermedad que acabó transformándoles en criaturas de la noche.

Las batallas fueron disminuyendo hasta cesar por completo, y conseguir víctimas se convirtió en un problema, porque, así como en épocas de guerra todo el mundo hace la vista gorda ante las atrocidades que cometemos los humanos, en tiempos de paz estamos obligados a observar las convenciones sociales.

Después de darle muchas vueltas, los dueños de la ciudadela decidieron convertirla en un albergue para dar acogida a la nutrida hueste de jornaleros, arrieros y demás gente de toda condición que transitaba por aquellos caminos. Durante el día acudía a la fortificación, ahora convertida en posada, el personal del servicio; pero cuando se hacía de noche, éstos la abandonaban, quedando dentro tan sólo los castellanos y los huéspedes, momento que aprovechaban los primeros para escabechar con discreción a algún bracero que viajase en solitario. Un buen día, con el mono generado por un largo periodo de abstinencia, y no teniendo al alcance de la mano una víctima propiciatoria, los chupasangre, en un arrebatado de locura, entraron al asalto en todas las habitaciones y atacaron a cuanto ser vivo encontraron. Tan sólo un peón, que padecía insomnio y estaba de vuelta de todo tipo de reyertas, riñas y grescas, logró escapar de la masacre, gracias a que nada más empezar el jaleo salió corriendo y se escondió dentro de una barrica de arenques vacía que había junto a la barra del comedor. Como de costumbre, los engendros se deshicieron de los cadáveres después del banquete, limpiaron a conciencia cualquier rastro que les pudiese delatar y, cuando comenzó a amanecer, abrieron la puerta del alcázar, a la espera de que llegasen los sirvientes para comenzar una nueva jornada. En ese momento, el joven oculto levantó la tapa del barril, dio un brinco como sólo es posible hacerlo cuando vemos nuestra vida en peligro y echó a correr como alma que lleva el diablo hacia la salida.

Los vampiros, impotentes, pues por todos es sabido que si se exponen a los rayos de sol arden en llamas y se convierten en cenizas, se gritaban unos a otros desesperados mientras veían cómo escapaba por la puerta un testigo que podía dar fe de lo que allí había sucedido: *¡Al gañán! ¡Al gañán!, ¡que se escapa!*

La Aparecida

A mediados del siglo XVIII sólo existía una casa en el solar que ocupa actualmente la localidad. La misma pertenecía a un campesino llamado Jaime Trigueros que vivía en ella con su mujer y una hija llamada Obdulia. Una tarde, cuando el sol ya se había puesto, llamaron a la puerta. El labrador bajó a abrir y se encontró frente a tres hombres. El grupo estaba formado por un rico comerciante y dos criados a los que se les había echado la noche encima mientras hacían el trayecto entre Elche y Murcia, y le pidieron pasar la noche en la casa. Jaime accedió, pero con la condición de que no subiesen a la planta de arriba, porque allí se encontraba su mujer. Los viajeros se mostraron conformes y, en lo que uno salió para encargarse de las monturas, los otros dos comenzaron a deshacer los fardos donde llevaban las mantas. Jaime, cauteloso, había omitido mencionar a su hija; no obstante, mientras los extraños estaban acomodándose, Obdulia, que no sabía lo que estaba ocurriendo en la planta baja, apareció en lo alto de la escalera con una vela en la mano cuya luz realzaba su belleza y espléndidas formas. El comerciante quedó prendado inmediatamente de la joven y volviéndose hacia uno de sus ayudantes le comentó por lo bajini: *¡El muy taimado nos quería ocultar lo de la chica...!* Llegó la mañana y, dándole las gracias al campesino, los tres forasteros se encaminaron hacia Murcia; sin embargo, cuando se alejaron lo suficiente como para no ser vistos desde la casa, giraron y se escondieron tras unas peñas a la espera de ver aparecer a la muchacha. Las horas se les hicieron eternas; pero, avanzada la mañana, la vieron dirigiéndose hacia unos cerros cercanos y la siguieron. La chica estaba recogiendo alcaparras con una cesta y cuando se percató de la presencia de los individuos echo a correr adivinando sus intenciones. Cuando los hombres estaban a punto de alcanzarla, ella cayó por un barranco que se llamaba de los Muertos y falleció en el acto. Todo el mundo pensó que se había producido un desgraciado accidente y la vida de Jaime se truncó. Su mujer se murió de tristeza y él abandonó la casa y se marchó a vivir con una hermana que tenía en Orihuela.

Pasaron los años, y un día, mientras el tratante circulaba por el acostumbrado camino, se desató una tormenta que le obligó a refugiarse en el primer lugar que encontró. La casa estaba destartada, pero enseguida recordó la noche en que años atrás, en compañía de dos menestrales, había pernoctado allí. Sintió temor, pero resultaba imposible salir con aquella tempestad. Estaba inquieto, sin poder pegar ojo; y, de repente, se percató de que una luz iba aumentando de intensidad en el piso superior. Al alzar la vista, descubrió un esqueleto que le miraba fijamente mientras bajaba las escaleras con un velón en la mano. *¡Obdulia!*, gritó. El cabello se le tornó blanco de inmediato, y, como estaba plenamente consciente a pesar de estar paralizado, notó cómo el cadáver, tras llegar a su altura, le iba introduciendo unos gusanos gelatinosos y nauseabundos por los orificios nasales, la boca y los oídos, mientras le preguntaba con una mueca burlesca: *¿Te sigo pareciendo bella?...*

Lagartos

Hoy en día la gente no come ancas de rana, ni carne de caballo, ni zarajos... Mucho menos lagarto, porque se trata de una especie protegida y puedes acabar en el talego; pero hasta tiempos relativamente recientes los humanos consumíamos casi cualquier proteína que se encontraba a nuestro alcance, pues a lo largo y ancho de nuestra historia hemos padecido un hambre endémica.

Es bien sabido que los pobladores del lugar, desde tiempos inmemoriales, conseguían un dinerillo extra con la venta de los lagartos que cazaban, pues tenían fama de ser los más sabrosos y había gente que pagaba un dineral por un tasajo de saurio; no obstante, lo que pocos conocen es que el nombre del lugar está vinculado a la aventura del Nuevo Mundo.

Pedro de Horcadillas, nacido en el pueblo, tenía un compadre llamado Hernando de la Parra. Como ambos eran hijosdalgo y trabajar estaba mal visto entre los de su clase, pues era algo propio del vulgo, se pasaban todo el día de jolgorio. Los dos se enamoraron de la misma mujer y la visitaban con frecuencia; pero cuando se enteraron de que estaba preñada, la situación se tornó confusa, ya que resultaba difícil discernir quién era el padre. La familia de la mujer, viendo que aquello no tendría una solución sencilla, acudió a la Santa Hermandad para denunciar que la hija había sido violada por dos felones y pedir que se hiciese justicia; así que, viendo que llevaban todas las papeletas para acabar remando en galeras, los amigos decidieron subirse al primer barco que encontraron con destino a América y poner tierra de por medio.

Una vez allí, ambos se enrolaron como soldados de fortuna en el contingente armado de Pizarro durante la conquista del Perú. Cuando ésta concluyó, Hernando acompañó a Sebastián de Belalcázar hacia las tierras del actual Ecuador para fundar la ciudad de Quito, y Pedro se sumó a la expedición organizada por Orellana para recorrer el río Amazonas y tratar de encontrar la ciudad de Eldorado. Tras sobrevivir a la odisea, Pedro regresó a España con un montón de grandes cajones de madera por todo capital. Tanto el capitán del barco en el que retornó, como los aduaneros del puerto, se quedaron pensando que estaban llenos de tesoros; pero, para sorpresa del arriero que transportó las cajas hasta el pueblo, una de ellas se cayó durante el itinerario y unas crías de cocodrilo comenzaron a correr en todas direcciones.

Nadie fue capaz de imaginar que los caimanes que acarreó servirían para montar una granja; sin embargo, la empresa resultó todo un éxito (y cuantitativamente más productiva que la tradicional del lagarto), porque muchas personas se aficionaron a su carne sabrosa, baja en colesterol, y sobre todo barata; motivando, a la larga, que la gente conociese este enclave gracias a aquellos reptiles.

La Hoz de la Vieja

Cansada de vagar por la tierra recogiendo las almas de los difuntos, la Muerte se sentó en lo alto de un risco y se puso a dormir. El suyo fue un sueño largo y plácido que duró varios milenios, y durante el transcurso del mismo, la Parca se fue atrofiando hasta acabar confundándose con las rocas que la rodeaban, permaneciendo como único signo distintivo de la misma su enhiesta guadaña adamantina.

Mucho tiempo después, la diosa Gea se tropezó con el instrumento por casualidad. La pobre estaba desesperada por deshacerse de Urano, su marido, porque era más pesado que la polla de un novio. El cónyuge la embarazaba constantemente, pero no permitía que diese a luz, forzándola a mantener a todos los hijos en su seno. Como todas las féminas, por muy diosa que fuese, era coqueta en extremo y no soportaba verse más redonda que la foquita Seabert; así que, aprovechando la inmensa hoz que había llegado a sus manos, convenció a su hijo Crono para que matase al padre y poder así parir a gusto de una vez por todas. Aunque los nervios hicieron que el golpe no fuese del todo certero, Crono castró a Urano, que a partir de entonces se volvió más finolis que Farinelli; arrojando posteriormente al mar la pringosa herramienta de la que colgaban los genitales de su padre, para, casi en el acto, ver emerger de un torrente de espuma la figura de la bella Afrodita.

La guadaña permaneció durante eras bajo las aguas hasta que unos pescadores la sacaron con sus redes, y desde entonces, hombres y dioses le dieron todo tipo de usos: arma de guerra, tranca de portón, rótulo de posada, báculo de obispo, objeto de colección de un gabinete de curiosidades... Hasta Poludnitsa, la diablusa del mediodía, la utilizó para provocar la locura de aquellos que trabajaban cuando el sol se encontraba en su cénit.

Cuando la Muerte despertó y se dio cuenta de que la segur no se encontraba a su lado, la llamó con un agudo silbido que atravesó la tierra; y el objeto, surcando veloz los cielos, retornó de nuevo a su mano. En ese momento, todas las experiencias adquiridas por la hoz durante el tiempo en que ambas habían estado separadas pasaron a formar parte de la memoria y la conciencia de la Descarnada, que, atónita por lo descreídos que se habían vuelto los hombres, y juzgando que su momento había pasado, lanzó con rabia la guadaña al fondo del barranco.

El impacto de la segadera contra el suelo dio origen al cañón del río Armillas, que se abre paso por medio de la población y circunvala las crestas sobre las que la Muerte, con objeto de que ningún ser pudiera volver a utilizar su fetiche, decidió transformarse en la fortaleza que corona el otero a modo de vigía eterna.

Lamasón

El Camino de Santiago favoreció que durante la Edad Media surgiesen innumerables cuadrillas de albañiles a lo largo del mismo, porque la erección de iglesias se convirtió en una pasión. En esa época los trabajadores se integraban en gremios, corporaciones específicas de cada profesión, pues nadie podía trabajar en un sector concreto si no pertenecía a uno de ellos. Además, la organización gremial implicaba que el aprendizaje se llevase a cabo de la mano de un experto y que la obtención de la cualificación profesional sólo se pudiese obtener a través de la misma. Huelga decir que en estas circunstancias, con aprendices viviendo literalmente en las casas de sus maestros, las asociaciones se acababan convirtiendo en hermandades que custodiaban recelosamente tanto las técnicas empleadas como cualquier innovación que se descubriese. En el caso de los trabajadores de la construcción, y debido a los continuos avances que se producían como consecuencia de la efervescente actividad, los diferentes grupos de albañiles (a los que, en singular, se denomina maçon en francés) se acabaron convirtiendo en sociedades que guardaban con sigilo los progresos y mejoras que se iban conociendo. Dichas cofradías sirvieron posteriormente como modelo a aburridos aristócratas para crear clubes ocultistas y sectas herméticas.

En este municipio vivió un cantero llamado Pedro de Lafuente que se formó en el taller del maestro Covaterio junto con Juan de Piasca. Para su desgracia, el cielo no le concedió más que una hija, y como en los gremios sólo admitían varones; a pesar de que la muchacha había aprendido el oficio desde pequeña en casa y que esculpir figuras maravillosas que pudiese ver la gente constituía su mayor ilusión, no podía ejercer la profesión. Acostumbrada al duro trabajo físico y a bregar por las montañas, poseía un cuerpo musculoso y una cara curtida; por lo que padre e hija acordaron que se hiciese pasar por un hombre para poder trabajar. Petra pasó a llamarse a partir de ese momento igual que el padre (Pedro) y recorrió media Europa dejando un legado de cientos de tallas que todavía hoy podemos contemplar. En uno de sus viajes conoció a un joven colega del que se enamoró, y, tras ser descubierto su secreto, fue objeto de ostracismo laboral. Su historia se convirtió en la comidilla de los picapedreros y acabó siendo conocida por sus paisanos, los cuales, en una clara muestra de modernidad, se sintieron tan orgullosos de que Petra se hubiese convertido en la primera escultora (y masona) conocida de la historia, que decidieron llamar al emplazamiento La Masón.

Parece evidente que el nombre resulta políticamente incorrecto hoy en día, y sorprende que, con tanto lenguaje inclusivo y demás leches en vinagre, las asociaciones feministas no hayan denunciado al gobierno cántabro por no haber cambiado aún el nombre por el de Lamasona.

La Posada del Viento (O Méson do Vento)

Ith se pasaba los días sentado en la playa mirando hacia el horizonte. En algún punto de septentrión, más allá de la bruma que se percibía en lontananza, se ocultaban unas tierras verdes a las que, según comentaban los marinos y cantaban los bardos, sólo se podía llegar a través de un mar habitado por serpientes marinas, kraken y rorcuales tan enormes que semejaban islas.

Su padre, el rey Breogán, estaba preocupado. El joven no hacía otra cosa más que soñar despierto y el gobernante pensó que si su hijo podía observar desde un punto más alto, abandonaría sus ensoñaciones al comprobar que el agua se extendía hasta el infinito; por lo que ordenó que se levantara una atalaya en Brigantium, a la que actualmente llamamos La Torre de Hércules. En contra de lo que había previsto el rey, Ith atisbó desde la altura unas orillas glaucas en la lejanía y desde ese instante sólo tuvo un deseo: capitanear un viaje que le permitiese explorar aquellas tierras.

Cuando el príncipe creció y se convirtió en guerrero, Breogán le facilitó una embarcación y una tripulación experimentada para que pudiese cumplir su anhelo; sin embargo, transcurridos dos meses desde su partida, apareció en la playa un hombre, el único superviviente de la travesía, trayendo la aciaga noticia de que el joven heredero había arribado a unas islas en las que había encontrado la muerte a manos de los caudillos locales. Tras llorar la muerte de su hijo, el rey, que ya era anciano, nombró comandante en jefe de su ejército a su nieto Mil y le encomendó que aprestara las naves para llevar a cabo una expedición de castigo.

Algunos hombres de confianza aconsejaron al monarca que mandase levantar un altar en honor de Taranis, para favorecer que los vientos les fuesen propicios, y Breogán, siguiendo su parecer, ordenó a los druidas que buscasen un lugar apropiado para levantar una torre con la efigie del dios y un ara para hacerle ofrendas. Los sacerdotes hallaron el sitio adecuado a un día de camino en dirección sur y allí se erigió lo dispuesto por el rey; pero, como además era preciso que un guardián custodiase la llama sacra y alimentase el fuego, se construyó una casa para él, así como un albergue, al que llamaron La Posada del Viento, que acogería a los peregrinos que llegaran hasta allí.

La expedición de Mil fue un éxito, y después de conquistar Irlanda, sus hombres se mezclaron con la población pasando a formar parte de la misma. Tras conocer el éxito de la campaña, Breogán por fin descansó en paz.

En cuanto al enclave sagrado, el tiempo se encargó de tirar abajo el obelisco de Taranis, aunque fue incapaz de arruinar el altar pagano que yace bajo el suelo de la iglesia. A unas gentes les sucedieron otras, y con cada grupo llegaron nuevas costumbres y credos; y durante mil años la posada que un día acogió a los fieles de los antiguos dioses, sirvió para hospedar a los peregrinos que realizaban la ruta jacobea. Hoy lo único que queda de la misma es el topónimo por el que se conoce a la localidad; sin embargo, siguiendo su estela, la aldea hace alarde de una gran cantidad de alojamientos destinados al descanso del viajero.

Las Inviernas

Plutón, el dios de los infiernos, se enamoró de su sobrina Proserpina; y, como a pesar de la pinta de malote que tenía, en el fondo era un tipo muy tímido, un buen día, aprovechando que la joven se encontraba jugando con unas ninfas en un prado, en lugar de declararle su amor decidió raptarla y llevársela al inframundo en un carro tirado por cuatro corceles negros. Las compañeras de juegos sabían que Ceres, la madre de la secuestrada, pillaría un rebote de tres pares de congojos y que las consideraría cómplices del asuntillo, por lo que resolvieron acompañar a la flamante señora del Averno para evitar ser convertidas en sirenas o en algún tipo de repugnante salamandra.

Como todo el mundo conoce, Ceres estaba desesperada y como venganza dictaminó que no creciese ninguna planta sobre la faz de la tierra. Cuando Júpiter vio que se le hundía el chambao, pues no quedarían hombres para hacerle sacrificios en un mundo convertido en un erial, convenció a Plutón para que dejase salir del Tártaro a la reina durante la primavera y el verano, y contentar así a su madre.

Las ninfas, por su parte, se veían forzadas a permanecer en el inframundo, porque desconfiaban de Ceres, la más rencorosa de las diosas, e intuían que habría apostado espías en las puertas para informar de su salida. Aburridas, pasaban el tiempo explorando el subsuelo, y fruto de sus pesquisas, descubrieron una cámara subterránea con las paredes recubiertas de cristales de amatista, una especie de geoda gigantesca, de cuyo techo partía una galería ignota que conectaba con el exterior.

Resultó que dicha vía de escape había sido excavada a lo largo de generaciones por los pastores que vivían en la superficie, en su afán por encontrar agua para el ganado que cada vez se encontraba a mayor profundidad.

Las ninfas, que estaban hasta el último pelo de tan prolongado encierro, salieron al exterior y se montaron unas fiestiquis de agárrate y no te menees con los cabreros; algo así como un grupo de amigas suecas en la España de los 50 en versión mundo antiguo. A partir de ese momento, todos los años pasaban unos meses de vacaciones en la superficie y retornaban al antro de Plutón coincidiendo con el regreso de Proserpina, motivo por el que los hombres las empezaron a llamar Las Inviernas.

En las sucesivas visitas, las ninfas volvían cargadas con los vástagos que habían alumbrado bajo tierra, fruto de juergas pasadas, pues les estaba vetado a los humanos permanecer en el reino de los muertos. Al cabo de varias generaciones la población había crecido tanto, que aquellas gentes decidieron abandonar la vida nómada y echar raíces en aquella estepa.

Las Torres de Cotillas

El cotilleo es una parte fundamental de la vida de los pueblos. Todo el mundo se conoce (no existe el anonimato que proporciona la ciudad) y el reducido número de habitantes permite husmear a conciencia en la vida privada de los demás.

Sucedió una vez que dos vecinas, llamadas Crispula y Crescencia (y más peligrosas que un par de pirañas en un bidé), en lugar de chismorrear sobre si fulanita se daba el lote con menganito o si zutano era un borrachuzo, se inventaban todo tipo de falacias y calumniaban a todo el mundo sin cesar. Malmetían a unos vecinos contra otros y la acción conjunta de ambas resultaba demoledora.

En una ocasión las dos profesionales se las apañaron para provocar que dos clanes acabasen a navajazos. Tras robar del tendedero de una de las familias los calzones del hijo, los arrojaron en el corral de la casa paredaña, y acto seguido informaron a los dueños de esta última de que habían visto al joven de al lado saltando la tapia y que, con toda seguridad, su intención no era otra que desvirgarles a la niña. Cuando los vecinos encontraron los calzones del mozo tirados en el corral dieron por cierta la historia y se lio la de San Quintín.

Otra de las veces las chismosas torticeras movieron los mojones que delimitaban las tierras de dos familias (que ya habían tenido sus más y sus menos por las lindes de las propiedades), y fue necesario que interviniesen los corchetes para acabar con la contienda, porque acabó por convertirse en una pequeña guerra civil que se extendió a los pueblos vecinos en los que vivían otros miembros de ambas parentelas.

Una mañana el cacique de turno, que maldecía constantemente a Alfonso XI por haberle concedido el mayorazgo de aquel maldito antro a su ilustre antepasado, D. Pedro Martínez Calvillo, se enteró de la insostenible situación.

Apenas acababa de salir de una junta en el ayuntamiento, convocada para advertir a los vecinos de que al próximo que se pillase abriendo las acequias sería azotado, pues el agua de riego le pertenecía a los Calvillo; cuando el alcalde le informó de las que liaban las dos pájaras de cuentas.

El terrateniente, que estaba calentito, consideró que aquellas circunstancias le venían como anillo al dedo para que los vasallos escarmentaran en cabeza ajena; así que ordenó que levantasen dos torres, una en cada extremo del pueblo, y que encerrasen a las embusteras por separado. Permanecerían allí de por vida y sólo podrían ver el cielo a través de una rendija practicada en el techo, de modo que no pudiesen observar nunca más nada de lo que allí ocurriese. Aquello fue lo peor que les pudieron hacer, pues ambas sufrieron mucho más por no tener noticias de lo que se cocía en el pueblo, que por la falta de libertad.

Loeches

Cuentan los ancianos que, antes de que existiese el pueblo como tal, vivía allí una curandera a la que acudían las personas de los alrededores aquejadas de alguna dolencia.

En una ocasión se presentó en su cabaña un matrimonio que estaba desesperado porque tenía un hijo que, a pesar de comer sin cesar, tenía un aspecto raquítico y enfermizo. La ensalmadora pidió que le desnudaran y estuvo dándole vueltas y palpándole por todas partes; y cuando acabó de examinarle, informó a los padres de que lo que le pasaba al pobre crío era que había cogido la solitaria y que toda la comida que ingería sólo servía para alimentar al bicho.

Por indicación de la sanadora llevaron al esmirriado en pelotas a la orilla de un arroyo que había cerca y dieron comienzo los preparativos para extraer el parásito. En primer lugar, la hechicera le indicó a la criatura que metiese la cabeza en el agua helada, porque aquello contribuiría a que el animal se moviese hacia el culo, que estaría más caliente. Después le introdujo en el ano una especie de supositorio hecho con raíz de ajonjolí, que, al parecer, era el manjar preferido del gusano y le dijo al chiquillo:

- *Ahora cierra el culo y no lo echés. No lo echés.*

El entecado oprimía el ojete con todas sus ganas para evitar que se saliese el preparado.

- *Aguanta, no lo echés.*

Al muchacho le empezó a correr un sudor frío por la espalda, y cuando ya estaba a punto de vomitar, la curalotodo le untó las nalgas de miel y le dijo:

- *Ahora, aprieta con ganas para que salga y lo echés.*

El enclenque se puso morado de tanto apretar; pero la lombriz debía encontrarse a gusto, porque no asomaba. Entonces la curandera, que también practicaba el arte de la santería, comenzó a pedir la ayuda de los santos.

- *San Bricio, ayúdame con el vientre. San Fríaco, ayúdame con el culo. San Erasmo, ayúdame con las entrañas. Por la gracia que me han concedido los santos, yo te ordeno, Belcebú, ¡que lo echés!, ¡que lo echés, coño!*

La clientela, que esperaba paciente su turno sentada en unos troncos (huesos que componer, tosferina, herpes, conjuntivitis...), oía gritar a la bruja tras haber apresado la cabeza de la tenia con unas tenazas y tirar con fuerza:

- *¡Lo echés! ¡Lo echés! ¡Lo echés!*

Los Santos de la Humosa

En épocas remotas el núcleo de población se encontraba cerca de la orilla del río Henares para aprovechar la proximidad del agua. Era aquel un edén de tierras feraces donde el único inconveniente consistía en la presencia de los mosquitos que habitaban en las zonas pantanosas de los alrededores, causantes de fiebres, paludismo y otras enfermedades similares.

Un buen día el cielo se oscureció súbitamente y la niebla invadió el espacio que ocupaban las cuatro chozas. Los habitantes se echaron de inmediato a la calle, y para su sorpresa, en medio de la explanada que hacía las veces de plaza, había un objeto extraño echando humo del que descendieron dos seres bioluminiscentes. Todos, incluido el chamán que siempre estaba hablando de los dioses, los mitos y las leyendas, se quedaron perplejos y acojonados. Una muchacha menuda, considerada como la más despierta del clan, se acercó a ellos para intentar comunicarse; y después de bastante tiempo de hacer gestos, aspavientos y sonidos guturales, pudo entender por fin lo que los extraños seres (hoy les llamaríamos extraterrestres o marcianos) querían transmitirle: su nave (un OVNI o platillo volante) se había averiado, motivo por el que se producía la humareda, y necesitaban arreglarla. Solicitaron que les facilitasen oro o plata para hacer las reparaciones necesarias; pero, debido a la suspicacia y a la mezquindad de los moradores, tuvieron que conformarse con unas varillas de cobre. Agradecidos por la ayuda prestada, los extraterrestres informaron a los aldeanos de que se aproximaba un diluvio del copón, y que les convenía abandonar la llanura de la vega y ubicar el poblado en lo alto de los riscos que se alzaban un poco más allá.

Para que las futuras generaciones recordasen la visita de aquellas criaturas, gracias a las cuales los pobladores se habían salvado de perecer ahogados, el chamán pintó en un abrigo rocoso dos monigotes junto a un objeto que escupía espirales. Mucho tiempo después los dibujos fueron encontrados por un anacoreta que andaba a la búsqueda de una cueva donde residir y la noticia llegó hasta el obispo de Alcalá, quien decretó que, con toda seguridad, las imágenes representaban a los santos niños Justo y Pastor (que habrían pasado por el pueblo antes de sufrir martirio) en compañía de la Virgen que flotaba en medio de una humareda; motivo por el cual, se atribuyó al pueblo su actual nombre.

No sabemos si los alienígenas le cogieron afición al lugar y han continuado visitándonos desde aquella primera vez; pero muchos locales aseguran que cuando vuelven de juerga, ya entrada la madrugada, ven cerca del puente que atraviesa el río un ser luminoso al que denominan La Señora de la Curva.

Luna

Este sitio fue la cuna de una egregia dinastía de lunáticos. Sus miembros no padecían una demencia constante; sino que sufrían episodios intermitentes de enajenación que coincidían con las fases lunares en las que el satélite se encontraba más próximo a La Tierra. Esta circunstancia motivó que el apelativo por el que se conocía a la familia acabase sirviendo para nombrar a la localidad.

Si creemos las leyendas locales, desde el inicio de los tiempos los chamanes de las tribus ubicadas en el área adyacente eran llamados *lunas*, porque durante las noches de luna llena entraban en trance; si bien, a juzgar por las metamorfosis que se narran, parece más bien que habrían sido los hongos alucinógenos los desencadenantes de dichos delirios.

En algún momento entre el siglo IV y el VI, el primer sujeto del que se tiene constancia, un tal Seleno, consciente del problema que aquejaba a sus antecesores, estudió el asunto en profundidad y escribió un tratado, hoy perdido, donde describía con toda suerte de detalles los remedios que consideraba más efectivos tras comprobarlos personalmente. De entre todos los que ensayó, resultó especialmente eficaz el que consistía en raparse la cabeza durante los perigeos y ungírsela con mierda de gato antes de acostarse.

Otro individuo de esta ilustre saga fue Argénteo, cuyo nombre conocemos merced a un testamento del siglo XI. De acuerdo con lo recogido en el documento jurídico, fue designado como albacea de varias herencias; ya que, según se indica textualmente, sus contemporáneos consideraban que su locura era un claro indicio de que estaba tocado por la mano de dios.

En siglos posteriores los descendientes corrieron peor suerte. Lejos de creer que los trastornados eran seres favorecidos por los cielos, los déspotas ilustrados los percibieron como una nota discordante dentro de su armonioso esquema social. La sociedad comenzó a verlos como inadaptados o seres peligrosos a los que convenía encerrar en manicomios para someterles a terapias de choque, como por ejemplo descargas eléctricas, o incluso en cárceles.

Por fortuna, hoy en día los problemas psicológicos son considerados como una enfermedad más y los pacientes son tratados desde un punto de vista médico. Gracias a los fármacos y a la ayuda psiquiátrica, la mayoría llevan una vida como la de cualquier otro mortal. Actualmente vive en el pueblo Luna de Valencia Vesania, una descendiente de tan preclara estirpe. Ingeniera, empresaria y madre de familia, compatibiliza sus quehaceres con sus funciones en la casa consistorial. Tras varias votaciones fallidas por culpa de concejales tráfugas, la condena por malversación de fondos públicos de varios ediles más y la orden de alejamiento dictada contra otro por violencia de género, en 2025 fue proclamada alcaldesa por aclamación popular, lo que muestra a las claras que la gente prefiere a una majareta con sentido común antes que a una recua de capitostes descerebraos.

Majaelrayo

Para destronar a su padre, Zeus necesitaba contar con el mayor número de aliados posibles, pues no tenía claro si con el apoyo exclusivo de sus hermanos sería suficiente. Por esa razón liberó a los Hecatónquiros y a los Cíclopes, unos gigantes tíos suyos a los que Cronos había encerrado en el Tártaro y que le odiaban por ello. Cuando por fin se convirtió en el rey del Olimpo, Zeus permitió que estos colosos vagasen libremente y se instalasen donde les pareciese oportuno como agradecimiento por los servicios prestados. Los Hecatónquiros, como venganza por el tiempo que habían permanecido a la sombra, decidieron convertirse en los carceleros de los Titanes (aliados de Cronos durante la guerra) y se construyeron unos palacios cerca de las puertas del inframundo para custodiarlas. Por su parte, los Cíclopes, ansiosos por conocer mundo, decidieron aventurarse en distintas direcciones. Brontes se fue hacía Oriente y se instaló en el interior del volcán Fuji. Estéropes se marchó al sur y asentó su hogar dentro del monte Kilimanjaro. En cuanto a Arges, puso rumbo a Occidente, pero no encontró ningún antro ardiente en el que habitar. Tras comprobar que el Pico Ocejón no tenía alma de fuego, se sintió cansado de tanta búsqueda, y, tras darle muchas vueltas, consideró que le convenía quedarse por allí y tomar un aprendizaje al que enseñar su ciencia, para evitar el tedio diario.

Aunque pensó que resultaría sencillo encontrar a alguien que quisiera aprender la quintaesencia de la herrería divina, cada vez que se acercaba a un humano, éste corría despavorido pensando que quería hacerle daño. Sólo hubo una persona que no se inmutó cuando se presentó frente a él: un muchacho ciego. Éste le estuvo escuchando pacientemente, mientras Arges le hablaba de cómo había creado el rayo de Zeus, el yelmo de Hades y el tridente de Poseidón; y, cuando terminó, el chico le pidió que le dejara tocarle el rostro para hacerse una idea de su aspecto. Arges accedió, y después de llevar a cabo el reconocimiento facial con una sonrisa en el rostro, le dijo que estaría encantado de convertirse en su discípulo. El gigante le enseñó a forjar el mejor acero, a darle forma al metal fundido, a decorar las piezas con damasquinados y nielados...; y cuando consideró que el joven se había convertido en un maestro, le mostró cómo crear objetos mágicos. La última lección consistía en dominar los rayos del cielo y transferir su poder a las armas. Para ello, instalaron cientos de barras metálicas alrededor de la fragua, conectadas entre sí y unidas a un ingenioso artefacto con forma de yunque, de modo que cuando estalló la tormenta, toda la electricidad de las descargas sacudió una lanza que habían depositado sobre el mismo. En ese preciso instante, Arges le indicó al herrero a gritos, pues el estruendo era descomunal, que la golpease con fuerza para insuflarle el alma de las centellas: *Ha llegado el momento. ¡Maja el rayo, maja el rayo!*

Los habitantes quedaron tan impresionados por la escena que habían contemplado, que cuando algún extraño les preguntaba por la denominación de aquel lugar al que nadie se había molestado en dar nombre, ellos contestaban imitando el tono del coloso: *¡Majaelrayo!, ¡Majaelrayo!*

Manganeses de la Lampreana

Aunque hoy en día apenas quedan vestigios de los humedales que existían en la zona, en la antigüedad la llanura donde se asienta la población estaba salpicada por numerosas lagunas; y en torno a las mismas se establecieron dos pequeños centros de población que en un principio carecían de nombre. Los individuos se referían a los de su grupo como estos y a los integrantes del otro como aquellos, y se diferenciaban principalmente por la actividad a la que se dedicaban. Mientras que unos pescaban lampreas en las aguas saladas de los lagos, los otros criaban ovejas; pero, como la tierra no era muy generosa en pasto, las pécoras constituían magro sustento y los ganaderos, para sacar a sus familias adelante, tuvieron que acudir al pluriempleo. Cada primavera los hombres dejaban el ganado al cuidado de sus mujeres y se dirigían al valle del Guadalquivir, como parte de alguna de las muchas partidas de bandidos que se formaban, para saquear lo que se pudiera. Con el tiempo, unos fueron bautizados como mangantes y los otros como lampreros.

Las mujeres de los saqueadores se quedaban solas durante medio año hasta que volvían los hombres, por lo que muchas acudían donde faenaban los pescadores para hacerse las encontradizas. En un momento dado, cansadas del egoísmo de los mangantes, que con la excusa de buscar condumio se iban de vacaciones con los amigotes, decidieron mudarse al poblado de los lampreros y abandonar su asentamiento. Cuando los guerreros regresaron no les sentó nada bien la decisión de sus mujeres y se montó la parda. Pedrada va, pedrada viene, al final se impuso la experiencia en combate adquirida por los pastores, pues; aunque los pescadores habían levantado empalizadas y llenado un foso con pescado podrido para impedir su acceso al emplazamiento, los mangantes penetraron en el mismo, dieron muerte a los varones y se quedaron con todas las mujeres (recuperaron las propias y secuestraron a las ajenas), de manera similar a lo que nos cuenta Tito Livio sobre el episodio del Rapto de las Sabinas.

Para evitar problemas futuros, los mangantes decidieron reunir a todos los habitantes en un solo lugar y dejarse de aventuras. Fue entonces cuando se decidió dotar al pueblo de un nombre. Tenía que quedar claro, por una cuestión de testosterona, que ellos habían ganado la guerra; pero al mismo tiempo, era necesario, para evitar malentendidos, modificar su denominación; por lo que a partir de entonces pasaron a llamarse manganeses. Por otro lado, y con objeto de reconciliarse con las mujeres, pues se mostraban más ariscas que garduñas enjauladas y andaban recagadas por lo acontecido, se decidió que el gobierno de la aldea recayese en una mujer, a la que llamaron La Lampreana, la cual gozaría de plenos poderes en cuestión de igualdad de género y en materia de desarrollo local, pues, no en vano, las féminas eran las únicas que conocían el negocio de la piscicultura.

Marines

La Infantería de Marina Española se creó durante el reinado de Carlos I, lo que la convierte en la más antigua del mundo. Hasta ese momento se embarcaban de manera ocasional soldados de los tercios en las galeras que surcaban el Mediterráneo, tanto para llevar a cabo desembarcos específicos como para apoyar en los combates navales con fuego de arcabuz; sin embargo, a partir de 1537 se convirtió en una unidad dependiente de la Real Armada, creándose al efecto las Compañías Viejas del Mar de Nápoles.

La elección de los primeros infantes de marina resultó complicada, porque no era fácil superar las numerosas pruebas a las que eran sometidos los candidatos. Muchos hombres no sabían nadar o no estaban acostumbrados al mar; y hubo alguno incluso que apenas había acabado de subir al barco, cuando ya estaba arrojando como si no hubiese un mañana. Los había también que aguantaban estoicamente las náuseas, pero que eran incapaces de hacer blanco mientras se balanceaban. Otros tantos no aguantaron meterse en las aguas gélidas, chapotear en el fango, comer galletas agusanadas...

Un elevado porcentaje de los soldados que consiguieron completar el proceso de selección procedían de esta localidad y cuando un comandante, sorprendido, le preguntó a uno de ellos por el secreto de su éxito, éste le comentó que en su tierra, además de estar acostumbrados a las duras condiciones de vida que soportaba todo hijo de compatriota, había que lidiar con las tormentas que periódicamente arrasaban Levante. Cuando diluviaba, la tierra quedaba anegada y las inundaciones se llevaban por delante todo: personas, casas, animales, comida... Tan sólo lograban sobrevivir aquellos que sabían nadar, que eran capaces de aguantar sin beber agua potable durante semanas, que soportaban tragar cieno y que tenían estómago para comerse al vecino muerto cuando apretaba el hambre.

A la vista de aquellas revelaciones, los mandos optaron por reclutar a todos los hombres sanos y jóvenes que se encontraron disponibles en el pueblo (así como en las comarcas aledañas), convirtiéndose con el tiempo en una tradición que ha perdurado hasta nuestros días. De hecho, la decisión de establecer el acuartelamiento de las tropas en Cartagena se debió, en buena medida, a la proximidad de esta ciudad portuaria a los hogares de los infantes.

Desde entonces han sido innumerables las batallas en las que han participado los nativos de la localidad, que ha sido condecorada a título colectivo con la Gran Cruz Laureada de San Fernando: Expedición de Argel (1541), Lepanto (1571), Expedición de Túnez (1573), Conquista de la Terceras y Azores (1582), Expedición a Inglaterra (1599), Expedición a San Salvador (1625), Conquista de Cerdeña (1717), Conquista de Nápoles y Sicilia (1732), Expedición a Pensacola (1770), Defensa de La Habana (1762), Expedición a Argel (1775), Desembarco en Tolón (1793), Defensa de Ferrol (1800), Reconquista de Buenos Aires (1806)...

Mas del Tonto

Para que un conjunto de casas sea considerado como un pueblo, aldea, villa o lo que sea, ha de disponer necesariamente de tres elementos: iglesia, frontón y tonto. Aún diría más. Es posible que la falta de alguno de los dos primeros nos haga cuestionarnos el asunto; pero el tonto es condición sine qua non. Aunque hay localidades que tienen más, lo habitual suele ser que cada una tenga su *tonto el pueblo* oficial; es decir, uno. Sin embargo, en esta aldea se produjo un hecho sin precedentes que hizo correr ríos de tinta: todos los habitantes, menos uno, padecían de idiocia. Así, de primeras, suena raro; pero tiene su explicación. Realmente no es que los locales fuesen imbéciles de nacimiento; sino que la inmensa mayoría pertenecía a la categoría de *tonto, pero pendiente*; o sea, que eran unos espabilaos.

En un momento dado la Administración consideró que era imprescindible nombrar un juez de paz entre los vecinos. Este cargo, que aparentemente confería ciertas prebendas además de autoridad, suponía un engorro, porque, amén de las funciones que conllevaba el cargo, el elegido tenía que actuar como alcalde y representar al vecindario, hacer funciones de secretario (papeleos, actas, trámites...), elaborar los presupuestos, leer los contadores de la luz y el agua; y, en general, comerse todos los marrones que careciesen de un destinatario claro. Además, dado que no había dineros en las arcas municipales que robar, y que el que más y el que menos percibía una subvención, ayuda, pensión, incapacidad, desempleo, etc., que dejaría de percibir en el supuesto de ser elegido, casi todos los habitantes presentaron la documentación que pudieron para demostrar que les faltaba un hervor o que eran unos impedidos. El único listo, que resultó ser el verdadero memo, fue un pobre desgraciado que no pudo probar de ninguna manera que era medio borderline, y se cayó con todo el equipo. A partir de ese momento, cada vez que había que elegir a un nuevo pingaio, todas las personas se ponían manos a la obra indagando la posibilidad de obtener papeles e informes médicos que probasen que eran retrasados mentales o disminuidos físicos, y el pueblo se llenaba con el runrún del trajín:

- *¿Has hablao ya con el médico pa lo del tonto?*
- *¡Quia! Están tos a lo mismo, y hay tal cola en la puerta de su casa, que no he podido entavía.*
- *Pos yo que tú me acercaba al puesto de la Cruz Roja y les decía que me dao un síncope.*

- *¿Tienes preparaao más del tonto?*
- *Sí, voy a presentar el informe que me hicieron cuando la mili. El que decía que no era apto por tener los pies planos. También estoy practicando lo que me comentó el Indalecio de hacerme el móguer.*

El dicho dice que *Un tonto jode un pueblo*; pero en este caso, *El pueblo jode al listo*.

Melicena

En su *Crónica sobre la Muy Fiel y Muy Leal Melicena*, el padre Higinio recoge una tradición oral que relata la increíble historia de la fundación del pueblo:

“Desde que su madre la había maldecido por encerrar a su padre bajo una montaña, todos los sábados, al ponerse el sol, Melusina se convertía en serpiente de cintura para abajo. Dicha circunstancia no le impidió contraer matrimonio, pero la inevitable curiosidad humana había acabado por arruinar sucesivamente todas sus relaciones.

El primero que la decepcionó fue Raimondino, el hijo del conde de Forez, quien, a pesar de haberle dado diez hijos y haber enriquecido a los Lusignan, había faltado a su juramento mirando a través de un agujero practicado en la puerta del baño cuando sus extremidades inferiores colgaban del borde de la tina transformadas en cola de ofidio. Tras la separación fue pasando de cama en cama; pero ningún hombre, a pesar de haberlo acordado de antemano, se había abstenido de husmear, pues el afán por ser testigo de la metamorfosis parecía irrefrenable. El colmo de los colmos se produjo el día en que un trovador guaperas le propuso convertirla en una atracción de circo cuando comprobó con sus propios ojos que era cierto lo que ella le había contado.

Harta de memos, el Hada encontró por fin la felicidad junto a un músico ciego que vivía en una cabaña a orillas del mar que baña esta aldea, pues era imposible que aquel hombre pudiese incumplir su promesa. El lugar fue siempre conocido entre sus descendientes como Melicena, pues así era como su abuela pronunciaba su nombre.”

No obstante lo anterior, el autor agrega a pie de página lo siguiente:

“Nota: Como añadidura a lo narrado anteriormente, es mi deseo dejar constancia por escrito de unas manifestaciones que, por exceder el ámbito del secreto de confesión, pueden figurar en la presente obra para público conocimiento de las mismas. Poco antes de perecer, acudí a casa de D^a. Celestina Trotaconventos con ánimo de administrarle la extremaunción. La mujer deliraba a causa de la fiebre y el médico me indicó que podía fallecer en cualquier momento. Cuando me hallé a su vera, la anciana me agarró de la mano y me atrajo hacia sí con fuerza. Acerqué mi oído a su boca y me dijo: Padre, sé que andáis liado con un libro sobre la historia de estos andurriales, porque os he visto preguntar a los vecinos y escribir cuanto os iban relatando sobre el origen de su nombre. Antes de abandonar este mundo me gustaría que conocieseis lo que me contó mi abuela Tránsito cuando yo era chica, que a su vez le había contado una abuela suya. Según ella, su tatarabuelo Eulogio trabajaba las tierras que veis en derredor para el Señor de Cehel. Se pasaba el día en el campo, sin otra cosa que llevarse a la boca más que un chusco, cuidando de unas viñas famosas por producir las uvas con las que se elaboraba el aguardiente denominado el espíritu del vino; y, cuando, ya de noche, volvía a casa muerto de hambre, le gritaba a su mujer, a la que llamaban Amelia: ¡Meli, la cena!; dando pie con ello a que las gentes de los alrededores conociesen a este paraje por semejante nombre.”

Moraleja de Matababras

Durante la famosa Reconquista, allá por el siglo XI, mucha gente procedente del norte de la Península no tenía más opción que establecerse como colono en la frontera meridional para no fallecer de inanición. Las incursiones de la morisma en esa franja difusa estaban a la orden del día; pero el peligro se veía compensado por la obtención de tierra para cultivar y mejores condiciones de vida (fueros, privilegios...).

Uno de los muchos grupos que vagaban por la meseta en busca de una oportunidad llegó al actual solar del pueblo. Los pobladores estaban liderados por un clérigo ahíto de latines, cuyo método para determinar si el sitio era el propicio para instalarse consistía en reproducir con éxito el episodio del sacrificio de Isaac. La prueba ya había costado algún que otro disgustillo a la congregación, pero el contumaz del cura insistía en la necesidad de que dios obrase un milagro antes de que se pudiese tomar posesión del lugar. El pater llamó a uno de sus feligreses y le indicó, como ya había hecho en ocasiones anteriores con otras personas, que colocase a su hijo primogénito encima de un pedrusco de granito que por allí había y lo degollase como ofrenda a dios. Según decía, si los implicados tenían suficiente fe, la mano de la divinidad haría acto de presencia surgiendo de los cielos para frenar el cuchillo del verdugo. El padre de la víctima estaba pálido y sudoroso. Por una parte se le veía reacio a obedecer; pero, por otra, no quería quedar en entredicho delante de toda la comitiva. Tras acomodar al vástago sobre la piedra, se le veía dubitativo, alzando y bajando sucesivamente el brazo que asía el puñal.

¡Vamos, con alegría! Si dudas, Dios no aparecerá – le recriminaba el cura.

Ej que, por más que miro no veo la mano de Cristo por ningún lao; y, si se demora, pa cuando quiera llegar ya estaremos de funeral – replicaba el hombre.

Andaban de dimes y diretes el vicario y el eventual verdugo, cuando la mujer de éste, viendo que el marido empezaba a vacilar, subió con una cabra a lo alto de una torre medio derruida que por allí había y la tiró al vacío. La gente allí congregada quedó pasmada viendo el animal reventado contra el suelo y todos comenzaron a hacerse lenguas del suceso.

¡Milagro, milagro! Un ángel ha arrojado un cordero desde el cielo para perdonar al muchacho. ¡Es la señal, es la señal!

Todos, incluido el cura santurrón, consideraron que efectivamente se había obrado el milagro.

Moraleja: si quieres que dios te ayude, comienza por ayudarte tú mismo.

Muelas de los Caballeros

En el antiguo reino de León, como en el resto del mundo, los nobles eran unos machotes. Se pasaban el día en la guerra dándose mamporros, y cuando no había trifulca, se aburrían un puñao, porque no sabían leer y le tenían poca afición a pintar monigotes o tocar la vihuela. Durante los escasos períodos de paz, algunos se dedicaban a potenciar sus bíceps arreándoles una somanta de palos con una vara de avellano a los siervos deslenguados, otros se pasaban las horas golpeando los estafermos y demás peleles que tenían instalados en el gimnasio de su casa (el patio del castillo), y los más, salían de caza con los colegas, porque no había vez que no acabasen pillando unos ciegos de la hostia y persiguiendo a las mozas del villorrio más próximo al campo de ejercicios cinegéticos. ¡Ni tan mal!

Para evitar que se echasen a perder con los placeres sensuales que proporcionaba el sosiego de los armisticios, a la Corona se le ocurrió, por imitación de las prácticas en boga en media Europa, organizar torneos para que los caballeros pudieran desfogarse. Estas contiendas calaron tan hondo que, varios siglos después, Suero de Quiñones seguía empeinado en incordiar a todo aquel que quisiera pasar por el Puente de Órbigo.

Obviamente, las lides, en las que se utilizaban armas simuladas, generaban, al margen de alguna muerte ocasional, numerosos heridos, contusos y lesionados; siendo habitual que ningún contendiente saliese del palenque con el mismo número de dientes que aquel con el que había ingresado.

Aprovechando el potencial del mercado emergente, muchos sacamuelas y aprendices de barbero instalaron sus chiringuitos en las proximidades de la liza, y para hacerse competencia unos a otros, exhibían en unas vitrinas colocadas en la parte exterior de sus negocios, a modo de reclamo, las muelas de insignes personajes, en un intento por hacer evidente a los eventuales clientes la profesionalidad del dentista que les iba a atender. Como en cualquier otra actividad comercial, la publicidad era engañosa, porque las piezas bucales expuestas procedían de muertos cuyas bocas habrían ganado uno de esos concursos que tienen por eslogan: *La sonrisa más encantadora*.

En aquella época no había anestesia, y para mantener a los afectados en la poltrona quirúrgica, los matasanos trataban de beneficiarse del ego linajudo de los pacientes. Cuando comenzaban a quejarse mientras les practicaban extracciones u otras reparaciones dentales, les recordaban que eran unos campeones y que no podían lamentarse por una nimiedad como arrancarles un par de dientes con un alicate cuando se habían jugado la vida momentos antes:

¡Venga, venga, señor! ¡Qué van a pensar las damas que os escuchan desde el exterior y que os tienen por un caballero esforzado y muy valiente!

Mula

Casas de tapial de color indefinido, huertos con olor a estiércol y una mancha de álamos polvorientos junto al arroyo. Nada difería del resto de lugares del entorno. A la entrada de la aldea, a la vera del camino, los ancianos se sentaban en un poyo bajo un solitario castaño para ver pasar la vida. Mantenían los ojos semicerrados, como si quisieran minimizar el gasto de energía, y apenas hablaban, pues, ¿qué podían contarse que no supiesen ya? Los únicos acontecimientos que alteraban el curso de su rutina diaria tenían que ver con la aparición de algún forastero, cosa que resultaba bastante inusual, o con la conducta fuera de lo corriente de cualquier paisano susceptible del comadreo pueblerino.

Herminio estaba encantado con la nueva mula torda que había adquirido. El animal era fuerte y lo mismo transportaba una pesada carga de leña que tiraba del arado. No había día que saliese al campo que no la llevase consigo. Normalmente le acompañaba su hijo, un mozalbete de doce años, al que le convenía ir aprendiendo las faenas agrícolas. Una tarde, al volver del trabajo con el sol rozando el horizonte, saludó como de costumbre al grupo de matusalenes que dormitaban apoyados en el banco de piedra. Uno de ellos abrió un ojo con esfuerzo, gruñó algo incomprensible, soltó un gargajo, y a continuación dijo en voz baja:

- *¡Hay que joderse! ¡Van los dos tontos andando y la mula más descansá que si fuese la Duquesa de Alba!*

Aunque lo dijo en un tono muy bajo, para ser escuchado sólo por los miembros de aquel respetable senado, Herminio alcanzó a oírlo y se sintió un pelín dolido por la necia coz. El labrador empezó a cavilar sobre el asunto, en busca de algún subterfugio que evitase ser el blanco del mismo comentario la próxima vez que se cruzase con ellos; y cuando al día siguiente padre e hijo volvían del trabajo, Herminio le dijo a su vástago poco antes de llegar a la entrada del pueblo que se subiese a la bestia.

- *¡A la paz de dios!,* dijo al llegar a la altura de los vejetes.
- *¡Con dios!,* contestaron. Y acto seguido uno dijo por lo bajini: *¡Qué tiempos estos! ¡El padre deslomaio andando y el hijo, en la flor de la juventud, a lomos de la mula!*

Para atajar la cuestión, otro día fue Herminio quien se subió a la mula.

- *¡Madre de dios, el hombre en la mula y la pobre criatura a pie!*

No había manera de solventar la cuestión para complacer a la canosa corte; así que para zanjarla de una vez por todas, se le ocurrió que la siguiente vez entrasen los dos montados sobre el animal.

- *¡Esto no se ha visto ni en vida de mi abuelo! ¡Los dos tíos hechos y derechos y la pobre mula reventá!*

Muñecas

En 1347 Caffa, un enclave comercial genovés en el Mar Negro, fue asediada por los mongoles, quienes, para acelerar la rendición, arrojaron dentro de la ciudad los cadáveres de personas infectadas por la peste con catapultas. Algunos barcos consiguieron salir del puerto y escapar del invasor; pero, sin saberlo, transportaron la enfermedad a bordo hasta Mesina, desde donde se propagó por el Viejo Mundo. La Peste Negra acabó con millones de personas, y, concretamente en Europa, murió aproximadamente la mitad de la población. Hubo ciudades como Florencia donde sólo sobrevivió uno de cada cinco habitantes.

La plaga provocó el caos social (aumento de la criminalidad y revueltas constantes), la ruina económica (abandono del campo, del comercio y de las actividades artesanales), el hambre y la proliferación de las persecuciones religiosas por parte de aquellos que trataban de encontrar un chivo expiatorio; sin embargo, la consecuencia más gravosa fue la pérdida de población, pues sin mano de obra disponible resultaba muy difícil reconducir la situación.

A mediados de 1348 la mitad oriental de la península ibérica ya había sucumbido ante el imparable avance de la epidemia; y sólo los lugares remotos o perdidos entre las montañas lograron escapar gracias a su aislamiento. Entre estos últimos se encontraba un pueblo ubicado a la entrada del Cañón del Río Lobos (que acabaría llamándose Muñecas por las razones que más adelante se expondrán), que, como consecuencia de las leyendas sobre los licántropos y otros seres nocturnos que rondaban por las cercanías, no era frecuentado por foráneos.

Cuando la pandemia cesó, Soria se quedó más despoblada que hoy en día, y en las comarcas adyacentes al Burgo de Osma prácticamente murió casi toda la población femenina; por lo que la monarquía decretó la redistribución de las mujeres jóvenes y sanas de esta localidad por otros municipios y villas de la provincia.

Para compensar a los progenitores por la marcha de las hijas, se levantaron en el pueblo varios talleres de maestros jugueteros a los que se ordenó la confección de réplicas exactas de las jóvenes para serles entregadas a aquellos, con objeto de que pudiesen recordarlas y mitigar en la medida de lo posible la nostalgia que sin duda les produciría el ser privados de sus seres queridos.

El pueblo se llenó de muñecas. Se veían en la plaza, por las calles, en los porches de las casas, a través de las ventanas... Se hizo un número enorme de ellas; y mucho tiempo después, cuando ya nadie recordaba el motivo por el que se habían creado, una gran cantidad de ellas fue adquirida por la Iglesia para vestir las como vírgenes y colocarlas en los altares.

Niebla

Corría el año de 1261 y Alfonso X, deseando consolidar las conquistas realizadas por su padre en el sur peninsular, decidió ponerle sitio a la ciudad, a pesar de que el gobernante musulmán era vasallo suyo.

Cuando Abenmahfot, rey de la taifa, oyó las malas nuevas que le transmitieron los espías que había introducido en la corte cristiana, valoró si entregar la capital o hacerse fuerte. Reunió a los miembros de su séquito y tras escuchar sus opiniones, dispuso que se aprestara la urbe para su defensa. Se llenaron los aljibes de agua, se hizo acopio de toda la comida posible y se puso a resguardo el ganado. Una vez que todo estuvo a buen recaudo, se reforzó la guarnición con tropas traídas del Algarbe y se organizaron cuadrillas para cavar fosos junto a la muralla que dificultasen el asalto. Aún no habían acabado los trabajos, cuando el ejército cristiano se presentó ante las puertas. Tras el parlamento de rigor: *Que si te rindes. Que no. Que mira que va a ser peor. Los cuernos de tu padre...*, las tropas del Rey Sabio levantaron las tiendas y cercaron la plaza.

En un primer momento se lanzaron asaltos turbulentos y desordenados. Las huestes cristianas trataban de ganar las murallas sin la adecuada planificación y una vez tras otra se estrellaban y se veían forzadas a retroceder. Las escalas eran empujadas con horquillas o elevadas con garfios, los proyectiles llovían a espuestas y los hombres que permanecían al pie de los muros se veían expuestos a las piedras y la pez hirviente que arrojaban los defensores por los matacanes. Después de comprobar que la fuerza bruta no sería suficiente, se ordenó el montaje de varias máquinas para destrozarse las puertas de la muralla. Desde las torres del alcázar Abenmahfot asistía impotente al despliegue de las catapultas enemigas. *Y ahora, ¿qué?* – pensó. Estaba absorto contemplando la situación cuando se presentó un guardia para informarle de que el oriental que habían contratado para los preparativos de los fuegos artificiales esperaba en la puerta. Al parecer, deseaba referirle una idea que se le había ocurrido. El chino le habló del espíritu impetuoso de la pólvora. Si se introducía en un tubo a presión y se hacía explotar, podía lanzar un objeto con inusitada violencia a una distancia considerable. Se prepararon unos cilindros de bronce abiertos por una de las bases, y tras cargarlos con grandes bolas de piedra siguiendo las indicaciones del experto, se dispararon contra las máquinas de asedio. Al principio no hicieron blanco, pero después de numerosos intentos, lograron inutilizar los ingenios. La humareda sulfurosa de las múltiples detonaciones acabó por cubrir el campamento cristiano con una niebla acre que asfixiaba a los soldados; por lo que todos los días se disparaban los prototipos de bombarda, forzando a los asaltantes a retroceder y mantenerse lejos de las defensas: *¡Que llega la niebla!, ¡que llega la niebla!*

Por desgracia para Abenmahfot, después de nueve meses ahumando a los enemigos con su caliginosa sustancia, tuvo que rendir la plaza porque sus súbditos no tenían qué llevarse a la boca.

Nieves

Las laderas de las cumbres estaban tapizadas con el verde de los musgos y los helechos todo el año. Las flores, adormecidas por el zumbido de los insectos que revoloteaban por aquí y por allá, le sonreían al sol primaveral; y en otoño, los árboles vestían con sus pardos, rojos, verdes y amarillos las faldas de la sierra. Presidiendo el circo que formaban las montañas, como un director ante su orquesta, se hallaba un tejo milenario. Diez hombres cogidos de la mano no eran capaces de abarcar su tronco y se contaba que sus raíces protegían las almas de los difuntos. Las xanas que cuidaban de los arroyos dormían por la noche entre sus ramas, pues se trataba de un árbol sagrado que nada ni nadie osaba profanar; y los hechiceros recolectaban sus semillas para sembrarlas en otros sitios que consideraban mágicos. Todavía hoy es posible ver alguno de sus descendientes, como el famoso de Bermiego. Este paraje era conocido originalmente como Taxus.

Como ningún cuento dura para siempre, en cierta ocasión acertó a pasar por allí un cura, y viendo que los vecinos le rogaban al tejo para que les concediese una buena cosecha de castañas o para que las vacas parieran terneros sanos, contrató una cuadrilla de leñadores con la finalidad de talarlo. Pasaron quince días y el árbol seguía en pie; y el párroco, reconcomido por las burlas de los municipales, le prendió fuego y encargó que en su lugar se levantase una iglesia.

Después del aciago suceso el cielo se cubrió y comenzó a nevar. Nieve por la mañana, nieve por la tarde, nieve por la noche... nieve a todas horas. El sol no volvió a brillar y la gente comenzó a mudarse a otros lugares. Llegó un momento en que la aldea quedó totalmente abandonada, conociéndose el despoblado como Nieves. El lugar se asilvestró y las cabras montesas volvieron a colonizar el espacio libre de humanos, pues son capaces de encontrar pasto y alimentarse incluso en las condiciones climáticas más adversas. A base de hollar el terreno, los íbices abrieron senderos y dejaron al descubierto el río que nacía en las cimas, llamado desde entonces Carneru, posibilitando que verderones, zorzales y otros pájaros que iban a beber y a buscar la sal que afloraba en las márgenes, dispersaran las semillas de tejo de las que se habían alimentado y que se encontraban presentes en sus excrementos.

Los tejos volvieron a crecer y cuando sus ramas se cubrieron de arillos rojos como el fuego, la nieve desapareció y los hombres pudieron retornar a sus antiguos lares. Por fortuna, en aquel rincón del mundo los seres humanos escarmentaron y, desde su regreso, siempre se mostraron respetuosos y leales con la naturaleza.

Un día unos carboneros que iban por la sierra buscando madera para hacer picón, entraron en el chigre de la aldea y al darse cuenta de la cólera irracional que emanaba de los ojos inyectados en sangre de los paisanos, echaron a correr, dejando los cafés intactos sobre la barra.

Orbita

En el s. IX, en tiempos del Emirato de Córdoba, vivió en la península uno de los mayores genios de la ingeniería de todos los tiempos, Abu I-Qāsim Abbās ibn Firnās. A lo largo de su vida diseñó clepsidras, esferas armilares, planetarios...; pero si destacó en un campo, ese fue el de la aeronáutica.

Frecuentó la corte de Abderramán II, donde era admirado como poeta, astrólogo y matemático; y gracias a su fama, el emir le encargó viajar hacia la frontera para estudiar el trazado de una línea defensiva que permitiese consolidar la Marca Media y frenar las incursiones que empezaban a producirse desde los reinos cristianos del norte.

Durante su itinerario, Firnās acertó a pasar por un campo sobre el que flotaba una miríada de semillas de diente de león y le pidió al capitán de la escolta detenerse en el lugar. Se sentó en una piedra para observarlas detenidamente, y estaba tan absorto contemplando los vilanos, que no se dio cuenta de que empezaba a caer la tarde.

Por fortuna, no lejos del sitio vieron una aldehuela y decidieron encaminarse hacia la misma para pasar la noche. El villorrio lo componían unas pocas casas agrupadas en torno a una pequeña iglesia y estaba habitado por varias familias mozárabes que les hospedaron lo mejor que pudieron. En medio de la cena, Firnās se levantó repentinamente de la mesa, tirando la sopa, y exclamó *¡Yurika!* (o sea, *¡Eureka!* en román paladino), dando comienzo a partir de ese momento una actividad frenética. Ordenó a los soldados que le acompañaban que cosiesen las sábanas de viaje hasta formar un círculo enorme y que a través de unos orificios practicados cerca de los bordes introdujesen unos cordeles largos. A continuación, mandó que ataran los extremos de los bramantes a un tronco mediano de árbol, y cuando todo estuvo dispuesto, él mismo ascendió hasta lo alto de la torre de la iglesia y lanzó el bulto hacia el cielo ante la expectación de todos los habitantes que se encontraban reunidos en la plaza. Tras describir una trayectoria parabólica, el fardo se desplegó y comenzó a descender muy lentamente, provocando la admiración de una joven cristiana que no dejaba de decir: *¡Orbita, orbita!*

Firnās repitió el experimento del paracaídas lanzándose desde una torre cordobesa en el año 852 e.c. y llevó a cabo otras muchas pruebas; aunque hay que decir que no siempre le acompañó la fortuna, pues algún tiempo después, emulando a Ícaro, decidió pilotar un prototipo de ala delta ideado por él, y, tras arrojarlo desde la altura al vacío, se precipitó contra el suelo rompiéndose las dos piernas.

Patones

Hasta mediados del s. XVIII Patones tuvo rey. Resulta bien conocida la anécdota según la cual uno de ellos le escribió una carta a Felipe II cuyo encabezamiento rezaba: *Del Rey de Patones al Rey de España*. El modo de vida autosuficiente de sus gentes y la zona montañosa en la que se asienta el pueblo, lejos de rutas comerciales, lo mantuvieron en una situación a caballo entre el olvido y la indiferencia del resto del mundo, favoreciendo la pervivencia de la institución monárquica a lo largo de los siglos.

Con todo, lo más interesante era el sistema que empleaban los habitantes para elegir al nuevo rey cuando fallecía el anterior, pues en lugar de solucionarlo por medio de las armas, como acontecía (y aún sigue aconteciendo) en otras partes del globo, en el caso concreto de este pueblo la cuestión se decidía por medio de un torneo de balompié. Esa es la razón de que el gentilicio aplicable a los residentes sea el de patoneros; es decir, los que patean la pelota.

Los ingleses siempre están sacando pecho con el asunto de la invención de este deporte. Que si *football* por aquí, que si *soccer* por allá...; pero, chanfainas aparte, los antepasados de los actuales vecinos fueron los primeros que disputaron encuentros con una pelota entre los pies. De hecho, el explorador italiano Pigafetta, superviviente de la expedición Magallanes-Elcano que circunnavegó el planeta, conoció este pasatiempo durante su estancia en España y lo dio a conocer en Italia, convirtiéndose en el antecedente del calcio florentino.

Las reglas del torneo eran claras. Cada familia formaba un equipo en el que sólo podían jugar los miembros del clan, de forma similar a lo que sucede hoy en día con el Athletic Club de Bilbao. El problema se producía a la hora de confeccionar las alineaciones; ya que muchas veces los matrimonios entre parientes cercanos impedían distinguir con claridad a qué estirpe pertenecía cada jugador. En estos casos, los maridos se veían forzados a ingresar en el equipo que decía la mujer. Una vez solucionadas estas minucias, se jugaba una ligüilla en la que resultaban eliminados aquellos clanes que perdían su respectivo partido, hasta que sólo quedaba uno.

Finalizado el torneo, todo el pueblo se reunía en asamblea y el cabeza de familia del clan ganador era entronizado como Rey de Todos los Patoneros. El momento principal de esta ceremonia tenía lugar cuando se coronaba al nuevo monarca con la pelota (confeccionada con una vejiga de cerdo rellena de hierba) utilizada para disputar los encuentros; tras lo cual, el recién nombrado soberano tenía la obligación de invitar a unas birras a sus súbditos-vecinos.

Piedrafita del Cebrero

En el mundo antiguo la Península Ibérica era considerada como el Lejano Occidente, la última tierra por la que era posible vagar antes de que diese comienzo el mar tras el que se ocultaba el Sol. Dicha situación geográfica poseía además otras connotaciones, pues en el pasado el ocaso se asociaba habitualmente con la morada de los muertos. Lo señalado anteriormente fue la razón de que Hércules se viese obligado a errar por la Piel de Toro para completar alguno de sus famosos trabajos; ya que además del robo del ganado de Gerión, tuvo que sustraer las manzanas del Jardín de las Hespérides, que se encontraba en algún lugar del Oeste remoto.

Durante su prolongado periplo, Hércules encontró en este lugar de Los Ancares una sima que permitía introducirse en el Hades con facilidad. Esta circunstancia le vino como anillo al dedo posteriormente, porque, tras haber capturado a Cerbero, fue tan profundo el afecto que comenzó a sentir por el can, que; aunque el acceso al inframundo a través de la gruta de Ténaro le fue vedada por el dios de los infiernos, el semidiós decidió utilizar la caverna descubierta en Poniente para llegar hasta él y sacarlo a pasear.

Daba gusto ver a Hércules jugar con su perro y lanzarle peñascos de una tonelada para que se los trajera. El único inconveniente radicaba en que cada vez que Cerbero abría las fauces provocaba unos incendios del carallo, y los aldeanos de los alrededores acabaron hasta las narices de tener que apagar el fuego una y otra vez; así que convocaron una asamblea, y tras muchas deliberaciones, se decidió acarrear un menhir o piedrahita que había cerca del caserío hasta la cueva y taponar su entrada, de modo que se acabase la rabia, aunque no hubiese muerto el perro.

Cuando el héroe, que se las prometía muy felices, se encaminó de nuevo hasta la boca por la que se accedía al Averno para encontrarse con su mascota, se encontró con un poste de granito inmenso embutido en la entrada.

Se pasó un año entero machacando el mojón infructuosamente con mazas que se pergeñaba con los robles centenarios que arrancaba por las inmediaciones; pero, considerando que empezaba a ser el hazmerreír de los lugareños y que el fracaso acabaría llegando a oídos de los dioses, decidió volver a Grecia, donde poder realizar otras hazañas más sencillas que le otorgasen el prestigio suficiente como para conquistar a Hebe, la diosa de la eterna juventud.

Pobla de Mafumet

Un día del mes de noviembre de 1307, con las últimas luces de la tarde, unos jinetes hicieron acto de presencia en la aldea. Todos ellos parecían cansados. Su aspecto, entre eclesiástico y militar, infundía respeto: luengas barbas, cabezas rapadas, cotas de malla y espadas largas bajo los mantos y briales con los que se cubrían. Sin duda se trataba de caballeros templarios.

Meses antes de que el rey Felipe IV de Francia promulgase el decreto de prisión para todos los miembros de la Orden, el gran maestro Jacques de Molay, viéndolo venir, había acordado con el rey Jaime II el asilo de los caballeros en tierras aragonesas.

Ambos habían decidido transformar la Orden del Temple en la de Montesa, cuya principal misión consistiría a partir de ese momento en la lucha contra los infieles de Al-Ándalus para evitar así suspicacias; y trasladar el tesoro templario a este villorrio perdido de dios por tratarse de un lugar idóneo que no figuraba en ningún mapa.

La joya de la corona de este tesoro era una escultura de Bafomet de dos metros de altura hecha de oro puro y cubierta de piedras preciosas. A pesar de todas las estupideces que se habían dicho durante el proceso promovido por el monarca francés (sodomía, herejía, idolatría...), cuya razón de ser no era otra que la de sanear sus finanzas, pues le debía al Temple unas cantidades de dinero a las que no podía hacer frente, Bafomet representaba a Moisés, un profeta al que los monjes habían aprendido a valorar durante su estancia en Tierra Santa.

Se trataba de una figura de factura oriental, similar a una escultura egipcia, dotada de cuernos, tres rostros (pues le rendían devoción los creyentes de las tres religiones del Libro y para los cristianos representaba la Santísima Trinidad) y ornada con la típica barba faraónica.

En un primer momento decidieron llamar al pueblo Guardia de Mafumet; o sea, el lugar donde se custodiaba la figura de Bafomet; pero les debió de parecer que cualquier persona que tuviese dos dedos de frente sería capaz de deducir lo que allí se escondía; por lo que decidieron nombrarlo con el término habitualmente utilizado durante la edad media para designar las villas de nueva creación: pobla.

Hoy en día, si se pregunta a los vecinos por el famoso tesoro, ponen ojos de conejo deslumbrado; y uno nunca sabe si realmente desconocen su existencia o si se hacen los tontos para no revelar al extraño el lugar de su verdadera ubicación.

Porreras

Ya en el primer milenio antes de nuestra era existían varios asentamientos humanos cerca del actual burgo. Por aquel entonces la gente vivía en poblados amurallados cuya seguridad dependía de la vigilancia que se llevaba a cabo desde unas torres denominadas talayots y de la habilidad de los lugareños para acertarle con una piedra a cualquiera que se acercase a menos de cien metros sin avisar de sus intenciones. No en vano, los baleares tenían fama de ser los mejores honderos y fueron contratados por las grandes potencias militares de la época como si se tratase de las estrellas del fútbol actual.

Como en otras partes del Mediterráneo, el culto a la diosa madre se mantuvo en esta tierra incluso tiempo después del advenimiento del Cristianismo. Como consecuencia de ello, en algunos lugares de la isla pervivieron sociedades matriarcales, y en otros, como en el caso que nos ocupa, el culto religioso y los rituales de fertilidad siguieron estando en manos de las sacerdotisas del poblado.

Según relatan algunos escritores romanos del s. II a.e.c., las hechiceras de la aldea, además de preparar sahumerios con distintas hierbas, se las fumaban durante las ceremonias que se celebraban para pedir a la divinidad cosechas fecundas y prosperidad. Los cigarros que liaban poseían tal tamaño, que los autores latinos los describen como si fuesen puerros (*porrum* en singular), denominando posteriormente a las chamanas como *las de los puerros - porrorum*, de donde procedería el sustantivo *porreras*.

De entre los citados escritores destaca la figura de Polibio, quien aprovechó su viaje a Hispania como reportero durante la Guerra Celtibérica, para hacer escala en Maiorica y poder escribir un bestseller con las observaciones que realizó sobre las costumbres y usos locales. Según él, además de usar adormidera y beleño durante los ritos, las maestras de ceremonias preparaban unos canutos de cannabis (mezclado en ocasiones con marrubio, artemisa, menta o hierbabuena), cuyo humo inhalaban mientras comían orejones de albaricoque entre calada y calada.

Los hippies que llegaron a la isla durante los años sesenta del siglo pasado se sorprendieron sobremanera al enterarse de que, mucho antes que ellos, las mujeres del terruño le daban a la maría. La noticia corrió de boca en boca y; aunque no es posible evaluar la importancia y el alcance de la misma, lo cierto es que una década después se produjo el famoso *boom* del turismo.

Quintana y Congosto

En tiempos de la reina Constanza había dos familias que pastoreaban por la zona. Sus miembros se odiaban con una intensidad como sólo es posible descubrir entre vecinos, a pesar de que nadie podía recordar cuándo habían comenzado las rencillas, porque el conflicto se remontaba muchas generaciones atrás. Cada clan se mantenía, debido a la fuerza de la costumbre, a uno y otro margen del arroyo que dividía el pastizal en dos; y bastaba con que una res ajena traspasase el riachuelo, para que se liase una batalla campal. En realidad, aquellas tierras no eran propiedad de nadie. De hecho, por no pertenecer, no le pertenecían ni al rey.

Un día se encontraron frente a frente, cada cual en su orilla correspondiente, Quintana y Congosto. La niña tenía por nombre Ana, pero como era la quinta de cinco hermanos y en su tribu había ya muchas Anas, sus padres la llamaron así desde pequeña. En cuanto a Congosto, el apelativo se lo puso su madre por haberle parido en una quebrada durante la trashumancia. Los dos se quedaron mudos, sin saber qué hacer. Lo normal habría sido ponerse a gritar, insultarse o comenzar una drea; sin embargo, ambos se sonrieron y siguieron mirándose de soslayo hasta que llegaron a sus respectivos campamentos.

A partir de ese día, los jóvenes se buscaban con la mirada en la distancia y si uno se acercaba al regato, el otro se aproximaba con cualquier excusa. Durante uno de aquellos encuentros simuladamente fortuitos, comenzaron a hablar. Empezaron preguntándose sus nombres y acabaron en el centro del cauce riéndose con las chanzas e historias que se les ocurrían. La experiencia se repitió muchas veces hasta el día en que un familiar los descubrió y se armó la marimorena.

- *¡El pollaboba ese, que nos quiere desgraciar a la niña!*
- *¡Esa lagartona harta de ajos que nos quiere arrebatarse al niño!*

La necesidad general motivó que los jóvenes se pusieran de acuerdo para escapar juntos y vivir en las profundidades del bosque, lejos de sus allegados.

La suya fue una vida larga y feliz; y cuando fallecieron, la multitud de hijos que habían tenido se encaminó de vuelta hacia las tierras bajas para buscar pareja. Como no entendían de lindes, fronteras ni demarcaciones; y su sangre era de los dos lados y de ninguno al mismo tiempo, se mezclaron indistintamente con personas de ambas familias, provocando con ello la unificación tribal y el fin de la discordia territorial.

El transcurso del tiempo le proporcionó un tinte legendario a la historia de estos dos pastores, que se convertiría en el germen de futuras églogas y demás literatura pastoril.

Retuerta del Bullaque

Allá por mil quinientos y pico nació en el seno de una familia campesina una niña a la que bautizaron como Leandra. Desde pequeña ayudaba a sus padres en las tareas del campo; y un buen día, mientras se encontraba vareando un olivo, un meteorito impactó contra el árbol y parte de la roca junto con las ramas y astillas le golpearon en el rostro. A raíz del leñazo se le descompuso la mitad izquierda de la cara, aunque el ojo se llevó la peor parte, pues quedó tuerta. Unos tíos suyos habían oído que mucha gente acudía a los manantiales que había cerca de Villarrubia de los Ojos para curar afecciones de la vista, ya que, al parecer, las aguas del río Guadiana que resurgían allí tras haberse sumergido cauce arriba, poseían propiedades curativas; así que, en compañía de su madre, dos tías beatas y una prima que había profesado, marchó de rodillas hasta llegar al lugar. La peregrinación tuvo su recompensa, pues al cabo de varios días lavándose el ojo enfermo, recuperó la visión. La historia causó la admiración de propios y extraños, y durante algún tiempo se convirtió en la comidilla del lugar. Fue tal la celebridad que adquirió, que inclusive fue visitada por miembros de la Curia romana que deseaban conocer los pormenores del asunto. Aprovechando el tirón, los padres, que carecían de posibles y además eran conscientes de que la hija lo tendría difícil para encontrar marido, como consecuencia del rostro desfigurado, la convencieron para que ingresara en un convento que habían fundado las clarisas en Alcázar de San Juan, donde tomó el nombre de Sor María Monoftalma. Aunque a Leandra no le quedó otra, pues como dice el refrán, a la fuerza ahorcan, la vida de clausura no estaba hecha para ella. Acostumbrada a la vida al aire libre y a relacionarse espontáneamente con todos los demás, los hábitos la asfixiaban. Había sido educada desde pequeña para convertirse en mujer y madre de campesinos, y se sentía frustrada por la deriva que había tomado su existencia. Finalmente terminó encontrando consuelo en la cocina; aunque no de la forma que cabría esperar. La madre superiora le encomendó que ayudase a la hermana Inés, que ya estaba mayor, con la elaboración de dulces; y como uno de los ingredientes básicos era el aguardiente y había en abundancia, le dio por trasegar más de lo que era aconsejable. A consecuencia de lo dicho, una mañana se despertó ciega del ojo derecho. Cuando las monjas se enteraron, comenzaron a rezar por turnos ininterrumpidamente para que Sor María recobrase la vista; y, ya se debiese a la intervención divina o a que tan sólo se trató de una ceguera temporal provocada por una subida de tensión, la cuestión es que Leandra recuperó la visión. La hermana olía a santidad, pues dos veces había quedado tuerta, y en ambas se había curado; sin embargo, lo que había percibido en multitud de ocasiones la superiora era la cetoacidosis alcohólica de la novicia. Para evitarse problemas a futuro, pues la popularidad de Sor María podía llegar a socavar su autoridad, le concedió licencia para que marchase a su pueblo para cuidar de sus ancianos padres. Además, le entregó un crucifijo bendecido por el Papa que convertía cualquier líquido en Néctar de Jerusalén, junto con un documento que la autorizaba a vender el producto, elaborado a partir de entonces con el agua del Bullaque.

Riosalido

Siempre que alguna jovencita se quedaba embarazada, el discurso era el mismo: *La culpa es del río. Yo estaba bañándome en sus aguas y, de repente, su espíritu me poseyó.* Mientras los progenitores le gritaban que se dejase de pamplinas y les dijese quién cojones era el padre para intentar solucionar el asunto, las ancianas que escuchaban la bronca se sonreían recordando sus tiempos mozos.

La idea de que el río poseía alma estaba muy arraigada entre los lugareños y, debido a que su caudal era muy irregular, a veces se realizaban rituales para propiciar su incremento. Durante el estiaje apenas si llevaba agua; pero cuando llegaba la primavera llovía en abundancia y el cauce se desbordaba. Había años en los que las lluvias se retrasaban, y entonces, se efectuaban ritos de fecundidad que consistían básicamente en que las mujeres se despelotaban y se introducían en el río con objeto de animarle. El ceremonial no siempre funcionaba, pues las más de las veces no conseguía que el cielo se cubriese de nubes y lloviese; pero era promovido e invocado principalmente por los hombres, porque constituía una buena ocasión para observar a escondidas a las mujeres.

No faltaban las leyendas de que en tal o cual ocasión alguna mujer se había encontrado con el mismísimo Bormánicus, el dios de las aguas. Entre las más célebres se encontraba la de Alia. La joven doncella se había acercado al río de noche a darse un baño, porque el calor no le permitía dormir. Estaba nadando plácidamente cuando algo pasó a su lado rozándole las piernas. Ella se sobresaltó y permaneció quieta, y momentos después asomó a la superficie un delfín de color esmeralda que le dijo que era el dios y que la había elegido para perpetuarse. Ambos hicieron el amor y varios meses después el vientre de la joven aumentó considerablemente de tamaño, mostrando con claridad que estaba encinta. Su familia no creyó la historia; pero, cuando llegó el momento del parto, quienes la asistían se quedaron boquiabiertos al comprobar que de la joven nacían unos peces verdes con brazos y piernas, que arrojaron al río.

Dentro del repertorio de relatos que se contaban al amor de la lumbre, no faltaba nunca el del Loco Pitre, mote por el que se conocía al señor cura. La sequía se prolongaba más de lo normal y los mayores pensaron que había que contentar al río. Cuando el sacerdote vio a las mujeres desnudas sobre el lecho del arroyo, se puso hecho una fiera. Comenzó a gritar que aquello eran prácticas paganas y que eran unos impíos, e interrumpió la ceremonia persiguiendo a las mujeres con una estaca de acacia en la mano. Fruto de su actuación, o de la mera casualidad, comenzó a diluviar sin parar y el agua fue subiendo y subiendo, amenazando con inundar la aldea. El cura, emulando a Noé, ordenó a los habitantes que fabricasen una nave con los maderos de los corrales y la anclaran al suelo. El arca mantuvo a salvo a las familias y a los animales domésticos; pero, como el nivel no bajaba, el cura les pidió a las mujeres que se echasen al agua como dios las trajo al mundo, para que aquel dichoso Bormánicus del que hablaban se apaciguase.

Rubí de Bracamonte

Antonio de Bracamonte fue un soldado que combatió en Flandes. De vuelta en España, camino de su Ávila natal, coincidió con Alonso Quijano, más conocido como D. Quijote, y con Sancho Panza, su criado, como compañeros de viaje. Enseguida coligió, por los disparates que oía salir constantemente de sus bocas, que tanto el Caballero de la Triste Figura como su fiel escudero habían perdido el juicio; sin embargo, después de tantos pesares sufridos durante el tiempo de milicia, consideró que no estaría de más seguirles la corriente y divertirse escuchando semejante retahíla de dislates. Cerca de Sigüenza, mientras atravesaban un pequeño chaparral, oyeron una voz de mujer que pedía auxilio. Los tres abandonaron el sendero por el que transitaban y se dirigieron hacia el sitio del que provenía la voz, con la finalidad de averiguar la razón de aquel alboroto. Al llegar a un claro, se toparon con una mujer desnuda atada a una encina y D. Quijote, mirándola con arrobó, señaló que se trataba de la reina Zoraida. Bracamonte se acercó para socorrerla, y cuando la estaba desatando reconoció a Bárbara la de la Cuchillada, una prostituta con la que había tenido trato y que ejercía en la calle de los Bodegones de Alcalá de Henares; por lo que le indicó al caballero que pensaba que se confundía de persona; mas, como D. Quijote perseveraba en lo tocante a la identidad de la dama, el exsoldado decidió no contradecirle. Después de darle algo de ropa con la que cubrirse y facilitarle el rucio de Sancho, los cuatro prosiguieron hasta una venta en la que pasar la noche. Tras la frugal cena, pues todos andaban mermados de dineros, cada mochuelo se fue a su olivo. Antonio, que se encaminaba hacia el aposento de Bárbara con la intención de recordar viejos tiempos, percibió un resplandor verde que salía por debajo de la puerta de la habitación donde se encontraban los dos majaderos y un murmullo que aumentaba de volumen. De repente, la puerta se abrió y pudo ver recortado contra el fulgor glauco a D. Quijote apuntando con su lanza a un jayán al que llamaba Bramidán de Tajayunque y medio cuerpo de Sancho que asomaba bajo la cama. Los contendientes comenzaron a embestirse montando una bronca monumental, y cuando el gigante estaba a punto de despachar a D. Quijote, el de Bracamonte desenvainó su espada y le acertó al coloso en el rostro, momento en el que todo quedó a oscuras y en silencio. Sancho, todavía tembloroso, encendió un candil; y Antonio, que no acertaba a comprender lo que acababa de presenciar, tropezó con un rubí del tamaño de un puño. D. Quijote le dio las gracias por su ayuda y le cedió gentilmente la joya como botín de guerra, tras informar a Bracamonte de que se trataba de uno de los ojos del titán al que acababa de golpear, el cual había sido enviado por su archienemigo el mago Frestón para secuestrar a Zoraida.

El pedrusco le sirvió a Antonio para adquirir las tierras donde se alza actualmente el municipio; pero hasta el día de su muerte se estuvo preguntando si las aventuras que escuchó de aquellos que había considerado como necios no habrían ocurrido de verdad.

Salamón

Corría el s. VI de nuestra era y el rey Leovigildo andaba obsesionado con unificar los territorios de la vieja Hispania bajo su corona. Batalló con bizantinos en el sur y con cántabros y vascones en el norte; pero, si había alguien a quien le tenía ganas de verdad, esos eran los suevos, pues llevaban mucho tiempo ya tocándole los belongings.

Convocó a sus consejeros para informarles de la guerra que tenía prevista, y tras escuchar atentamente las palabras del rey, pues a Leovigildo le molestaba sobremanera que le interrumpiesen, Gilelgordo, el chambelán, le sugirió llevar consigo el Arca de la Alianza durante la campaña, para contar con el favor de dios.

Esta reliquia era el único vestigio que quedaba del tesoro que en su día se encontraba en el Templo de Salomón. Dicho tesoro había ido pasando de mano en mano constantemente (saqueo de Jerusalén por parte de Tito, incursión en Roma liderada por Alarico...), hasta que desapareció casi por completo durante la derrota que sufrió el rey Agila cerca de Córdoba en el año 551 e.c., ya que los monarcas godos tenían por costumbre viajar con todos los caudales, pues no se fiaban un pelo de la levantisca nobleza.

Reunidos los hombres, Leovigildo se encaminó hacia el noroeste, hacia la Galicia de los suevos; pero como el conde que iba en vanguardia abriendo camino no estaba muy versado en geografía, el ejército anduvo perdido dando vueltas por tierras leonesas durante varias semanas. Al atravesar unas montañas que encontraron a su paso, fueron atacados por los lugareños. Estos llevaban varios días observando al ejército que se aproximaba, y como marchaba con tanta decisión hacia ellos, pensaron que iban a ser atacados; por lo que se apostaron en la parte alta de un paso angosto, y cuando los hombres de Leovigildo estaban cruzándolo, les arrojaron encima hasta la madre que los parió. El caos que se produjo fue tal, que el Arca de la Alianza se despeñó por un acantilado junto con el carro que la transportaba. El rey ordenó poner pies en polvorosa y abandonar la garganta a uña de caballo; aunque sólo cinco hombres, además de él mismo, disponían de montura, razón por la que el grueso del ejército sudó tinta china para salir del cañón. Cuando los soldados se encontraron fuera del desfiladero, se hizo recuento de las bajas y se evaluó la situación. El rey, al que acompañó la pesadumbre durante toda la campaña por haber perdido el Arca, mandó llamar de inmediato al cartógrafo y le ordenó que registrara el lugar donde había caído la joya de la corona, por si en algún momento era posible volver para recuperarla. El funcionario, que no era muy ducho en latines, extendió un pergamino donde apenas figuraba nada, mojó la punta del cálamo en un tintero, y tras dibujar una gran equis, escribió con esfuerzo mientras le asomaba la lengua entre los labios: *Lo del Salamón.*

Santa Perpetua de Moguda (Santa Perpetua de la Movid)

Hasta donde los ancianos eran capaces de recordar, a los muertos siempre se les había depositado en los túmulos de piedra que se encontraban a los lados del camino. La ingente cantidad de montículos que cubría la llanura hablaba por sí sola del tiempo que se llevaba practicando ese tipo de enterramiento; sin embargo, desde que los charnegos procedentes del norte habían hecho acto de presencia, la tradición se había visto alterada.

Estas gentes incineraban a sus difuntos y colocaban las cenizas en unas urnas que posteriormente enterraban en la tierra, contaminándola. Aquella forma de actuar resultaba blasfema e incomprensible para los más ortodoxos. Además, ¿cómo narices iban a transitar los finados la senda que llevaba al más allá, si carecían de cuerpo?

Con todo, lo peor no era que los cadáveres se quedasen vagando eternamente entre ambos mundos al no poder acceder al jardín de los antepasados; sino que los inmigrantes habían corrompido las costumbres, pues en lugar de guardar luto por los fallecidos, como era lógico entre gente de bien, montaban unas orgías funerarias de la hostia y se ponían hasta las trancas de hidromiel, con el consiguiente efecto llamada para los más jóvenes.

Las consecuencias de todo ello no tardaron en manifestarse. Las nuevas generaciones comenzaron a cuestionarse los viejos rituales (como el de pasarse un año entero cubierto de mierda de perro y ceniza en señal de duelo) y, pensando más en el *carpe diem* que en el *tempus fugit*, acabaron montando botellones todos los días sin necesidad de que hubiese funeral de por medio.

Se acabaron los duelos, los quebrantos y demás aflicciones.

Tan sonadas llegaron a ser las bacanales que se organizaban en el poblado, que las gentes del contorno acudían allí cada luna llena para evadirse de los problemas diarios: los laborales con los que les abrumaban los caciques y caudillos, los domésticos causados por las mujeres que compraban por capricho pasajero y que se acumulaban en la choza, los familiares por los repartos de las herencias...

Las celebraciones fueron adquiriendo entidad y se convirtieron, tres mil años antes de la famosa Movid Madrileña, en una fiesta permanente de índole internacional a la que denominaron la Moguda Perpetua.

Serranía

Durante el medievo abundaban las serranas que vivían con su ganado en las praderas alpinas. En algunos casos se trataba de mujeres que habían enviudado o quedado huérfanas, a las que no había quedado más remedio que hacerse cargo del negocio familiar; y en otros, de mozas que por los más variopintos motivos se habían alejado del mundanal ruido: madres solteras, condenadas por herejía, despreciadas por ser mal parecidas... La suya era una existencia muy sacrificada, pues además de tener que cuidar del ganado todos los santos días, sus condiciones de trabajo se desarrollaban en un entorno extremo e inhóspito. Eran mujeres tan curtidas y duras como las breñas y el clima a los que estaban acostumbradas.

Todo lo anterior contribuyó a alimentar la leyenda que las consideraba como una especie de machorras, taimadas y zafias, que se aprovechaban de los viajeros desorientados para asaltarlos por sorpresa o darles muerte mientras se encontraban cruzando algún paso de montaña.

El Arcipreste de Hita habla de estas pastoras como si fuesen auténticos monstruos, que obligaban a los caminantes con los que se topaban a mantener relaciones sexuales como pago por darles cobijo o comida. Por su parte, el Marqués de Santillana, que siempre se sintió en deuda con la Vaquera de la Finojosa, pues le acogió durante un temporal, escribió sus afamadas serranillas para trocar la imagen absurda que se había creado en torno a las zagalas y mostrarnos su humanidad y belleza.

Durante la edad moderna esta forma de vida ya había presentado claros síntomas de encontrarse en vías de extinción y recibió el golpe de gracia con la ejecución de Gila Giraldo, la Serrana de la Vera, una mujer despechada que había decapitado a un sinnúmero de viajeros, tras emborracharlos y yacer con ellos. Estos sucesos motivaron que se promulgase una Ordenanza Real cuya finalidad no era otra que eliminar el pastoreo de las serranas y con ello la peligrosidad que suponía su presencia en los espacios silvestres. El texto legal establecía su reinserción en la sociedad, poniendo fin a su vida errática y agreste mediante la creación de una colonia donde acoger a las que todavía se encontrasen activas, *para la paz y mayor descanso del Reino y sus súbditos*.

Dicha colonia no fue otra que Serranía, la patria de las serranas.

Se concedió a las mozas radicadas en el asentamiento casa y algo de tierra, y, para hacerles más grata su *estabulación* y evitar que volvieresen a las andadas, se ordenó asimismo que se sedentarizase allí a los miembros de otro grupo también estigmatizado, el de los zahoríes.

El proyecto fue todo un éxito, y al cabo del primer mes se produjeron cuatro matrimonios de serranas con rabadomantes, a saber: La Chata de Quebradanegra con Cellisco, Trasíbula la del Empeñao con Niño Pucheros, Bellida Centolla con El Remilgao y Gacha Retinta con Cipote de Guadarrama.

Setenil de las Bodegas

Sabemos que la Primera Guerra Púnica acabó con la victoria de Roma sobre Cartago. Los cartagineses, gracias a su larga tradición marinera, comenzaron la contienda dominando el mar; pero la perseverancia romana (siempre fueron capaces de construir una nueva flota cuando perdían la que tenían) se acabó imponiendo. Los púnicos tuvieron que abandonar sus posesiones en Sicilia, Cerdeña y Córcega, así como pagar una cuantiosa suma como indemnización de guerra; lo que motivó que la República Cartaginesa encargase a Amílcar la conquista del sur de la Península Ibérica para llenar las arcas del estado; puesto que las riquezas de Tartessos (la Tarsis del Antiguo Testamento) y la feracidad del valle del Betis gozaban de fama milenaria.

El general cartaginés desembarcó en Gadir, que había sido fundada por sus primos fenicios setecientos años antes, y desde allí dio comienzo a la conquista de El Dorado del mundo antiguo. Amílcar fue derrotando y sometiendo a todos aquellos con los que se encontró: túrdulos, turdetanos, oretanos, bastetanos... y cuando llegó a tierras albaceteñas, le apiolaron. Es probable que el carácter aguerrido de los indígenas diese pie al famoso dicho *En Albacete, caga y vete*, en clara alusión a las escasas posibilidades que existían de obtener algo de ellos.

Durante la campaña, uno de los enclaves que se convirtió en un hueso duro de roer fue un pueblo encajado en un risco. A su condición de inexpugnable, con una fortaleza rodeada de murallas ante las cuales se abría el abismo, había que añadirle la circunstancia de que el cerro sobre el que se asentaba estaba horadado por innumerables cuevas que habían sido acondicionadas por los habitantes como bodegas y silos donde se conservaba una enorme cantidad de víveres. Como asaltar las defensas resultaba inviable y rendir por hambre a los lugareños no parecía sencillo, el comandante Seténil, padre del general Bomílcar (que acompañaría a Aníbal en su expedición a Italia durante la Segunda Guerra Púnica), habiendo sido testigo de lo fiesteros que eran los locales, decidió conquistarlos por otra vía. Como muestra de buena voluntad mandó embajadas de manera reiterada a los jefes del poblado invitándoles a los saraos que tenían lugar en el campamento cartaginés, con comida exótica especiada, buen vino y bailarinas africanas de lujuriosas caderas. La estratagema dio sus frutos, pues los caciques quedaron tan satisfechos con las celebraciones, que se avinieron a firmar un pacto de amistad con Amílcar y hasta le cambiaron el nombre al lugar por el del comandante. Aunque siempre que se habla de la introducción de la tríada mediterránea en la Península (trigo, aceite y vino) se menciona a Roma, en lo que a esta localidad se refiere, las primeras viñas que se plantaron procedían de África.

Por otra parte, las mujeres, bulliciosas y alegres por naturaleza, superaron con creces a las maestras danzarinas númeradas, y, con el transcurso del tiempo, la localidad se convertiría en uno de los principales focos suministradores de las renombradas puellae gaditanae, que constituían el alma de las orgías romanas con sus cimbreantes meneíto pélvicos.

Siete Iglesias de Trabancos

Varias vecinas más la partera rodeaban a la joven. La habitación emanaba un aroma ácido y dulzón, mezcla de sudor femenino, orines, sangre, trapos sucios y el olor a pan caliente que desprende todo recién nacido. La parturienta, que no era primeriza, había comenzado a dar a luz a las cuatro de la tarde del día anterior y eran las siete de la mañana. Ya habían nacido cinco criaturas, y cuando la madre estaba a punto de perder el conocimiento entre gemidos ahogados, por fin asomó la cabeza de la sexta y última. El nacimiento de las sextillizas (pues todas fueron hembras) se convirtió en todo un acontecimiento. En primer lugar, porque el hecho de que la madre hubiese sobrevivido al alumbramiento era considerado ya de por sí un milagro; y en segundo, porque nadie, ni siquiera entre los más ancianos, recordaba haber escuchado nunca nada semejante a aquel nacimiento múltiple.

Las jóvenes fueron creciendo; pero allá donde se encontrasen, ya fuese la escuela, en misa o mientras trabajaban en el campo, iban agarradas o cogidas de la mano unas con otras formando un enjambre en el que no era posible distinguir las individualmente. Eran inseparables y mostraron siempre tal cohesión, que parecían siamesas. Cuando cumplieron doce años comenzó a propagarse el rumor de que desprendían un aroma celestial; pero como no era posible encontrárselas por separado, la gente no sabía si aquella fragancia floral procedía de todas, de algunas o tan sólo de una de ellas.

Una tarde, mientras iban de camino a Tordesillas para visitar a una prima suya, la tormenta las sorprendió en medio del infinito horizonte castellano. No había aprisco a la vista ni lugar donde buscar asilo y todo lo que pudieron hacer fue estrecharse entre sí y marchar rápidamente. El cielo se encendía y apagaba; y, de repente, un rayo las golpeó. Al ir pegadas, la corriente atravesó todos y cada uno de los cuerpos, haciendo que se desplomasen inertes sobre el suelo. Además, la pequeña que recibió el impacto quedó partida en dos mitades carbonizadas. La vida de los padres se hizo añicos; sin embargo, los lugareños entraron en trance, y en lugar de respetar el duelo y la voluntad de los progenitores, comenzaron a batallar por hacerse con alguna de las niñas, cual si de reliquias se tratase, pues querían tener una santa enterrada en su parroquia. Resultaba extraño ver a los vecinos de los distintos barrios peleando y disputándose los cadáveres de las difuntas. Se llegó incluso a organizar guardias para obstaculizar la entrada a los templos (a los que se denominó Atrabancos), porque los paisanos aprovechaban cualquier descuido para asaltar la iglesia de la barriada vecina y robar el cuerpo que allí yaciese. Al final, las aguas volvieron a su cauce. Cinco de las siete iglesias con que contaba el pueblo se quedaron con una niña cada una y las otras dos tuvieron que conformarse con compartir la mitad de la que había recibido el impacto. Aunque, a priori, estas dos resultaron las más desfavorecidas, hoy en día son las únicas que siguen en pie; por lo que no resultaría desacertado concluir que han recibido la bendición de la única adolescente tocada por la mano de dios o el relámpago divino.

Sobrescobio

En 1185 el rey Fernando II de León cedió la fortaleza de Villamorey a la Orden de Santiago. Los caballeros eran los encargados de proteger a los peregrinos que realizaban el Camino y resultaba lógico que dispusiesen de castillos y cuarteles para poder realizar su trabajo; sin embargo, el monarca utilizó ese subterfugio para encargar al Gran Maestre de la Orden que investigase el posible asesinato de su padre, Alfonso VII, sucedido cuarto de siglo antes.

Cuando éste regresaba del sitio de Almería en 1157, tras haber intentado reconquistar la ciudad que había caído en manos de los almorávides, se indispuso súbitamente mientras atravesaba el paso del Muradal y murió a la sombra de una encina en extrañas circunstancias. Según le había contado Guzmán de Carbajalas, alférez y hombre de confianza de su padre, la noche antes de que se produjese la muerte del rey Alfonso se habían visto unas sombras montadas en escobas sobrevolando el campamento real. El oficial ordenó a varios hombres que preparasen una trampa con redes, y al cabo de un rato aparecieron dos soldados con una vieja que, según contaban, se había estrellado contra el aparejo junto con un escobón de retamas. Como era parca en palabras, le habían atizado algún que otro mamporro mientras le preguntaban por su identidad, pero sólo había dicho una palabra: Sobrescobio. No hubo tiempo para interrogarla más a fondo, porque, de manera sospechosamente rauda, se habían presentado miembros del clero reclamándola y le prendieron fuego sin tan siquiera mediar un juicio sumario. Sólo después de la muerte del monarca, a la mañana siguiente, el alférez comprendió que todas las circunstancias podían estar relacionadas; aunque no tenía forma de probarlo.

El Gran Maestre puso a sus hombres a investigar, y, después de varios meses de duras pesquisas, consiguieron ganarse la confianza de los lugareños, quienes les informaron de la existencia de unas brujas que celebraban sus conciliábulo por la noche mientras se mantenían en el aire a lomos de sus escobajos. Un día, merced al consiguiente chivatizo, consiguieron detener a una de aquellas arpías cuando volvía a su cabaña, y a partir de ahí, las restantes fueron prendidas sucesivamente. Tras hacerlas pasar por el potro, fue posible atar cabos y conocer lo ocurrido. Las brujas formaban una secta de asesinas a cuya cabeza se encontraba La Vieja de la Montaña, la más poderosa de ellas. Veinticinco años atrás el obispo de Santiago les había encargado envenenar al rey Alfonso, porque éste había tirado por un barranco a un joven llamado Galcerán de Risnel por rebelarse contra la Corona, que, a la sazón, era el amante de su Ilustrísima. Para evitar sospechas, pues los servicios de la secta eran muy demandados y conocidos, esperaron hasta que el rey se hubo alejado de León durante la campaña en el sur para darle muerte y hacer creer que la misma se había debido a causas naturales.

Por fortuna para el obispo, llevaba fallecido un año cuando se descubrió la trama...

Tartareu

Abd al-Rahman Ibn Abd Allah al-Gafiqi era oriundo de Hiyaz, en la lejana Arabia. Había crecido en una familia de prósperos comerciantes y a la edad de catorce años se había unido al ejército omeya para conquistar el Lejano Occidente. Tras participar activamente en la conquista del Magreb, se había distinguido como lugarteniente de Tarik durante la ocupación de la Península Ibérica, lo que le había valido su nombramiento como gobernador de Al-Ándalus.

Acostumbrado a galopar a caballo y sentir el viento en la cara, estaba cansado de las disputas cortesanas y de los enfrentamientos entre bereberes y árabes por la distribución que se había hecho de las tierras anexionadas. Necesitaba volver a dormir al raso, bajo el manto de estrellas, y oír el crepitar de las hogueras del campamento. Contaba con la simpatía de sus hombres y el valí de Kairuán, su superior, tenía plena confianza en él; así que en el año 732 e. c. decidió llevar a cabo una incursión en el sur de Francia para tantear las posibilidades de una conquista futura. Todo marchó bien hasta que cerca de Poitiers Abd al-Rahman se encontró con las huestes de Carlos Martel y falleció durante la batalla.

Entre los supervivientes que se retiraron hacia el sur se hallaba un grupo de guerreros turcos convertidos al islam, que el padre de Abd al-Rahman había contratado en algún punto de Asia Central para que cuidasen de su hijo cuando partiese de Arabia. Con el paso del tiempo aquellos hombres habían dejado de ser simples mercenarios de su guardia personal para convertirse en sus compañeros de fatigas; pero ahora, tras la muerte de su señor, eran vistos como extraños por todos, amigos y enemigos. Cuando el ejército en retirada atravesaba Roncesvalles, los vascones le tendieron una emboscada (como ocurriría con Orlando cincuenta años después) y las tropas se desperdigaron. Los turcos, que se denominaban a sí mismos tártaros, decidieron internarse por vericuetos casi impracticables para evitar ser capturados y fueron recorriendo transversalmente las cumbres pirenaicas. Al despertar, pues esta gente vive a lomos de caballo y es capaz de dormir incluso mientras cabalga, se encontraron en mitad de un valle entre montañas que les recordó a su tierra natal. Había prados con hierba alta propicios para la cría de ganado y un escarpe rocoso, sobre el que se alzaba un antiguo castro prerromano, que les permitiría levantar una fortaleza para protegerse; por lo que decidieron plantar sus yurtas en aquel lugar.

La sangre de los fundadores sigue corriendo por las venas de los actuales habitantes, algunos de los cuales poseen ojos rasgados y piernas arqueadas; y muchas de sus ancestrales tradiciones gastronómicas han logrado sobrevivir al paso del tiempo, puesto que los locales son muy aficionados a comer carne cruda adobada (tartar) y tasajos de carne acecinada (fuet).

Entre los descendientes de los aguerridos hombres de las estepas los hay que se hacen llamar Tartaria y que añoran el gélido clima que padecían sus ancestros, pues sueñan con viajar a la Antártida con la finalidad de visitar unos santuarios con aspecto de cubículo gelatinoso para conversar con Tengri.

Tiñosillos

Durante la Edad Media los leprosos eran tachados de pecadores por la Iglesia, porque se pensaba que la enfermedad era un castigo enviado por dios a causa de su lujuria; cosa que no parece muy sensata habida cuenta de que los pobres estaban para pocos trotes.

Lo más habitual consistía en alejar a los enfermos de las comunidades y reunirlos en centros de aislamiento; aunque en algunos sitios se les permitía llevar una vida de mendigo. En este último caso, los leprosos estaban obligados a portar una campanilla o las denominadas *tablillas de San Lázaro* (hechas de madera), para avisar de su presencia a la gente que se cruzaba en su camino.

En muchos casos la autoridad eclesiástica, por una mera cuestión de prevención, decretaba que cualquier persona que presentase manchas en la piel, ya fuese provocada, por ejemplo, por una dermatitis, sarna o tiña, acompañase a los enfermos confirmados a la leprosería: *Encerradlos a todos, que ya Dios reconocerá a los suyos*. En estos casos, lo normal era que los leprosos le pegasen su enfermedad a aquellos que presentaban una especial predisposición genética al contagio, y que todos ellos, transmisores e infectados, acabasen muriendo en un breve periodo de tiempo.

Aquellos que sobrevivieron al pogromo del lazareto habilitado en este lugar, gente con simples afecciones cutáneas, formaron una comunidad que se asentó en la llanura donde se encontraba el centro.

Dado que eran inmunes a la enfermedad y que habían experimentado de primera mano la ineficiencia de la sanidad pública, acordaron con la Iglesia la gestión privada de la leprosería, haciendo partícipe a la misma de los resultados económicos que se obtuvieran.

Tras una campaña publicitaria exitosa impulsada desde el propio Vaticano y financiada por la Banca Médici (el antecedente del Banco Ambrosiano), los leprosos de toda Europa, enviados por los gobernantes, dirigentes y jefes de toda condición, recalaron en el sanatorio a cambio de considerables cantidades de dinero.

Según algunos historiadores de la economía, fue el negocio más rentable de la España del Renacimiento; no obstante, durante la Desamortización de Mendizábal se confundió la institución con un convento y se llevó a cabo una expropiación forzosa, provocando con ello una subida desmesurada de la tasa de desempleo en el pueblo y la secular depresión en la que ha permanecido la comarca hasta tiempos recientes.

Titulcia

En 1085 Alfonso VI ocupó la ciudad de Toledo y con ello todas las tierras que pertenecían a la taifa del mismo nombre, cuya demarcación se correspondería aproximadamente con el territorio de las actuales comunidades autónomas de Madrid y Castilla-La Mancha.

Los cristianos que fueron enviados para repoblar la localidad la llamaron Bayona de Tajuña; y dicho nombre se mantuvo hasta el s. XIX, en el que, para olvidar el bochornoso episodio protagonizado por el Deseado (Fernando VII) durante su estancia en la Bayona francesa (que pasó jugando al billar y felicitando a Napoleón por la Campaña de España, mientras los españoles se batían el cobre), se decidió rebautizarla con su antiguo nombre: Titulcia.

El nombre procede de un veterano de guerra romano llamado Tito Lucius, al que, tras treinta años de abnegada dedicación al servicio del emperador, se le concedió la propiedad de un lote de tierra en la zona. A pesar de que había solicitado poder gozar de su jubilación en la verde campiña gala, tuvo que conformarse con un pedazo de páramo hispano; porque, al igual que sucede hoy día, había un montón de sobrinos de senadores y maridos de amantes de magistrados de todo género y condición que ocupaban los primeros lugares en la lista.

Bajo su villa construyó un templo subterráneo para rendirle culto a Mitra, pues al igual que otros muchos legionarios le había tomado afición al dios; pero, como cerca de él no residían sus antiguos compañeros de armas, sino unos pocos y viejos soldados de otras guerras, y a los esclavos, que ya coqueteaban con la fe cristiana, les horrorizaba ungirse con la sangre de animales sacrificados y celebrar banquetes con vísceras a raudales, no le quedó más remedio que desistir de su empeño. Ascendió hasta el vetusto oppidum abandonado que coronaba la acrópolis y enterró con nostalgia las páteras de electrum que había utilizado durante los rituales. Se le ocurrieron muchas ideas para darle algún uso a la gruta que había excavado. En ella tuvieron lugar saturnales, unas fiestas que coincidían con el solsticio de invierno y que hoy en día llamamos Navidad; allí se festejaron también las uniones y nacimientos de los siervos; y, finalmente, se convirtió en una bodega que produjo unos caldos muy apreciados.

A lo largo de la historia, la cueva, lejos del propósito inicial de Tito Lucius, ha sido utilizada para satisfacer todo tipo de necesidades. Sirvió como iglesia subterránea, cuadra templaria, sede del consistorio municipal, cementerio provisional e incluso como cárcel provincial. El propio Marqués de Esquilache, tan italiano él, celebró dentro de ella un baile de máscaras cuya temática estaba relacionada con el Minotauro y el Laberinto de Creta.

Hoy en día se conoce como la Cueva de la Luna y es famosa porque Iker Jiménez y su equipo acuden a menudo para investigar los fenómenos paranormales de los que, al parecer, son testigos los vecinos.

Torralba del Moral

Durante la época califal los grandes centros sederos de Al-Ándalus se ubicaban principalmente en el sur peninsular. Los telares de Córdoba, Málaga o Almería producían una seda que competía no sólo con las manufacturas de Oriente Próximo y del Imperio Bizantino; sino incluso con los tejidos que llegaban de la lejana China a través de la milenaria Ruta.

En el mundo islámico estaba tradicionalmente mal visto que los hombres vistiesen ropas de seda, porque se asociaba con una vida muelle e inducía a pensar que llevarlas puestas suponía una pérdida del carácter varonil; razón por la que se destinaba principalmente a la moda femenina. No obstante, en un momento dado la demanda de tafetanes, terciopelos, satenes y organzas por parte de los miembros de la corte se disparó, ya que los califas amaban el lujo y los cortesanos, además de imitarles, necesitaban telas preciosas para los banquetes y fiestas con los que agasajar a los príncipes, pues de ello dependía en buena medida seguir manteniendo la cabeza sobre los hombros. La solicitud de paños suntuosos llegó a ser tan elevada, que para poder satisfacerla fue preciso aumentar la producción local, pues ni siquiera con las importaciones se daba abasto.

A un tal Selim, maestro sericultor sirio, se le encargó la instalación de una inmensa factoría en este enclave soriano. Las dificultades iniciales fueron muchas, porque ni el clima ni el terreno eran propicios; sin embargo, reforestó el erial que se encontró hasta crear una inmensa moraleda e hizo levantar una torre cilíndrica para proteger a los gusanos del frío. El interior de aquella atalaya ofrecía un aspecto blanco como la nieve, de ahí que a la localidad se la llamase Torre Alba, puesto que los millones de huevos cubrían toda la pared circular hasta perderse en la altura y se desarrollaban extraordinariamente bien gracias al calor interno que generaba un hogar colocado en la base. La seda torralbeña se hizo famosa por su enorme resistencia y porque su color único, dorado metalizado, hacía que se confundiese con hilo de oro.

Las ganancias que obtuvo el perito sedero le permitieron adquirir la propiedad de numerosos bienes raíces y hasta construir un Mercado de la Seda en la localidad cercana de Medinaceli, a la que dio nombre: La Medina de Selim. El negocio se mantuvo activo hasta que el territorio fue reconquistado por los aragoneses en el siglo XII. A partir de ese momento, se dismantelaron los telares y demás ingenios; y se taló el bosque de moreras, porque aquella industria se consideraba obra del Diablo y contraria a los postulados de la Santa Madre Iglesia. Tan sólo se dejó en pie, para recordar a la posteridad la pecadora explotación, un solitario moral. Parece ser que los falangistas habrían informado a Franco sobre este hecho glorioso, y que El Caudillo, en su afán por imitar los memorables hechos de nuestra historia pasada, habría tomado la decisión de no reconstruir Belchite tras la guerra, recordando así el carácter diabólico de los rojos.

Torrecilla de los Ángeles

El marido se había muerto de tuberculosis y la había dejado con una mano delante y otra detrás, más cuatro bocas que alimentar. Por aquel entonces no existía el INSS, ni los sistemas de pensiones, ni las subvenciones, ni las ayudas a familias numerosas... y lo único de lo que disponía era de una casa junto al camino que unía Coria con Salamanca y de su cuerpo serrano.

Montar una empresa de la nada resulta siempre complicado; y si no, que se lo pregunten a dios, que, a pesar de su naturaleza divina, tuvo que descansar al cabo de seis de duras jornadas construyendo el mundo. La mancebía inició su andadura con pasos vacilantes. Falta de personal, insalubridad laboral, espectáculos no aptos para público infantil, problemas de higiene...; sin embargo, La Juani, que así se llamaba la viuda, compensó su falta de experiencia profesional y empresarial con mucho esfuerzo y estómago, porque había que tenerlo y bien grande.

Poco a poco el negocio se fue ampliando. Las niñas se hicieron mujeres y pudieron echar una mano; y, por fortuna para La Juani, la mano de obra nunca escaseaba, porque había muchas mujeres que se veían abocadas a la prostitución por falta de recursos. Sus circunstancias las conducían por el único sendero posible y el lupanar se encargaba de atraerlas como un panal de rica miel a las moscas.

Morenas, rubias, negras, moras, y hasta una filipina muy demandada por sus sofisticadas técnicas orientales pasaron por el burdel.

La fama del lugar fue creciendo de boca en boca. Arrieros, eclesiásticos, barberos, soldados... todas las categorías de patricios y plebeyos que uno pueda imaginar hacían un alto en el camino para disfrutar de un rato de asueto en tan delicioso lugar, y, de entre todos los clientes, cobraban un especial protagonismo los estudiantes.

Alguno hubo de buen corazón que se enamoró de una chica y la sacó del antro; pero, por regla general, eran de la piel de Barrabás. Se las daban de estudiar en Salamanca; pero por su forma de conducirse, más parecían aprendices de tahúr que estudiantes de latines. Normalmente La Juani les exigía que pagasen por adelantado, porque muchos se habían largado sin abonar los servicios y el gato escaldado del agua fría huye.

Elio Antonio de Nebrija, hijo ilustre de la citada Universidad, fue uno de los clientes más asiduos. Según se cuenta, durante una sesión escribió sobre la espalda de la meretriz de turno, una pelirroja teñida con remolacha para más señas, un largo poema metafórico-dantesco en el que comparaba aquel lugar con una torre de marfil habitada por criaturas seráficas, que le habría servido de base al vulgo, dotado de menos gramática y retórica, para llamar al garito a partir de ese momento la Torrecilla de los Ángeles.

Torrijas

Junto a la cañada que atraviesa el pueblo, actualmente convertida en carretera comarcal, existía antiguamente una tahona que abastecía de pan a toda la zona, cuyo dueño era célebre porque le pegaba al tintorro a todas horas, razón por la que le apodaban el Torrijas. A pesar de los efluvios etílicos que emanaban constantemente de su ser, el panadero era, no obstante, un maestro en su oficio, y todo el mundo adquiría los productos que elaboraba, porque estaban deliciosos.

Una madrugada, tras haberse echado al colete los buches de aguardiente que acostumbraba antes de empezar a trabajar, se le cayó en la cuba de vino que tenía preparada para hacer unas roscos, el montón de hogazas que había horneado previamente.

En otra época del año el infortunado accidente habría carecido prácticamente de importancia; pero en Pascua el pan era el alimento básico de las familias, porque por aquellos entonces el ayuno que decretaba la Iglesia se observaba a rajatabla.

El hombre empezó a sudar tinta china pensando en la bronca que le iba a echar su mujer; pero ésta, avispada y con alma de empresaria, pensó en aprovechar lo que pudiese de aquellos panes empapados en vino en lugar de lamentarse. Los cortó en rodajas. A continuación las rebozó en huevo y las puso a freír en una sartén con aceite caliente. Por último, las espolvoreó con azúcar y canela.

Al principio la gente se mostró reacia, pero no había persona que probase aquella delicia que no repitiese. El obispo de Teruel, un enchuchao al que le hizo llegar una remesa de torrijas el cura de un pueblo contiguo, llegó a decir que la receta había sido dictada por el intelecto divino, pues era imposible que un ser humano fuese capaz de elaborar semejante maravilla. Era evidente que tras la simplicidad de aquel humilde manjar se escondía un claro mensaje cristológico; ya que el pan y el vino que componían el confite venían a significar el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo que padeció por todos nosotros en la cruz.

Aunque poca gente conoce el dato, éste es el origen de las torrijas que comemos actualmente en Semana Santa; si bien, los cocineros han ido experimentando a lo largo del tiempo con otras variantes, introduciendo ingredientes como almíbar, leche, miel, etc.

Hoy en día el pueblo cuenta con una panadería, si bien no prepara dulces y el pan que vende no es artesanal, pues lo único que hornea son baguetes congeladas que le mandan en camiones desde Francia.

A diferencia de su preclaro antecesor, el actual prelado turolense estuvo hace poco a punto de excomulgar a los panaderos, un matrimonio formado por una colombiana y un rumano, porque se partió una muela con una de las pistolas de pan que llegan diariamente a la diócesis gracias a Seur Transporte Urgente.

Tramacastilla de Tena

Dentro del contexto de la Guerra de los Cien Años (que se prolongó durante más tiempo, de 1337 a 1453), dio comienzo la que conocemos como Primera Guerra Civil Castellana. Pedro I, apodado el Cruel o el Justiciero dependiendo del bando, y apoyado por los ingleses, se enfrentó a Enrique de Trastámara, secundado por aragoneses y franceses. El desenlace del enfrentamiento es por todos conocido: el Trastámara apuñaló a traición a Pedro mientras el condestable francés Bertrand du Guesclin le sujetaba por la espalda y pronunciaba la célebre frase con la que ha pasado a la historia: *Ni quito ni pongo rey, sólo ayudo a mi señor*.

Como parte de la ayuda prestada a Enrique, Pedro IV de Aragón le declaró la guerra a Pedro I de Castilla; y, como además, Carlos II de Navarra se dedicaba a intrigar con ambos contendientes y a Francia convenía vigilarla de cerca, el rey aragonés decidió crear una base de espionaje que estuviese cerca de las fronteras de los reinos vecinos y al mismo tiempo alejada de la corte para evitar que los agentes extranjeros conociesen sus actividades.

Al centro se le dio el nombre en clave de La Trama de Castilla, por ser este reino el objetivo principal de sus acciones (sobornos de personajes influyentes y operaciones de sabotaje), y se ubicó en la cripta de la iglesia de la localidad, a la que se accedía a través de una entrada camuflada en una tena o cobertizo.

A partir del ascenso al trono castellano de Enrique, llamado el Fratricida, mejoraron ostensiblemente las relaciones entre Castilla y Aragón y las funciones desarrolladas por el centro logístico se redujeron de forma notoria.

Además, la tradicional alianza con Inglaterra del reinado de Pedro dio paso a la francofilia del nuevo monarca, que, para saldar la deuda por el apoyo prestado por Francia, envió la Armada castellana a combatir contra la inglesa. La victoria de La Rochela (Ambrosio Bocanegra) y las expediciones de castigo llevadas a cabo contra territorio enemigo (Fernando Sánchez de Tovar) favorecerían la hegemonía de la Flota Castellana en el Atlántico hasta finales del s. XVI.

La Trama de Castilla, que acabaría dando nombre al lugar, se mantuvo en activo hasta su desmantelamiento definitivo tras el matrimonio de los Reyes Católicos; ya que a partir de ese momento la política exterior de ambos reinos marchó de la mano y Francia se convirtió en el enemigo potencial de Aragón y sus posesiones transpirenaicas y mediterráneas.

Se sabe por documentos encontrados en el Archivo de la Corona de Aragón que hubo otros centros de inteligencia ubicados en el Rosellón y la Cerdaña hasta que pasaron a formar parte de Francia tras la Paz de los Pirineos; aunque no se conoce con certeza la posición exacta de los mismos.

Villaconancio

Durante la Era Hiboria vivió por estas estepas un bandido llamado Conan. Unos pastores lo encontraron de pequeño en las montañas mientras apacentaban su ganado y decidieron dejarlo con unos familiares suyos que no tenían hijos para que lo criaran. Conan creció en el barrio de los ladrones de Zamora, donde aprendió el arte de afanar con los mejores maestros. Con el tiempo llegó a adquirir tal reputación, que los encargos cuya ejecución se consideraba prácticamente imposible se le confiaban a él.

En una ocasión se le encomendó el robo de los ojos de esmeralda de un ídolo de piedra que presidía la Torre de Pallantium, perteneciente al rey de la ciudad, Buja Roon; pero, debido a que entre la gente del hampa también existe la envidia, fue delatado por una banda rival y le cogieron con las manos en la masa. Había perdido ya la esperanza de escapar con vida de la checa, cuando una concubina real llamada Zenobia le ayudó a escapar. Años después la convertiría en su reina tras heredar el trono de Pucelonia.

Al quedarse encinta, tanto ella como Conan se inquietaron, porque, de acuerdo con una vieja profecía, de la unión de un ladrón y una barragana nacería un príncipe que acabaría con el Reino de los Hechiceros; si bien, sumiría al reino en un charco de sangre.

Para que nadie supiese nada del asunto y evitar un ataque preventivo por parte de los brujos, hicieron correr el rumor de que Zenobia había sido secuestrada por el señor de Burg, aunque realmente permaneció escondida en una choza del bosque. Tras nueve largos meses vino al mundo Conn, y para celebrar el nacimiento, a partir de entonces los padres llamaron al lugar Villaconancio; es decir, la villa donde Conn nació.

A pesar de lo cuidadosos y precavidos que se mostraron, resultó imposible luchar contra los presagios y el destino, y los gobernantes de Helmantikonia, capital del Reino de los Hechiceros, les declararon la guerra tan pronto como conocieron la noticia, pues pensaron que convenía golpear antes de que el crío creciese y se convirtiese en un gran guerrero que les arruinase el quiosco. Transcurrieron años de horror y muerte, de hambre y peste; mas nadie conseguía alzarse con la victoria. No obstante, cuando parecía que la situación se prolongaría indefinidamente, un buen día apareció ante las murallas de Pucelonia un ejército de hombres-serpiente enviado por el rey brujo Tont Arrón. Nadie daba un duro por los sitiados; sin embargo, Conan y Zenobia habían acordado hacía tiempo con Khayman, el Rey de los reptilianos, el matrimonio de Conn con su hija Lagartijak; de modo que cuando los espías informaron de que un gran ejército brujeril marchaba hacia la ciudad, decidieron enviar emisarios a su consuegro solicitando su ayuda.

El augurio acabó cumpliéndose, puesto que el ataque coordinado de Conan, cargando con sus hombres desde la ciudad, y el del ejército reptiliano, golpeando la retaguardia de las serpientes, acabó aniquilándolas por completo.

Villalibre de la Jurisdicción

Hace mucho tiempo vivió en la localidad un juez que poseía un concepto muy peculiar de la justicia. Cada vez que se le presentaba una demanda, solucionaba la cuestión aplicando la lógica; si bien, sus sentencias eran cualquier cosa menos imparciales, pues, haciendo suyo el refrán que reza *A río revuelto, ganancia de pescadores*, resultaba ser el único beneficiado de las mismas.

A modo de ejemplo, en una ocasión un campesino denunció a otro porque el caballo de éste había invadido unos terrenos suyos y se había comido la cebada que tenía sembrada.

¿Tiene algún título de propiedad que avale lo que dice? – le preguntó el juez al denunciante.

En vida de mi padre la parcela era suya, pero yo no tengo papeles.

¿Y cómo se delimitan las lindes? ¿Está vallada la parcela?

Pues, no...

O sea, que se trata de un espacio público del que su familia se lleva aprovechando desde hace generaciones. Y bien – dijo dirigiéndose al dueño del jamelgo -, ¿sabe Vd. que es responsable de vigilar que su animal no invada espacios ajenos?

Sí, sí...es que se metió en un descuido.

Pues bien, he aquí mi veredicto: Para evitar que se produzcan más apropiaciones ilícitas y descuidos, y satisfacer de paso los gastos judiciales, se condena al demandante a recoger y entregar en el juzgado la cebada sembrada; y al demandado y a su animal, tan aficionado a introducirse en el citado dominio, a arar la tierra hasta que llegue la época de la siembra.

Todos los casos se resolvían de forma parecida y llegó un momento en que los habitantes estaban hasta el pico de la boina. Uno en particular, más bruto que un arado, le metió yesca al juzgado tras un arrebató, y el magistrado, que se la veía venir, solicitó un cambio de destino de manera urgente. El pueblo adquirió tal fama de refractario, que ningún juez se atrevió a establecerse allí con posterioridad, quedando la villa libre de cualquier jurisdicción.

Para conmemorar su victoria, los vecinos colocaron a la entrada del pueblo una estatua de una mujer que representaba a la justicia: vestía un peplo clásico y llevaba una balanza desnivelada en las manos y una venda en los ojos, para poner de manifiesto la falta de equidad y sentido común de los funcionarios de la Administración.

La citada escultura permaneció en pie hasta la Guerra Civil, momento en el que una compañía de requetés catalufos que pasó por allí, creyendo que era un símbolo de la República y de sus paparruchas de libertad e igualdad, la volaron por los aires con unos cuantos cartuchos de dinamita.

Zahínos

El frío de la madrugada entumecía los sentidos. El amanecer se intuía a lo lejos, tras unos cerros azulados, y lo único que se percibía a la luz de los hachones que portaban los freires era el gélido aliento que espiraban los jóvenes que se congregaban allí. Todos querían ingresar en la Orden; pero primero tenían que superar una prueba y demostrar que eran dignos de ello.

Los templarios llevaban dominando la comarca desde que se la habían arrebatado a los moros y creado una encomienda con capital en Jerez de los Caballeros. Cuando comenzaron las obras para levantar el castillo que les permitiría controlar el enclave, se toparon con los restos de lo que parecía ser un antiguo templo (hoy sabemos que es de origen tartésico) cuyas paredes estaban cubiertas de cabezas de uro.

La campiña que rodeaba la fortificación estaba repleta de toros, y a un maestre se le ocurrió, a la vista de los relieves del santuario, que, del mismo modo que en el pasado los guerreros debían de haber practicado algún tipo de ritual con astados, los aspirantes a monje soldado tenían que superar un rito iniciático consistente en matar un toro bravo con una lanza. Suerte tuvo de que aquella práctica resultase inadvertida por parte de las jerarquías, pues con toda certeza habría sido condenado y entregado a tormento por reinstaurar el mitraísmo.

Al principio no se seleccionaban los animales para la lidia y las pruebas se realizaban con el primer animal que aparecía; pero la experiencia les enseñó que los que presentaban un pelaje negro zaino resultaban los más bravos, por lo que comenzaron a criarlos para estos fines en detrimento de los blancos, cárdenos o colorados, llegándose a conocer este trance como *combate con zahínos*.

Y allí se encontraban los adolescentes. Ateridos, cagados de miedo y sentados en unas gradas a la espera de que llegase su turno para saltar al ruedo. Muchos salían corriendo o se quedaban paralizados cuando veían al morlaco que les había tocado en suerte. Otros, por vergüenza torera o porque como dijo alguien, *más cornás da el hambre*, se echaban a la arena con la pica en ristre y los cojones apretaos. El albero estaba manchado de sangre y de vez en cuando, tras varios lances, era necesario retirar los cuerpos inertes de los hombres y animales que habían muerto en la pelea. En un lateral del coso se podían oír los gemidos de los candidatos que habían resultado heridos mientras eran atendidos por el médico de la Orden.

Estos hechos constituyen el origen de la tauromaquia y la causa de que España sea conocida en el mundo por las corridas de toros. Hoy en día el toreo es una actividad en franca decadencia; sin embargo, el tendido de sol de Las Ventas está siempre abarrotado de japoneses que sueltan un pastizal por ver a los diestros manejando la muleta y entrando a matar con el estoque.

Zamarramala

El Marqués de Eresma y Clamores invitó a unos colegas aristócratas suyos a una montería en una finca que tenía en las afueras de Segovia. Cuando finalizó la cacería, el Conde de Guijuelo se encaminó de regreso a casa; pero en cuanto salió de la hacienda del amigo, una espesa niebla cubrió el terreno, haciendo imposible saber qué dirección tomar.

Fue avanzando muy despacio y de súbito tropezó con la pared de una iglesia de aspecto prismático. *¡Voto a bríos! Con la iglesia hemos dado, Fabio.* – dijo sonriendo mientras le palmeaba el cuello a su montura.

No lejos de allí, en un prado que se encontraba a un tiro de piedra, se adivinaba la presencia de una persona y hacia ella se dirigió. Conforme fue avanzando, pudo distinguir a una joven pastora rodeada por sus ovejas; pero tuvo que detenerse a una distancia considerable de ella, porque surgieron de entre la bruma dos mastines que mostraban los dientes con un gruñido quedo.

Buenos días nos dé dios. ¿Seríais tan amable, joven Diana, de decirme hacia dónde queda Segovia? – dijo el caballero.

La muchacha, que no entendía de églogas ni novelas pastoriles, le respondió: *Güenas. Creo que vucencia se confunde, pues me dicen desde antaño Samarra la mala.*

El Conde estaba medio sordo por culpa de unas paperas que padeció de niño y creyó entender que la mujer estaba arreglando una zamarra mala, pues al lado de la pastora se encontraba tirada sobre una roca una pelliza mugrienta. *Ya veo, joven. Y, ¿podríais decirme por dónde se va a Salamanca?*

El diálogo de besugos se prolongó durante un buen rato, mas, gracias a las indicaciones que le hizo la pastora con las manos, pudo al fin el hombre intuir por dónde debía enfiar. *Muchas gracias por vuestra ayuda, mi señora. Por cierto, ruego disculpéis mis modales, puesto que ni siquiera me he presentado. Y descubriéndose, dijo: Soy el Conde de Guijuelo. ¿Con quién he tenido el gusto de hablar?*

La joven no sabía qué pensar, pues aquello le sonaba a caballo entre el jamón serrano y un requiebro galante. *Ya se lo dije a vuesa merced. A mí me llaman Samarra la mala, para diferenciarme de mi madre, a la que apodan Samarra la buena.*

¡Qué perra le ha entrado a esta mujer con la reparación de la zamarra para que parezca como nueva!, pensó el hombre.

Cuando algún tiempo después volvieron a juntarse los amigotes para una nueva batida, el Conde les contó lo sucedido y, como era objeto de mucha risa, la anécdota salía a relucir ineludiblemente en cada una de las reuniones. Todos, incluido el dueño, llamaron a la heredad a partir de entonces Zamarra Mala.

Zotes del Páramo

Decía Fernando Díaz-Plaja que el pecado capital por excelencia de los españoles es la envidia, y la siguiente historia vendría a confirmar dicha afirmación.

La desaparición del poder imperial en el Páramo Leonés supuso la decadencia del latifundismo ejercido por los grandes propietarios romanos y la progresiva colonización del territorio por parte de comunidades campesinas. El constante avance cristiano hacia el sur, tras la invasión musulmana, conllevó la feudalización de la zona y la usurpación por parte de la aristocracia y del clero de unas tierras que ya tenían dueño. Hacía tiempo que los aldeanos libres de la comarca habían pasado a ser siervos de un conde llamado Berulfo, quien gozaba de la simpatía de la corte asturleonés; aunque siempre tenía que andar ojo avizor con la Iglesia, pues ésta no cesaba de incordiar con las fundaciones llevadas a cabo por piadosos monjes que contaban con el beneplácito del Rey y del Obispo de Legio (León). Un buen día se dejaron caer por la zona unos frailes pertenecientes al Monasterio de Santiago de Valdevimbre para estudiar la posibilidad de establecerse allí. Cuando llegaron al descampado que hacía las veces de plaza, fueron rodeados por una multitud de niños que les observaban con ojos curiosos.

Padre, ¿para qué sirven? – preguntó el más atrevido a uno de ellos, señalando los libros que transportaban en una mula.

En ellos podemos leer la historia de Nuestro Señor – respondió el interpelado.

Y, ¿cómo se leen?

El monje cogió uno de los libros y lo abrió por una página al azar. Mientras iba pronunciando sílabas a modo de ejemplo, los zagales permanecían absortos con la explicación y sólo interrumpían al religioso para preguntar por los sonidos de las distintas combinaciones de letras. De repente, los niños, si bien con errores, comenzaron a pronunciar las palabras que veían en el libro que sostenía el monje, y los hermanos quedaron tan perplejos por aquella muestra de inteligencia, que le enviaron una carta al abad comunicándole la necesidad de fundar un monasterio y una escuela allí, porque aquellos críos “(...) *tenían el potencial suficiente como para convertirse en Doctores de la Iglesia.*” Cuando el Conde conoció aquella noticia, se sintió corroído por los celos, pues tenía dos hijos incapaces. Uno con síndrome de Down (fruto de su matrimonio con una prima hermana) y otro, bastardo, con trastorno del espectro autista. Enseguida marchó a la capital para entrevistarse con el obispo y abortar aquella operación, para lo cual le bastó con invitar al prelado a una cena opípara y al lupanar de La Loli, el más reputado de la ciudad. No contento con haber frustrado la posibilidad de que los críos pudiesen estudiar, propagó el bulo de que aquellas gentes eran mentecatas y zotes; incluyendo el último término en la denominación del pueblo.

